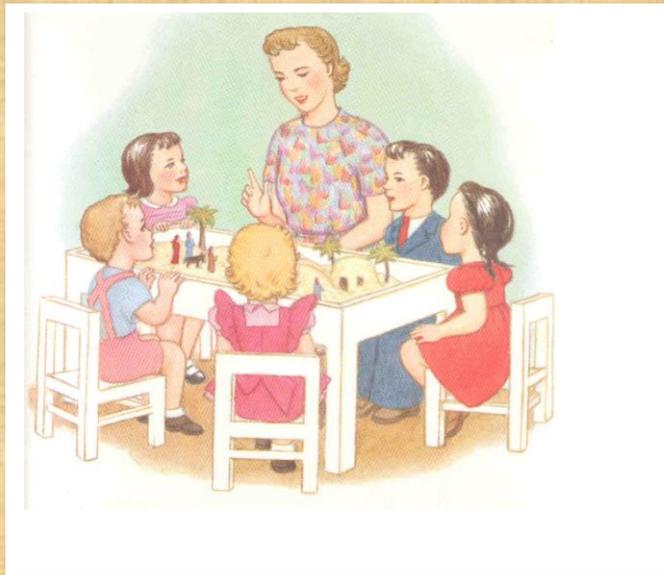


51 Historias Infantiles



ÍNDICE

1. En peligro una noche de tormenta.....	02
2. ¿Lustro, Señor?	04
3. Un milagro moderno	07
4. Un paseo de una “zorra”	08
5. La prueba de Enriqueta	09
6. Pedro y el certamen.....	11
7. Se llevaron una sorpresa.....	14
8. Conviene ser honrado.....	16
9. La oración de la mamá	18
10. La fidelidad premiada	20
11. Un barquito para Carlos	21
12. Una colección extraña	23
13. La nueva vecina	25
14. Roberto no se apresura	28
15. Un milagro para Loida	30
16. La equivocación de Ricardo	32
17. Casi fue una tragedia	34
18. Cuando la torta desapareció	36
19. No olvides el farol	38
20. Cuando Clarín les salvó la vida.....	39
21. Una lección eficaz	42
22. No hurtarás	44
23. Un himnario y un perro	46
24. El ladroncito gris	48
25. Dominad vuestro enojo	50
26. Enriqueta la descuidada.....	52
27. El reloj que ganó el premio	54
28. Enrique aprendió a orar	56
29. Las dos tardanzas	58
30. No temía la muerte	59
31. Misioneros en la cárcel	61
32. Federico el jactancioso	63
33. Perdidos en el desierto	65
34. La muralla que Dios construyó	67
35. La compasión recompensada	68
36. La cocinita de hierro	70
37. Cómo escapó Nara	73
38. No seamos exclusivistas	75
39. Castigado por la naturaleza	78
40. Lo que merece ser hecho	80
41. La abnegación de un niño músico	82
42. Cómo salvaron una vida	84
43. Salvadas de un incendio	86
44. Santiago salta la valla	88
45. Un poco de buena voluntad	90
46. El cumpleaños de Máxima	92
47. Unce tu carro a una estrella	94
48. El león encadenado	96
49. Las manos mágicas	98
50. El canto del cielo	100
51. Lo que María quería para Navidad	102

1. - “EN PELIGRO UNA NOCHE DE TORMENTA”

Era una noche de tormenta y afuera llovía a cántaros, pero en la sala de la familia Mason brillaba la luz y había un agradable fuego en la chimenea. Dos niños, Emita y Roberto, estaban conversando.

- ¿No es cierto que es lindo que papito esté con nosotros esta noche? – decía Emita

- ¡Ojalá que no fuese médico! Porque entonces podría estar en casa cada noche - contestó Roberto.

- ¿No te parece papá- dijo Emita, que está es una noche apropiada para que nos cuentes una historia?

- Muy bien. . ¿ Qué clase de historia quieren?- dijo el Dr. Mason dejando su diario de lado.

-Cuéntanos algo de cuando eras niño y vivías en la granja, - dijo Roberto.

-¿Les conté alguna vez cómo Dios cuidó a mi padre una noche de tormenta más o menos como ésta?- él preguntó.

-No; nunca nos lo contaste- dijo Emita, acercándose para compartir el sillón con él.

En cuanto a Roberto, se acostó en la alfombra delante de la chimenea. Ambos niños permanecieron muy atentos, pues sabían que se trataba de una historia interesante.

- Mi padre era médico rural- empezó diciendo el Dr. Mason.- Era muy amigo de todos los habitantes de la comarca, y estaba siempre atareado.

“Tenía que recorrer los campos con su caballo oscuro que ataba a un vehículo de asiento alto llamado sulky. El viejo caballo era muy inteligente. A veces, cuando papá volvía a casa después de haber pasado la mitad de la noche al lado de un enfermo, se dormía; pero su caballo siempre lo traía a casa sano y salvo.”

“Una noche después de haber cerrado su consultorio, papá dijo”:

“- Debo ir a la casa de los Miller, pues el niño está enfermo.”

“- Está lloviendo muy fuerte- dijo mamá, - ¿Por qué no esperas hasta la mañana?”

“- No, debo ir esta noche, pues el niño necesita que lo atienda.”

“- Uno de los trabajadores de la granja enganchó el caballo al sulky, y lo trajo al portón. Papá se puso su impermeable y sus botas de goma y encendió la linterna. Al abrirse la puerta, entró una ráfaga de viento con lluvia, y era tremendo el ruido que hacía el agua al caer sobre el techo.”

- ¿Llovía más fuerte que esta noche? – preguntó Roberto.

- Sí, mucho más fuerte – contestó el Dr. Mason.

“ Terribles relámpagos cruzaban el cielo, y el trueno retumbaba en forma que infundía miedo. Nos quedamos frente a la ventana mirando afuera en las tinieblas, preocupados por la suerte de papá.”

“Los niños nos fuimos a la cama, pero mamá se quedó levantada para esperar el regreso de papá.”

“A la mañana siguiente, él no había regresado todavía. Mamá llevaba una expresión animosa, pero sabíamos que estaba preocupada. Brillaba el sol, y el mundo parecía haber sido lavado y limpiado.”

“Mientras estábamos desayunando, papá llegó con su vehículo. Los perros salieron a su encuentro ladrando para darle la bienvenida. El viejo Tomás, uno de los peones de la granja, se llevó el caballo al cobertizo, donde lo desenganchó y le dio su desayuno de heno

y avena. Todos corrimos a la puerta para recibir a papá. Yo me encargué de su abrigo y de su sombrero para llevarlos a la percha. Cuando se sentó a la mesa, dijo:

“ Me fue bastante mal anoche con la tormenta; estoy ciertamente contento de hallarme sano y salvo en casa.”

“ Mientras mamá se apresuraba a servir el desayuno, preguntó: - ¿Cómo está el niño?.”

“- Cuéntenos lo que pasó – pedimos todos a coro.”

“ – El niño estaba muy enfermo – contestó papá, - pero ahora esta fuera de peligro. La tormenta fue la peor que haya visto. Era tan oscuro que no podía ver a medio metro de distancia, y la lluvia descendía a torrentes. No había nadie en el camino.”

“Yo sabía que el río podía desbordar, pero pensé que podía cruzar el puente yendo lentamente. Cuando llegamos al viejo puente de madera, el caballo se detuvo. Le insté a que adelantara, pero se negó a moverse. Me bajé del sulky, le hablé y le acaricié la cabeza. Restregó su nariz contra mis manos, pero no quiso moverse una pulgada.”

“De manera que no me quedó otro remedio que dar vuelta a la izquierda y dirigirme hacia el nuevo puente de cemento que quedaba como quince kilómetros fuera de mi camino. Para gran alivio mío, el caballo cruzó ese puente sin vacilación.”

“No podía comprender el proceder del caballo hasta esta mañana, cuando supe que el viejo puente había sido arrastrado anoche por la creciente. Si el caballo hubiese seguido adelante como yo quería, nos habríamos ahogado. De manera que estoy agradecido a nuestro Padre celestial por su cuidado, y muy contento de que el viejo caballo no quiso seguir adelante.”

“Ese fué un día feliz para nuestra familia. En el culto matutino, cada uno elevó una oración de gracias a Dios por haber traído a papá sano y salvo.”

- Me gusta esta historia, papito- dijo Emita, cuyos ojos brillaban.

-A mí también me gustó – exclamó Roberto.- Me hace acordar de uno de los versículos que más me gusta en la Biblia.

- ¿Qué versículo es?- preguntó el Dr.Mason

Roberto contestó: “Pues que a sus ángeles mandará acerca de ti, que te guarden en todos tus caminos”. Creo que el ángel custodio que acompañaba a abuelito lo guardó aquella noche, ¿no te parece, papito?

- Estoy seguro de que fue así, hijo- contestó el Dr.Mason.

2. - “¿LUSTRO, SEÑOR? ”

“¿Lustro señor?” la voz era de un niño, de dulce acento pero un poco tímida. El hombre se volvió hacia el pequeño lustrabotas, encontrando la mirada de un par de ojos grandes y mansos; pero, moviendo la cabeza y diciendo entre dientes: “no”, siguió adelante.

El amable rostro, empero, y los mansos y suplicantes ojos lo indujeron a volver.
¿Lustro, señor?

Era la misma inocente voz, pero un poco más firme. El hombre le miró los pies descalzos y la ropa raída, y sintió compasión.

- Esta mañana no, amiguito, pero toma el precio de la lustrada- y le ofreció los diez centavos.

-¡Eso no! Todavía no he llegado a eso. Nos soy un mendigo, señor, sino lustrabotas.
¿Quiere que le lustre los zapatos? Será cuestión de un momento.

El hombre puso un pie en el soporte, muy pronto sus botines quedaron como ébano pulido.

- ¡Gracias! – dijo el muchachito, al acabar con el segundo botín, y mientras recibía su pago.

El hombre reanudó su marcha, reteniendo muy claramente en su memoria la imagen del niño.

A la mañana siguiente, mientras iba a sus ocupaciones, fué saludado por el mismo muchacho: “¿Le lustro, señor?”. El hombre se detuvo otra vez, colocó un pie en el cajoncito, y el niño se puso a cepillar con energía.

- ¿Dónde vives, amiguito? ¿Dónde está tu casa?

- No tengo casa.

-Entonces, ¿donde duermes?

- En cualquier parte donde puedo meterme: en algún sótano o desván.

-¿Tienes que pagar?

- ¡Claro que sí! Uno no puede dormir sin pagar.

-¿Cuánto pagas?

- De quince a veinte centavos.

- ¿Por qué no te quedas en un mismo lugar?

- Pues señor, se emborrachan y pelean y maldicen tanto en casi todas partes adonde voy, que no quiero ir más, por eso ando de una parte a otra... ¿Lustro, señor? – Y divisando a un cliente, se fue corriendo, pues tenía que ganarse la vida.

El hombre se fue, más interesado que nunca en ese valiente muchachito, que a una edad tan tierna ya estaba luchando por la vida.

Más tarde, el mismo día (era a mediados de verano, y la atmósfera estaba calurosa y sofocante), mientras ese hombre pasaba por la esquina de una calle, donde tenía su puesto una vendedora de manzanas, presencié una escena que le llamó la atención.

La mujer estaba dormida, y dos muchachos, uno un vendedor de diarios y el otro el lustrabotas que ya hemos mencionado, estaban frente a su puesto. El primero, que era el mayor y también más fuerte, viendo la oportunidad de llevarse algunas manzanas sin tener que pagar por ellas, estaba tomando dos o tres de las más grandes, cuando el lustrabotas se interpuso, diciendo:

- Eso es robar, y no hay que hacerlo.

El diariero, rojo de ira, levantó el brazo para asestarle un puñetazo; pero el bien dirigido golpe no llegó a su destino, pues una mano fuerte agarró el puño que descendía y lo tuvo un instante asido. Un momento después, el asustado diariero huía calle abajo.

- ¡Bien dicho, muchacho! – explicó luego el hombre, dirigiéndose al lustrabotas.- Y ahora, - agregó,- tienes que acompañarme a mi almacén.

Caminaron unas dos o tres cuadras, y entraron en un local que cruzaron andando entre fardos y cajones hasta llegar a una oficina en el fondo. Después de sentarse, el hombre se dirigió al niño, el cual se hallaba de pie delante de él, lleno de sorpresa y curiosidad y con el cajoncito de lustrar todavía en el hombro.

- Quítate eso, y ponlo allí afuera en la bodega, o échalo a la calle, no importa lo que hagas – dijo el hombre, señalando con el dedo al mugriento cajoncito.

El niño obedeció. Luego volvió y quedó mirando seriamente al hombre.

- ¿Cómo te llamas? – prosiguió éste.

- Santiago Lainez, señor.

-¿ Viven tus padres?

- No, señor, han muerto.

- ¿Y no hay nadie que te cuide?

- No, señor.

-¿Cuántos años tienes?.

- Cumplí once en junio.

El hombre pensó en su hijo, que también había cumplido once años en junio.

-¿Qué vas a hacer?

- Luchar por la vida. Tengo que hacerlo ahora.

Y Santiago se enderezó y asumió una actitud valerosa, que conmovió el corazón de su interlocutor.

- ¿Murió tu madre en esta ciudad?

-Sí, señor.

-¿Cuánto tiempo hace?

- Sólo tres semanas.

Y la mirada de valentía se desvaneció de los ojos del niño.

- ¿Dónde murió?

- Allí en la calle Libertad. Estuvo enferma bastante tiempo y no podía trabajar. Mi padre murió el invierno pasado. Pero él no nos ayudaba en nada.

Y al decir esto, una sombra de pena cubrió el rostro del niño, y el hombre vió que se estremecía.

Comprendía demasiado bien la triste historia que el niño podría haber relatado, la historia de un padre borracho, y de una madre enferma y de corazón quebrantado que moría desamparada y llena de privaciones.

- Tu madre era buena, y la amaste, ¿no hijito? – dijo el hombre.

Al instante los ojos del muchachito se llenaron de lágrimas.

- ¿Qué te dijo ella antes de morir? – preguntó el hombre, en voz baja y compasiva.

- Me dijo: “No robes, no mientas, no blasfemes jamás, hijo mío, y Dios será tu Amigo;” y no he hecho ninguna de estas cosas, ni tampoco las voy a hacer nunca.

- ¿Tu madre te enseñó a orar, Santiago?

- Sí, señor; y oro cada noche. Algunas veces los muchachos se burlan de mí, pero no les hago caso. Sólo pienso en que es a Dios a quien oro, y entonces me siento feliz.

-Dios, sí es nuestro mejor Amigo, Santiago, y nadie confía en él en vano. Te ama y desea que seas bueno y feliz, por eso hizo que yo viera cuán honrado eres para que siempre fuese tu amigo.

- ¡Oh señor! ¿Lo será de veras? – exclamó Santiago, animado de esperanza y gozo.

- Sí, mi hijito – respondió el hombre, cuyo corazón abrigaba ya bastante cariño para el muchacho,- yo voy a ser tu amigo, si eres honrado y obediente y dices siempre la verdad.

- Trataré de ser lo mejor posible – contestó con firmeza Santiago.

Fueron juntos a una tienda, pero antes pasaron por una casa de baños y ... un poco después nadie se habría imaginado que el hermoso y bien vestido niño que caminaba al lado de su bienhechor fuese el mismo que una hora antes gritaba en la calle: “¿Lustro, señor?” Al valiente niño, que procuraba ser bueno, Dios le había mandado un amigo justamente cuando más lo necesitaba, y ahora es un joven feliz que está estudiando con todo afán para ser, más adelante en la vida, un hombre bueno y útil.

3. - “UN MILAGRO MODERNO”

El niño Gustavo Berganza estaba enfermo. Tenía sólo siete años y vivía con su madre en la hermosa ciudad de Guatemala. Su padre era oficial militar, coronel del ejército, y se encontraba de guarnición en la frontera entre Guatemala y México.

Unos días antes, mientras Gustavo estaba jugando, se había arrodillado sobre una aguja herrumbrada; ésta se había roto y había penetrado una parte de ella en su rodilla, donde había desaparecido. Tres médicos habían procurado sacar ese pedazo de aguja, pero parecía imposible. Temían mucho que quedase con la rodilla estropeada para toda la vida.

Cuando el padre supo del accidente, se entristeció mucho. Quiso regresar a casa, pero no podía abandonar su puesto. Como a la semana el coronel recibió un telegrama por medio del cual su esposa le comunicaba que, a menos que la fiebre bajase, los médicos iban a amputar la pierna al niño a las nueve de la mañana siguiente.

El coronel no podía conformarse con la idea de que a su pequeño Gustavo le cortasen la pierna. Se imaginaba que la infección debía ser grave, para que los médicos dijieran que lo único que podían hacer para salvarle la vida era amputarle la pierna. No necesitó pues mucho tiempo para decidir que Dios era el único médico que podía salvar a su hijo.

Mandó a su esposa un telegrama que ella recibió el mismo día. En él decía: “No temas, querida esposa, porque he aprendido a confiar en el Dios de los adventistas. Estoy seguro que salvará la vida de nuestro hijo. Ve a la iglesia adventista esta noche, pues hay reunión de oración. Pídeles que oren por nuestro hijo.”

Cuando la madre de Gustavo recibió ese telegrama, hizo exactamente lo que su esposo le decía que hiciese; se fué por la noche a la iglesia adventista y pidió que los hermanos orasen por el niño, a quien debían cortarle la pierna por la mañana.

Durante toda la noche, estuvo pensando en su hijo mientras aguardaba cerca de él en el hospital. Más o menos como a la medianoche, la enfermera dijo a la señora que la temperatura del niño había bajado un grado. Esta noticia infundió esperanza y fe a la madre, quien se acostó a descansar un poco en una pieza contigua. A eso de las ocho, por la mañana siguiente los médicos entraron en la habitación del niño y preguntaron a la enfermera cómo estaba. Imaginaos su sorpresa cuando se les dijo que la temperatura era normal y que había dormido bien. Los médicos sabían que el niño había tenido fiebre muy alta durante una semana. Cuando estuvieron seguros de que el niño estaba fuera de peligro, fueron a decírselo a la madre. Como sabemos, muchas personas oran a los santos y piensan que hacen milagros en su favor. Los médicos preguntaron a la madre qué santo había efectuado ese milagro para ella. Gozosamente les contestó: “El Dios de los adventistas, en quien mi esposo tiene tanta fe.”

Este verdadero milagro ayudó a la señora a creer en el Dios de los adventistas y la indujo a querer saber más de la religión de su esposo. No transcurrió mucho tiempo antes que ella también fuese miembro de la iglesia, agradecida a Dios por haber sanado a su hijito

4. - “UN PASEO EN UNA “ZORRA”

Había terminado un día hermoso. Los pajaritos dejaban oír sus trinos vespertinos y algunas de las flores cerraban sus pétalos de terciopelo. Los hombres del campamento estaban sentados en grupos; algunos de ellos relataban sus anécdotas de su infancia y su juventud, mientras que otros cansados por el arduo trabajo que habían realizado en los bosques durante el día, se habían acostado en sus catres y leían.

El padre de Haroldo era el cocinero del campamento. Había hecho mucho calor en la cocina, así que él sugirió a sus ayudantes que le acompañasen a dar un paseo en una “zorra”, que se utilizaba en la vía férrea que cruzaba los bosques explotados por la compañía maderera para la cual trabajaban los hombres que estaban en el campamento. - Vamos todos – dijo al grupo de niños que jugaban cerca de allí.- ¿No quieren ustedes acompañarnos? - ¡Un paseo en “zorra”! – exclamó deleitado Haroldo.- Hace mucho que deseaba subir en una.

Y los niños siguieron a los hombres hasta los rieles, donde estaba la “zorra” que, como se sabe, es una plataforma sobre ruedas que son accionada por unas palancas que los hombres mismos hacen funcionar como se hace funcionar una bomba de mano.

Los niños subieron a la plataforma, y se sentaron. La “zorra” arrancó. Había tres hombres que manejaban las palancas. Haroldo creía que era cosa fácil, pero no lo era tanto como parecía.

El paseo era muy lindo. Con un poco de esfuerzo, los hombres hicieron subir la “zorra” hasta la cumbre de una colina, pero estaban bastante cansados cuando llegaron. Habían estado muy activos durante todo el día en derredor del fuego de la colina, de modo que la hierba verde de la colina resultaba tentadora. Detuvieron la “zorra”, pusieron una calza debajo de una rueda, y se acostaron en la hierba durante algunos minutos.

Haroldo no tardó en ponerse de pie. Subiendo a la “zorra” empezó a hacer funcionar las palancas hacia arriba, y hacia abajo. - ¡Deja esas palancas! – dijo el padre. – La calza se puede aflojar y la “zorra” se irá cuesta abajo.

Efectivamente la calza se aflojó y la “zorra” empezó a descender. Don Jaime, el padre de Haroldo echó a correr y llegó a la “zorra” antes que hubiese adquirido demasiada velocidad. Haroldo estaba muy asustado, pues las palancas iban subiendo y bajando con mucha velocidad. De hecho, su movimiento llegó a ser tan violento que lo despidieron de la “zorra” y cayó al lado de la vía. Esto fué una suerte, pero su codo quedó en una posición tal que sobresalía poco más arriba que uno de los rieles, y la “zorra” lo golpeó con fuerza. Don Jaime no pudo detener la “zorra” solo hasta que llegó hasta un sitio plano. Entonces pudo detenerla.

Regresó a buscar al niño y le ayudó a subir a la “zorra”. El codo de Haroldo se hinchó mucho, y tuvo que llevar el brazo en cabestrillo durante algún tiempo. Nunca se olvidará de lo que le pasó por haber desobedecido.

5. - “LA PRUEBA DE ENRIQUETA”

Enriqueta y su madre iban de compras de un negocio a otro, como lo hacían miles de otras personas, procurando encontrar las cosas que querían a precios convenientes. Estaban cruzando la calle en una esquina de mucho movimiento, cuando de repente Enriqueta, que iba a uno o dos pasos detrás de su mamá, vió una billetera de hombre junto al cordón de la acera.

Rápidamente, la niña la recogió y se la puso en el bolsillo del vestido. Su madre no lo había visto, ni creyó Enriqueta que ninguna otra persona la hubiese visto.

- El que encuentra algo lo guarda – pensó Enriqueta, mientras que entraba con su madre en una tienda grande.

La niña pareció perder todo interés en las compras. No podía apartar sus pensamientos de la hermosa billetera que podía palpar en el bolsillo de su vestido.

- ¡Ojalá que haya algo de dinero en ella! – pensaba mientras iba de un mostrador a otro. –

Tal vez haya cinco pesos. ¡Cuánto me gustaría abrirla!

- ¿Por qué no cuentas lo de tu hallazgo a tu mamá? – murmuraba una voz en su oído.

- No – dijo Enriqueta casi en alta voz. – Si se lo cuento, va a querer que trate de descubrir quien la perdió; y no quiero hacerlo. Es mía. Yo la encontré y el que encuentra algo se lo puede guardar.

- Pero no es tuya – le decía su conciencia a la niña; - no es tuya, de ninguna manera.

- ¿Te gusta ese abrigo? – preguntó la mamá.

- Sí, es muy lindo – contestó la niña con indiferencia, mirando para otro lado.

La mamá la miró con atención y se preguntó: “¿Qué pasará? Debe estar cansándose.”

Al fin terminaron las compras para ese día y Enriqueta y su mamá emprendieron el viaje de regreso a casa. A la niña le parecía que el ómnibus tomaba dos veces más tiempo que de costumbre para hacer el recorrido, pues deseaba mucho llegar a su pieza a examinar la billetera.

- Si hay diez pesos en ella, me sentiré rica – pensaba.

Tan pronto como pudo se fué apresuradamente a su pieza y cerró la puerta. Luego sacó la billetera.

- ¡Qué linda es! – dijo admirada. – Debe haber pertenecido a una persona rica. A lo mejor hay más de diez pesos en ella.

Inmediatamente y casi con temor, Enriqueta abrió la billetera. Allí encontró no diez pesos ni veinte, sino cincuenta pesos. Eran cinco billetes nuevos de diez pesos.

- ¡Yo soy rica! ¡Ya soy rica! – exclamaba casi en alta voz. - ¿Qué haré con tanto dinero?

- No es tuyo – murmuraba la conciencia.

- Pero yo no sé dónde debo devolverlo – contestaba Enriqueta en su defensa. – Aquí no hay ningún nombre ni dirección.

- Tal vez sí – dijo la voz. – Nisiquiera has mirado.

- Es verdad – admitió la niña. – Bueno, aquí hay algunas tarjetas. Tal vez deba examinarlas.

Así lo hizo y encontró el nombre y la dirección del dueño: Alberto Jiménez, Avenida de las Delicias, 522.

- Pero no tengo que devolverle la billetera simplemente porque tenga su nombre en ella – razonaba Enriqueta.

- El no sabe quien la encontró, y además no debiera haber sido tan descuidado.

- Pero deberías devolverla – decía la voz. – Eres una niña honrada, guardarte la billetera sería robar. ¿O quieres ser una ladrona? No te sentirías muy feliz.
- Piensa en todas las cosas que podrías comprar – murmuraba Satanás. – Podrías comprarte la muñeca de tamaño natural que deas desde hace tanto tiempo. Además, podrías comprar muchos caramelos. Podrías hacer algunos regalos a tus compañeras de la escuela. ¡Cómo te van a querer entonces! Será mejor que la guardes.
- Será mejor que no la guardes – decía su conciencia. – Si la guardas, no serás feliz. Ya no eres feliz ahora.
- No, de veras – admitió Enriqueta.
- Nunca he tenido tanto dinero, y nunca me he sentido tan molesta.
- Será mejor que se lo cuentes a mamá – aconsejó la vocecita. – No deberías ocultarle nada a tu mamá.

Enriqueta era de veras una niña honrada. Y quería seguir siendo honrada. Había aprendido en la escuela sabática el mandamiento que dice: “No hurtarás.”

- Voy a contárselo a mamá – resolvió, y cuando se fue en busca de ella la encontró en la cocina preparando la cena.
- ¡Mamá! – le dijo al entrar.
- Sí, querida – contestó la señora.
- Quiero contarte algo.
- ¿De qué se trata, hijita?
- Encontré esto en la calle hoy – dijo Enriqueta, mostrando la billetera a su mamá.
- ¿Encontraste esto? – exclamó la mamá.-¿Por qué no me lo dijiste? ¿Tiene dinero?
- Sí, cincuenta pesos. Yo no te lo dije porque tenía miedo que me la quitarás, o me la hicieras devolver.
- Ahora comprendo por que te portabas en forma tan rara esta tarde – dijo la mamá. - ¿Qué te parece que debiéramos hacer con ella?
- Me gustaría guardarla – dijo Enriqueta, - pero temo que no seré feliz si lo hago. ¿Qué te parece que debemos hacer, mamá?.
- Creo que tú debes decidir lo que es correcto hacer. Supongamos que perdieras tu cartera. ¿Qué te gustaría que hiciese la persona que la encontrase?
- Me gustaría que me la devolviese – dijo la niña. – Estoy segura que nunca podré sentirme feliz si guardo esta billetera; así que cuando papá vuelva a casa después del trabajo, le voy a pedir que me lleve al número 522 de la Avenida de las Delicias y se la devolveré al Sr. Jiménez, cuyo nombre está en la billetera.
- No dudo que papá lo hará – dijo la señora, - y creo que has hecho una decisión sabia.

Esa noche el Sr. Jiménez se sintió tan contento cuando la niña le dió la billetera que la elogió mucho. Luego abrió la billetera, sacó uno de los billetes nuevos de diez esos y se lo dió a la niña en recompensa de su honradez.

- Oh, gracias, gracias, señor Jiménez – exclamó ella. – Estuve tentada de guardarla; pero sabía que no sería feliz si lo hacía, así que se la traje. Estoy muy contenta de haber resistido a la tentación.
 - Y yo también, - contestó el hombre. Ahora estamos ambos contentos ¿no es cierto?
- Enriqueta se fué corriendo, con el corazón más lleno de gozo que antes.

6. - “PEDRO Y EL CERTAMEN”

Pedro La Seur miraba fijamente el cartel que había en la pared del aula de clases. Allí se anunciaba un certamen de una categoría completamente nueva para la región agrícola de Québec, Canadá. Se ofrecían premios a los tres muchachos que presentasen las mejores “muestras originales y prácticas de trabajos manuales.”

Los premios consistían en cursos de los años en la escuela nueva de artes y oficios. Esto representaba la oportunidad que más quería Pedro en este mundo. Pero ¿cómo podría él hacer algo original sin preparación especial?.

Después de las clases, los muchachos hablaron del certamen.

- Debieras probar, Pedro – dijo Juan.- Yo tengo una idea

Pedro asintió con la cabeza y dijo:

- Me alegro mucho. Significaría una gran oportunidad para cualquiera de nosotros ganar uno de estos premios. No tengo medios para ir a la escuela a menos que reciba ayuda, y al terminar las clases tendré sin duda que dedicarme a cuidar ovejas. No será un trabajo tan difícil, puesto que ya tengo mi propio perro.

- Debes hacer una prueba para participar – insistió Juan. – Eres más capaz que cualquiera de nosotros.

- No sé que podría presentar.

- Caminemos por el pueblo – sugirió Juan. – Tal vez se nos ocurran algunas ideas al mirar los escaparates.

Los muchachos estuvieron examinando los trabajos manuales que se veían en los negocios, pero después de un rato dijo Pedro desalentado:

- No se me ocurre nada, pero a lo mejor podría hacer zapatitos para chicos en forma de conejos, ardillas o zorrinos, y luego darles el color de los animales representados.

- Oh, yo sabía que se te iba a ocurrir algo – dijo Juan.

- ¡Buena suerte! – dijo Pedro al separarse frente a la casa de campo de Juan.

Luego fue caminando lentamente por la carretera como cinco kilómetros, pensando en que, habiendo terminado las clases, tendría que conformarse con ser pastor de ovejas, o trabajar en el aserradero como su padre. Cuando hubo trepado la última colina, pudo ver la casa de campo, cuadrada, en forma de cajón, y la huerta de verduras que su madre había plantado. Dejó oír un silbido y su perro vino saltando a su encuentro, meneando su larga y gruesa cola.

- ¡Lindo Rey! – dijo Pedro y empezó a jugar con el perro.

Este animal era muy lindo, de apariencia y genio que cuadraban bien con su nombre.

Durante la primera semana de vacaciones, Pedro estuvo pensando en el certamen mientras que él y Rey cuidaban las ovejas. Por la noche, después de ordeñar la vaca, cortaba los modelos de zapatitos a los que pudiese dar apariencia de animales, y durante el día, mientras pastaban las ovejas, cosía el cuero blando con una aguja gruesa e hilo encerado. Pedro estaba contento de que le tocara hacer ese trabajo de cuidar las ovejas durante el verano con Rey, porque el perro era tan vigilante que gracias a su ayuda el muchacho disponía de mucho más tiempo para sus trabajos.

Pero pronto llegó el momento en que había que cosechar los productos de la huerta de su madre. Cuando regresó su padre del aserradero un día, notó las hileras de maíz, zanahorias, guisantes y papas y dijo:

- Tendrás que llevar las verduras al pueblo cada día, juntamente con la mantequilla y los huevos que podamos vender.

Pedro gimió en sí mismo cuando preguntó:

- ¿Y quién atenderá las ovejas? – aunque se preocupaba mucho menos por las ovejas que por el tiempo que no podría dedicar a fabricar zapatitos.

- Ya he arreglado con un muchacho vecino para que las atienda – dijo el padre.

Pedro no contestó, pero en su interior no estaba contento. Todo parecía ir contra él. El solo pensar en el viaje diario al pueblo lo cansaba aun antes de realizarlo.

Los primeros días ató la mitad de los productos sobre el lomo de Rey. Durante todo el viaje al pueblo iba gruñendo:

- Se me ha arruinado todo el verano. Ya no vale la pena participar en el certamen. Todo lo que deseaba era poder estudiar en esa linda escuela de artes y oficios.

Pero Pedro ideó de repente un nuevo plan que aliviaría mucho su trabajo, tal vez no enseguida, era una vez que lo hubiese terminado.

- Voy a hacerme un carrito – dijo a Rey. – Un carrito de dos ruedas, para que podamos llevar nuestros productos al mercado en cargas mayores y podamos traer a casa lo que mamá necesite.

Durante las pocas siguientes, Pedro dedicó todos los minutos libres a la construcción de su carro. De dos pequeños pinos que cortó en el bosque obtuvo toda la madera que necesitaba. Eligió en el cobertizo uno de los grandes cueros ya curtidos y los cortó en lonjas para entretejerlas y formar con ello un piso para el carro. Aún antes de haber terminado los costados, enganchó a Rey al carro por medio de un arnés de cuero crudo.

- Ya no serás tan ágil más tarde cuando haya colocado los costados del carro y esté bien cargado – dijo Pedro al perro.

- No quiero que me rompas el carrito en cuanto lo termine.

Rey sacudió la cola y se quedó quieto mientras Pedro le apretaba el arnés.

La última semana de agosto, Pedro tuvo más tiempo para terminar su carro porque ya lo podía usar para llevar los productos al pueblo y se ahorró así algunos viajes.

Llegó el día en que debían presentarse los artículos que se iban a exhibir en el certamen y él terminó los costados del carro y los aseguró el piso mediante tientos de cuero crudo. Luego dedicó toda su atención a los zapatitos que debía presentar. Durante toda la tarde cosió pacientemente. Por la noche, a la luz de una lámpara, los adornó con piel de conejo blanco y negro. Ya era más de la medianoche cuando les colocó los brillantes botones.

- No son muy buenos, - admitió con sueño a Rey mientras escribía el letrero que debía acompañarlos, - pero los voy a llevar al pueblo y veremos lo que dicen los jueces.

Pedro se vistió con su mejor ropa, luego dió una cepillada a Rey antes de engancharlo al carro. Cuando llegaron, la plaza estaba atestada de gente, y Pedro vaciló antes de presentar sus zapatitos entre los centenares de otros artículos. Por fin decidió atarlos a un costado del carro y dejar a Rey enganchado y atado a un poste en una orilla de la plaza.

No tardó luego en encontrar a su amigo Juan al lado de la alfombra que éste había hecho.

Pedro no tenía esperanza de que sus zapatitos ganasen un premio, pero esperaba recibir por lo menos una mención honorable. Pero al rato vió que una persona extraña estaba conduciendo al perro hacia la plataforma de los jueces. Una trompeta dejó oír

algunas notas que hicieron ladrar al animal. Pero un pregonero anunciaba por medio del megáfono, y así tapaba los ladridos:

- El primer premio es un carro tirado por un perro. Es algo bien hecho y muy práctico, presentado por Pedro La Seur.

Pedro se quedó como atontado. ¿Cómo podía explicar que su carro no había sido destinado al certamen, sino que lo había construido por necesidad, para ahorrar tiempo en la huerta? Mientras se acercaba a la plataforma para explicar el error, Rey se puso a saltar y a ladrar como para expresar su aprobación.

La muchedumbre aplaudió cuando Pedro se agachó para acariciar al perro. Comprendió de repente el muchacho que no había habido equivocación. Al fin y al cabo, su carro era de un diseño original, y nadie que viviera en aquella región agrícola podía dudar que fuese práctico.

7. - “SE LLEVARON UNA SORPRESA”

Era un día de frío de la primera parte de diciembre de 1948, cuando un grupo de muchachos, de la ciudad de Hamburgo, Alemania, se dirigió a la parte más dañada de esa ciudad, para averiguar la situación en ese barrio llamado Billstadt. Las bombas que cayeron durante la terrible segunda guerra mundial habían destruido todas las casas de dicho suburbio de Billstadt, de manera que esa parte de la ciudad se conocía como parte del “territorio muerto.”

Con el tiempo algunos hombres valientes habían regresado para ver si podían edificar nuevamente sus casas, pero siempre se habían ido muy tristes, porque parecía imposible vivir entre tantas ruinas. Les recordaban demasiado las penurias que habían tenido que pasar.

Nuestros cinco muchachos querían ser héroes, así que fueron trepando los montones de ladrillos y escombros, y hasta penetraron en los sótanos de algunas de las casas derribadas. ¡Qué aspecto tenía todo, y qué olores espantosos salían de este barrio muerto! Los cinco estaban asustados por el espectáculo.

De repente, Carlos, el mayor, exclamó:

- ¡Miren allí hay un gato!

Vieron efectivamente un gran gato negro que los miraba con sus grandes ojos verdes, parado sobre un gran trozo de cemento que parecía una roca. Maulló con fuerza, y levantando la cola, se corrió a un costado de la roca y desapareció. Eduardo fue el primero que habló y dijo:

- Vengan, vamos a ver adónde fué, y tal vez descubramos a quien pertenece.

Los cinco muchachos fueron cruzando por encima de las piedras y los escombros en persecución del gato. Casi habían llegado a la roca, cuando para gran sorpresa suya se presentó un anciano vestido de andrajos y con un garrote en la mano.

- ¿Para qué vienen aquí? – preguntó. – Los voy a castigar a todos ustedes, si vienen a molestarme.

Enrique, el más valiente de los muchachos, se dirigió a él y le contestó:

- No sabíamos que usted vivía en este lugar espantoso. ¿Está usted solo? ¿Es suyo este gato negro?.

- ¡Sí es mío, y no le hagan daño! Es todo lo que me queda después de los destrozos de la guerra.

- ¿Y quién le cuida a usted aquí? – preguntó Luis. – No debe poder ir de compras a la ciudad.

- Yo me las arreglo solo – contestó el anciano. – Nadie necesita cuidarme.

Miró a los muchachos con ojos penetrantes, y después de un rato dijo:

- Ustedes parecen ser muchachos buenos. Entren en mi habitación y les mostraré cómo vivo aquí.

Unas cuantas escaleras medio rotas les permitieron bajar a una cocinita donde había apenas espacio para el anciano y sus cinco visitantes. En el centro había una mesa de tamaño regular, con una silla a cada lado, y junto a la pared de la derecha, cerca de una ventanita, había una cama con un cobertor de plumas. En un armario había algunos platos, una taza y un platillo. Sobre un estante de la pared había un pan y algunos otros comestibles. En el rincón de la izquierda había un horno de piedra, sobre el cual había algunas ollas. Varios clavos y ganchos hundidos en la pared servían al anciano de ropero.

- Siéntense – dijo a sus visitantes, y luego añadió: - Esto es todo lo que poseo desde que murieron mi esposa y mis hijos. Voy a la ciudad dos veces por meses para conseguir mi indemnización del Estado y comprar lo que necesito. Luego vuelvo tan rápidamente como puedo a mi gatito. Es mi único compañero. En invierno lo pasamos mal, porque no es siempre fácil encontrar bastante leña para calentar la habitación. Pero en el verano todo va bien, y encontramos por los alrededores muchas cosas que nos resultan útiles. De esta manera vamos tirando bastante bien, y nos hacemos compañía el uno al otro.

Los muchachos habían escuchado sin decir una palabra. Pensaban en los alojamientos mejores, las condiciones más favorables y más cómodas en que ellos vivían, con sus padres, hermanos y hermanas.

Después de un rato, el anciano continuó diciendo:

- Ya tengo casi ochenta años, muchachos. Pronto tendré que irme a un asilo de ancianos y probablemente no tardaré en dejar este viejo mundo abominable. Pero mientras pueda quedar aquí, si queréis visitarme, podéis hacerlo.

Al oír estas palabras, todos los muchachos asintieron con la cabeza, y luego Enrique propuso:

- ¿Quiere usted que le cantemos algo?

- Sí, por cierto – contestó el anciano.

- ¿Qué cantaremos? – preguntó Carlos.

El anciano pensó un rato y luego contestó:

- Ustedes elijan, pero que no sea un canto de guerra. Hemos oído bastante de esa clase.

Como los muchachos eran todos miembros de la escuela sabática de Hamburgo, decidieron cantar: “*Sicher in Jesu Armen*” (“Salvo en los tiernos brazos de mi Jesús seré”)

Los ojos del anciano se alegraron, y juntando las manos, y miraba a un muchacho y luego a otro. Cuando terminó el canto, les estrechó la mano a todos y les pidió que volvieran.

La verdad, ellos no se olvidaron de la promesa que habían hecho de volver. En Navidad, llevaron un arbolito, una cesta grande llena de cosas ricas para su amigo y le proporcionaron mucha alegría.

Cantaron varios himnos de Navidad y “abuelito”, como ahora le llamaban, unió su temblorosa voz a la de ellos mientras sus ojos azules se inundaban de lágrimas de agradecimiento.

- Nunca pensé que volvería a cantar estos hermosos himnos – dijo él. – Ustedes han arrancado de mi corazón la amargura que sentía hacia nuestro Padre celestial, y nuevamente puedo agradecerle por haber mandado a su hijo unigénito a vivir y morir por mí.

8. - “CONVIENE SER HONRADO”

Me pregunto qué está pensando Juan – dijo Roberto, mientras cruzaba el terreno baldío y vió a Juan sentado sobre una tabla del cerco. – Le voy a preguntar.

- ¡Hola, Juan!

Juan miró alrededor suyo para ver quién le llamaba.

- ¿Qué quieres, Roberto? – preguntó.

- ¿En qué estás pensando? – le interrogó a su vez Roberto.

- ¿Quién dijo que estaba pensando en algo?

- Así me pareció – dijo Roberto

- Bien, acércate y te lo voy a contar, - contestó Juan.

No tardó mucho Roberto en llegar adonde estaba sentado su amigo. Los dos muchachos eran muy buenos amigos. Si uno de ellos tenía dificultades se las contaba al otro, y generalmente les encontraban una solución.

- ¿Qué te pasa ahora, Juan? ¿Trató el grandote de quitarte otra vez tu cortaplumas?

- No, - dijo Juan. – Es algo peor.

- ¿Qué quieres decir? A ver cuéntame todo – dijo Roberto sorprendido.

- Pues he aquí lo que me pasa – se puso a contar Juan. – Ayer compré algunos mangos al dueño del mercado, y me devolvió lo que sobraba del peso. Tenía que ser cinco centavos. Pero en vez de darme una moneda de cinco, me dió una de veinte. Yo noté su equivocación pero no dije nada. Tomé la moneda y me la guardé. Más tarde fuí al negocio y cuando quise sacar la moneda de mi bolsillo, encontré que estaba vacío. Me fuí a casa, pero no le dije nada a nadie en cuanto a mi falta de honradez y pérdida. Estuve pensando en el asunto esta mañana, y he decidido conseguir otra moneda de veinte centavos para ir y corregir mi mala acción. En eso estaba pensando.

Y Juan calló, como también callaba Roberto, que estaba demasiado sumido en sus pensamientos para hablar, de manera que ambos estuvieron sentados en silencio durante algún tiempo.

- Bien, pongámonos a trabajar – dijo Roberto, poniéndose de pie de un salto mientras hablaba.

- ¿Y qué vamos a hacer? – preguntó Juan.

- Pues vamos a ver a la Sra. Bermúdez quiere que cortemos el césped frente a su casa.

Fueron los muchachos a la casa de la Sra. Bermúdez, pero ella no necesitaba que cortasen el césped. De modo que se fueron de un lugar a otro, pero no consiguieron ningún trabajo.

- Parece – dijo finalmente Roberto- que vamos a tener que ir y decirle al dueño del puesto de fruta lo que te ha pasado y que le devolverás el dinero tan pronto como lo consigas.

Así que los dos amigos se encaminaron hacia el mercado. Caminaron tres cuabras, y cuando les faltaba solamente una para llegar, y ambos pensaban en lo que iban a decir, Roberto exclamó con gran sorpresa:

- ¡Oh, mira Juan!

Juan miró, y allí en medio de la calle había una moneda de veinte centavos. Esto significaba el fin de sus dificultades. Pronto llegaron a la puerta del mercado y Juan se dirigió al dueño, explicándole cómo se equivocó. Cuando Juan hubo terminado su relato, el hombre dijo:

- Has sido honrado. Te guardas dinero, y he aquí otra moneda de veinte centavos para tu compañero.

Los compañeros le dieron cordialmente las gracias y regresaron a casa. Apenas habían caminado un momento, Roberto dijo:

- Vale ciertamente la pena ser honrado, ¿no es cierto?

9. - “LA ORACIÓN DE LA MAMÁ”

El sol brillaba y el aire se había calentado tanto que las escuelas abrieron sus puertas a las nueve de la mañana para dejar que los niños volvieran a casa. Debido al calor intenso, obtenían un día de asueto.

La niña Carlota, de once años de edad, regresaba a casa caminando con sus mejores amigas, y hablando con ellas de su plan de ir a pasar el resto del día a orillas del lago, si sus madres les daban permiso. Cuando llegó a casa, saludó a su madre con esta exclamación:
- ¡Qué calor! ¿No es cierto, mamá?. Las maestras no quieren enseñar en un día así, de modo que nos han mandado a casa.

- Supongo – dijo la mamá, - que consideran que ustedes no pueden aprender nada, pues el calor marea.

Y habiendo dicho esto, reanudó su tarea de lavar la ropa. Cuando Carlota hubo ordenado su pieza, se fué adonde estaba su madre y le dijo:

- Flora, Lisa y María van a ir al lago de Krupunder, y si me das permiso, me gustaría ir también. Queríamos salir a las diez. ¿Puedo ir mamá?.

La señora pensó un momento, y luego mirando a la niña bien de frente, contestó:
- Si me prometes ser cuidadosa y no hacer cosas temerarias, puedes ir. Pero acuérdense de estar de vuelta a las cinco.

Carlota prometió ser cuidadosa y tomando su traje de baño, una toalla y algunas otras cosas que pensaba necesitar, estuvo lista para partir.

- ¡Que te diviertas! – dijo la mamá, dándole un beso de despedida.

Fueron cuatro niñas felices las que se encontraron al lado del tren que las iba a llevar lejos de la gran ciudad con su atmósfera sofocante. Luego les tocó caminar como un kilómetro y medio, y llegaron a eso de las once a orillas del lago azul. Ya había muchas personas nadando en las frescas aguas y las niñas iban ciertamente dispuestas a divertirse.

La mamá siguió atendiendo sus quehaceres caseros con corazón feliz y agradecido, cuando de repente, a eso de las dos de la tarde, le embargó un gran temor acerca de Carlota. ¿Qué podía pasar? ¿Se habría aventurado Carlota demasiado lejos al interior del lago, donde resultaba peligroso procurar nada debido a los remolinos? Por supuesto Carlota sabía hasta donde se le permitía nadar. ¿Habría sucedido alguna otra cosa?.

La madre no quería imaginarse un desastre, y procuró olvidar sus impresiones. Además, era demasiado tarde para que ella fuese al lago, pues las niñas habrían emprendido el regreso antes que pudiese llegar allí. Continuó atendiendo sus tareas, pero seguían acudiendo a su mente pensamientos alarmantes, y todos estaban relacionados con Carlota.

¿Qué debía hacer? Dejó de trabajar y se sentó con lágrimas en los ojos. Si le sucedía algo a su hija, pensaba, ella tendría la culpa. ¿Acaso no fué ella quien le dió permiso para ir al lago? En su gran angustia, la señora se arrodilló y elevó una oración a su Padre celestial. Le explicó su ansiedad y le rogó que protegiese a su hija. Cuando se levantó de orar, se sentía más tranquila y sus pensamientos se serenaron. Hasta pudo cantar el himno:

“¡Oh, qué amigo nos es Cristo
Él sintió nuestra aflicción,
Y nos manda que llevemos
Todo a Dios en oración”

No eran todavía las cuatro cuando sonó el timbre. La mamá corrió a la puerta, y Carlota se arrojó en sus brazos y la abrazó muy fuerte.

- Mamá – exclamó, - estoy de vuelta. Pero corrí el riesgo de nunca volverte a ver, querida mamá.

La madre entró en la sala con su agitada hija y la hizo sentar en su falda. Carlota contó entonces que había estado nadando cuando de repente sintió un gran dolor en una pierna, y temió ahogarse. Llamó a grandes voces, y únicamente porque vió a un hombre que nadaba hacia ella, pudo conservar la fuerza de sostenerse con la cabeza fuera del agua. Este hombre trabó de ella y la fué empujando delante de sí hasta que llegaron a la orilla. Examinó su pierna, y le dijo que le había agarrado un calambre que podría haberla hecho ahogarse. Pero ahora debía recobrar ánimo, pues el dolor no tardaría en dejarla y debía regresar a casa tan pronto como se sintiese mejor.

- No sabía cómo agradecerle. Fué muy bueno conmigo, telo aseguro.

- ¿Puedes decirme a qué hora sucedió eso?- preguntó la madre, a lo cual la niña respondió:

- Debe haber sido más o menos a las dos.

Entonces su mamá le explicó que fué a esa hora cuando ella habló al Señor Jesús de sus temores y le dijo:

- Carlota, Jesús envió a aquel hombre en tu auxilio para sacarte del peligro que podría haber sido causa de tu muerte.

Con corazón rebotante, ambas agradecieron al Señor por su maravilloso amor.

10. - “LA FIDELIDAD PREMIADA”

Una hermosa tarde del mes de septiembre estaba Tito tendido en el prado, sobre la mullida hierba, contemplando la puesta de sol mientras pacían las ovejas, cuando una voz áspera y desagradable, que lo llamaba desde lejos, lo sacó de su contemplación. Se puso de pie, y reconociendo al recién llegado, corrió a su encuentro.

- ¿Qué se le ofrece señorito? – dijo respetuosamente, con la gorra en la mano, pues era el hijo del dueño del castillo para quien habían estado trabajando los padres de Tito desde mucho antes que él naciera.

- Quiero – repuso el señorito que vayas al castillo y digas que me traigan un caballo.

Tito se rascó las orejas, miró las puntas de sus zapatos y dando vueltas a la gorra entre el pulgar y el índice de ambas manos, repuso con timidez:

- No puedo dejar las ovejas; a lo mejor se extravían, y a estas horas es muy peligroso; la noche se viene encima, y si aparece el lobo, me mata unas cuantas en un santiamén.

- ¿Y a ti qué te importa? Si o son tuyas; la pérdida no arruinará al amo.

- Se equivoca, me importa más que si fueran mías, porque para eso me han encargado que las guarde, y ésta es la obligación que debo cumplir.

- Bien, pues vete, te mando, que yo quedaré en tu puesto.

- Usted no sirve para eso, porque las ovejas no conocen su voz, y aunque las llamase no vendrían.

- Mira, no me desesperes; toma cinco pesetas y apúrate a correr, si no quieres que te rompa un hueso – dijo amenazándole con la escopeta.

La amenaza era como para hacer temblar al niño, pues muchas veces los señores y los hijos de ellos no vacilaban en herir o aun matar a sus siervos, ya que para éstos no había seguridad de obtener justicia.

Sin embargo, a pesar de sentir mucho miedo, Tito se quedó inmóvil y repuso con toda tranquilidad:

- Pégueme, si quiere, pero yo no dejo el rebaño, no tomo dinero por faltar a mi obligación; eso sería robar al amo, que me paga para que no me mueva de aquí.

- Pues prepárate; se lo diré a mi padre y te despedirá.

- Sea lo que Dios quiera; si me despide por obedecer sus órdenes, me iré tranquilo y en otra casa encontraré trabajo.

El galope de un caballo cortó la conversación. Era el Benito, montado por un joven de caballerizas que venía a buscar al marquesito.

Al día siguiente Tito recibió orden de subir al castillo; el señor marqués deseaba hablar con él. ¡Pobre chico! Se presentó temblando.

El buen comportamiento siempre tiene recompensa, y el terror de Tito se tornó alegría cuando oyó a su amo disponer que le emplearan en la huerta, dejándole libres las horas de ir a la escuela.

Fué Tito tan fiel en los estudios como en el trabajo, y con el transcurso de los años llegó a ser el administrador del castillo, el servidor más fiel y el amigo más leal del marquesito que en aquella tarde le amenazara. Aprendió de su padre a reconocer el valor de una personas que sabía cumplir con su deber.

11. - “UN BARQUITO PARA CARLOS”

Benjamín pasó la mano suavemente sobre la superficie pintada de su velerito de madera. Lo había tallado y pintado él mismo. ¡Cómo había trabajado para conseguir que el barquito estuviese terminado e tiempo para hacerlo bogar por el canal de irrigación! ¡Y todo inútilmente!

Benjamín había estado reprimiendo las ganas de llorar durante tanto tiempo que le dolía la garganta. Pero hoy era el primer día en que soltaban el agua por el ancho y poco profundo canal. Hoy era el día que tanto había aguardado él, y ahora tenía que quedarse en cama con un tremendo resfrío.

Miraba por la ventana y se compadecía de sí mismo. Podía ver muchos muchachos a lo largo del canal, con toda clase de veleros, grandes y chicos. Pronto se iba a reunir e iban a hacer carreras por el canal hasta el primer puente. ¡Cómo se iban a divertir!

Todos los niños amigos de Benjamín estaban junto al canal, todos menos Carlos. Benjamín se preguntaba qué pasaría con Carlos. Este tenía un velero hermoso. Había sido hecho en una fábrica, y era un barco de gran velocidad. Iba a ser seguramente el más ligero que bogara en el canal.

Precisamente mientras Benjamín se preguntaba dónde estaba Carlos, he aquí que vió a éste venir por la calle. Caminaba lentamente, medio arrastrando los pies. Benjamín nunca lo había visto tan triste. Aun cuando no habían sido muy amigos, Benjamín no podía menos que preguntarse qué le pasaría.

Dió un golpecito a la ventana para atraer la atención de Carlos. Notó entonces que tenía las manos vacías, ¡Carlos no lleva su velero!

- ¿Dónde está tu velero? – preguntó Benjamín a Carlos cuando éste se acercó a la ventana.

Benjamín notó que Carlos se mordía los labios. Se quedó mirando hacia el canal y por un momento parecía que no iba a contestar. Luego dijo:

- No tengo barco.

Benjamín miró a Carlos con extrañeza, pues recordaba que tan sólo un día antes había visto el lindo velero.

- ¿Qué ha pasado? – preguntó Benjamín.

Carlos vaciló y luego dijo:

- Margarita dejó mi barco en el pasillo esta mañana, y papá pasó encima de él con el automóvil cuando lo estaba sacando del garage.

Margarita era la hermana de Carlos. Benjamín pensó:

- Ahora mi barco será el mejor.

Pero dijo en alta voz:

- ¡Es una lástima! – aunque en realidad no lo pensaba.

Carlos se fué caminando hacia el canal. Benjamín lo miraba por la ventana. Estaban ambos más o menos en la misma condición. Por supuesto, él tenía un barco mientras que Carlos no tenía ninguno ahora. Pero ¿qué ventaja le reportaba el tener el mejor barquito y el más rápido, si no podía usarlo?

Benjamín volvió a alzar su velero. Lo acarició con orgullo. ¡Sí señor! ¡Carlos tenía que ver como iba a bogar este velero!

Pero luego Benjamín empezó a pensar. Si él y Carlos hubiesen sido íntimos amigos, le habría dejado llevar el velero al canal. Pero Carlos...

Al mirar por la ventana se sorprendió al ver que Carlos regresaba lentamente del canal. Su rostro denotaba aun más tristeza que antes, casi tanta tristeza como la que había sentido Benjamín esa misma mañana cuando su madre le había ordenado que debía quedar en casa.

Carlos había llegado casi al frente a la ventana de Benjamín. Este pensó de repente: “¿Qué importa que no hayamos sido siempre los mejores amigos? Tal vez Carlos no estaría tan triste si tuviese un barco que hacer navegar, aun cuando ese barco perteneciese a otro. ¿Es necesario ser tan grandes amigos para hacerse mutuamente felices?”

Benjamín volvió a dar un golpecito a la ventana y llamó:

- ¡Carlos! Dime, Carlos, ¿quieres llevar mi barco al canal para ver cuán rápido puede ir?

Carlos se detuvo. Al principio le pareció que Benjamín lo decía en broma. Pero la sonrisa amistosa que notó en su cara despertó su interés y asintiendo vivamente con la cabeza, contestó:

- Sí, me gustaría poder probar tu barco. Cuando lo vi por primera vez la semana pasada me di cuenta de que sería el barco más rápido que bogase en el canal. ¿De veras quieres que lo lleve?

Sí, Benjamín quería que lo llevase. Carlos había expresado aprecio por su barco, y él no lo había sabido antes. Tal vez no había sabido tampoco que Carlos quería ser su amigo. Y al ver la expresión feliz que había en el rostro de Carlos, Benjamín comprendió que no había trabajado de balde en la fabricación de su barco.

- Por supuesto que será para mí un gran placer que puedas usarlo, - contestó el muchacho con toda sinceridad.

Y diciendo esto, colocó el barco en las manos de Carlos, añadiendo:

- Y a lo mejor podremos hacerlo navegar juntos dentro de algunos días.

Carlos asintió con una sonrisa tan placentera y amistosa que Benjamín se olvidó de su dolor de garganta.

12. - “UNA COLECCIÓN EXTRAÑA”

Hacía mucho frío afuera. Samuel había hecho una larga carrera en bicicleta y estaba muy contento de encontrarse nuevamente al lado del fuego mientras esperaba la hora de sentarse a la mesa. De repente vió, cerca de sí a un hombrecito que llevaba a la espalda una bolsa grande.

- Buenas noches – dijo el hombrecito, sentándose en el otro sillón que había frente a Samuel al lado de la chimenea.

- ¿Es usted vendedor? – preguntó Samuel.

- No, soy coleccionista

- ¿De qué? ¿De estampillas? ¿De estampados? ¿De monedas?

- No, soy coleccionista de objetos perdidos.

- ¡ Qué colección extraña! Pero ¿tiene usted derecho a guardar lo que encuentra?

- Por cierto que sí. La gente es en verdad poco cuidadosa. Cada día, mientras voy y vengo de un lado al otro, lleno mi bolsa para traerla a casa y enriquecer mi colección. Ya ves cuán llena está mi bolsa hoy.

- Me gustaría ver lo que usted ha puesto en ella – dijo Samuel interesado.

- Tal vez no lo creerás, mi joven amigo, pero tú eres el que más ha enriquecido mi colección. Te aseguro que me has dado mucho trabajo para recoger detrás de ti todo lo que perdías.

Samuel, perplejo, miraba al hombre y dijo lentamente:

- Yo no creo haber perdido nada- No de veras, usted se equivoca.

- Me tomaría demasiado tiempo abrir mi bolsa, porque he acomodado todo muy bien, pero tengo conmigo la lista de mis hallazgos y verás que no le he equivocado.

Y el hombrecito sacó de su bolsillo una libreta muy gastada, que hojeó un instante.

- Samuel Voisin – dijo, - Samuel Voisin... Aquí está, lo encontré: Trece minutos perdidos en la cama después que sonó su despertador; ocho minutos perdidos mirando a dos perros que se peleaban. En la escuela, perdió diez minutos dibujando cosas inútiles en vez de hacer su ejercicio de gramática; quince minutos igualmente perdidos recorriendo un diario durante la clase de geografía. En casa, perdió nueve minutos protestando en la escalera porque su madre le había mandado a lavarse las manos. En la calle, perdió diez minutos charlando con un camarada en vez de ir a su lección de violín, y otros siete minutos...

- Basta – exclamó Samuel, - no me hable más de todo ese tiempo perdido se lo ruego.

- Bueno, voy a mencionarle otras cosas que has perdido. Veamos la lista de las “Ocasiones.” Presenciaste cómo maltrataban a un perro y perdiste la ocasión de salvarlo. Viste a un niño pequeño caer en un charco de lodo, y perdiste la ocasión de ser bueno y socorrerlo, pues en vez de hacerlo te burlaste de él. Cuando tu hermana te dijo que necesitaría con urgencia que echaras una carta en el buzón, tuviste ocasión de prestarle ese servicio, pero ella, tan frágil de salud, tuvo que salir a pesar del frío que hacía. Te airaste porque el cordón de tus zapatos se rompió esta mañana, cuando ya andabas con atraso, es decir que perdiste una ocasión de conservar tu sangre fría. Te olvidaste de levantarte y ofrecer el sillón tu madre, cuando entró en la habitación. Fué una ocasión perdida de ser cortés.

“Fumaste un cigarrillo, a pesar de tu promesa de no hacerlo más, y esto fué una grave pérdida para ti. Perdiste la ocasión de dar un buen ejemplo, perdiste un poco de salud, perdiste tu propia estima, y perdiste también la confianza de tu hermanito que te vió.”

“Pero veamos, hay todavía dichas que has perdido...”

- ¡Basta! ¡Basta! – exclamó Samuel.

- ¿ No puede usted devolverme todo eso? Lo cuidaré mucho, se lo aseguro.

- No – dijo el hombrecito gravemente, - nada de esto te pertenece ya. Lo único que puedes hacer, es ser más cuidadoso de aquí en adelante. De lo contrario te verás arruinando por no tener ya tiempo, dinero, afecto, felicidad...

- Samuel – dijo la voz de Magdalena, su hermana. – Te esperan para comer, apúrate.

El joven se restregó los ojos, pues había soñado todo eso. Pero no se olvidó de su sueño ni de la extraña colección del hombrecito, e hizo la resolución de no aumentarla.

13. - “LA NUEVA VECINA”

Alicia y Juanita estaban camino hacia la escuela, al pasar frente de una casa grande pero descuidada que estaba detrás de un cerco también descuidado, Juanita dijo:

- Alguien debe haberse mudado a la casa vieja de los Benítez, pues ni veo cortinas en las ventanas.

-Si, es una señora anciana - contestó Alicia. – No recuerdo cómo se llama, pero mi mamá la conoció en la sociedad de Dorcas. Oh Juanita, ¡mira quien nos está siguiendo!

Cuando Juanita se dió vuelta vio que el gatito de Alicia les estaba pisando los talones.

¡Vete a casa! – gritó Alicia golpeando el piso con los pies para asustar al gato. -¡Vete a casa inmediatamente!

El gato se dió vuelta como si le fuera a obedecer. Luego dió un salto y se colocó en la parte superior de un portón de hierro que había en el cerco y, saltó al suelo en el patio que había delante de la casa. Luego se puso a correr.

¡Oh! Exclamó Alicia, - ¡Tenemos que agarrarlo pronto!

Estaba abriendo el portón cuando una mujer alta salió de la casa, con una escoba en la mano.

- ¡A ver gato intruso, sal de allí! – gritó agitando su escoba en dirección al gato.

La mujer parecía enojada.

- Le pido perdón. - dijo Alicia procurando ser cortés - Es mi gatito...

-¡Entonces sácalo de mi patio! – dijo bruscamente la señora. – No quiero que moleste los pájaros. Arréglatelas de modo que se quede en tu casa.

- Este gatito es muy joven y no podría cazar un pájaro aún cuando lo probase. – Dijo Alicia, defendiendo a su gatito al que ahora estrechaba en sus brazos.

Las niñas se alejaron apresuradamente. Llevaron el gato a la casa de Alicia, aun a riesgo de llegar tarde a la escuela. Y Habiéndolo encerrado en la casa, salieron corriendo y llegaron a su aula precisamente cuando la campana empezaba a sonar.

Esa noche, en la casa de Alicia, ambas niñas contaron su aventura con la “señora mala”, como la llamaron.

- No le deis ese nombre – protestó la madre de Alicia. – Ella se llama la Sra. Davis. Y en cuanto a que ella sea mala, Alicia, sabes que tu gato no tenía nada que hacer en su patio. En la sociedad de Dorcas, la Sra. Davis nos dijo la semana pasada que estaba haciendo colocar una casita y un baño para pájaros en su jardín. Esto, naturalmente, atrae los pájaros; y los gatos son siempre enemigos de los pájaros.

-Nosotras estábamos sacando el gato de su patio tan rápidamente cómo podíamos – dijo Alicia. – Pero ella siguió regañándonos, y hasta amenazándonos.

- Bueno niñas – aconsejó la madre de Alicia, - no insistan tanto en esto. Miren por la ventana. El sol se está por poner. ¿No loes hace recordar algo?

Alicia y Juanita cambiaron una mirada entre sí y luego la primera niña empezó, avergonzada:

- “No se ponga el sol...

- “Sobre vuestro enojo” – terminó Juanita.

- ¡Exactamente – dijo la madre de Alicia.

- ¡Oh! Por supuesto, perdonamos a la mala... a la Sra. Davis, quiero decir – explicó Alicia, - pero es difícil.

Su mamá reflexionó un momento, luego dijo alegremente:

- Una de las mejores maneras de destruir el resentimiento consiste en hacer algo bondadoso en favor de la persona que despertó el resentimiento. Mañana es día de asueto. Supongamos que ambas se pongan a pensar e ideen una linda sorpresa para la Sra. Davis.

- ¡Pero nosotras no la conocemos! – objetó Alicia. – No tenemos la menor idea de lo que le podría agradar.

- A casi todas las personas les agradan los caramelos caseros – dijo su mamá. – Pero hay que recordar que la Sra. Davis no puede comer ni nueces ni chocolate.

- Mamá tiene una receta que no incluye ninguna de esas dos cosas – declaró Juanita. – Solo requiere azúcar, huevos batidos, vainilla, y, si se quiere, pasas picadas.

- Muy bien – dijo Alicia interesada a pesar de sí misma - ¿Tenemos suficiente dinero para comprar lo que necesario?

- Tal vez no, pero yo me encargaré de eso, querida – dijo su mamá.

- Y yo estoy segura de que mi mamá pondrá la mitad – dijo Juanita.

- Si quiere hacerlo, está bien; pero a ustedes dos les toca proveer la caja y el papel para envolver el dulce y una cinta.

- A mí me quedan solamente diez centavos – se lamentó Juanita.

- Pero yo tengo veinte – dijo su amiguita, para consolarla. – Y tengo una linda caja en la cual me regalaron papel de escribir para Navidad. ¿Acaso no puede servir?

- Sí, es justamente lo que necesitamos – dijo Juanita aplaudiendo con las manos. – Pero no vas a querer perderla.

- No, pero iría muy bien para acomodar el dulce.

- El regalo más lindo – dijo mamá sonriendo – es el que entraña un sacrificio.

- Es verdad – reconoció Juanita. – Si tú sacrificas la cajita, Alicia, nuestros treinta centavos alcanzarán para comprar el papel y la cinta.

A la mañana siguiente, las dos niñas ayudaron a preparar el dulce.

De manera que a la mitad de la mañana, habiendo las dos compañeritas encerrado el gato en el patio trasero de la casa, se dirigieron hacia el domicilio de la Sra. Davis. Cuando llegaron a la puerta, casi les faltó valor.

- ¡Ojalá fuese el día de su cumpleaños o algún otro día especial! – murmuró Juanita.

- Y al fin era idea de mamá – dijo Alicia mientras retrocedía un poco del portón. – Vamos a pedirle que venga con nosotras.

- ¿Qué pasa, niñas? ¿Qué desean? – dijo una voz y la Sra. Davis salió detrás de unos arbustos trayendo esta vez un rastrillo de jardinero.

Las niñas se olvidaron de lo que se habían propuesto decir, por la sorpresa que se llevaron. Alicia hasta se puso la caja de dulces detrás de la espalda.

- ¿Y, que me dicen? – dijo la Sra. Davis.

Alicia pensó que debía comenzar con una disculpa y balbució:

- Lamento que mi gato la molestó...

- Te lo llevaste, ¿no es cierto? Pues eso era todo lo que yo pedía.

Y la voz de la Sra. Davis parecía expresarse con cierta dulzura. Alicia extendió tímidamente la mano con la caja diciendo:

- Aquí tiene algo que Juanita y yo hemos hecho para usted. No contiene nueces ni chocolate.

- ¡Oh, es para mí! – exclamó la Sra. Davis mientras tomaba la caja y la abría.

- Es algo que me gusta mucho. Ustedes son muy amables. Les voy a mostrar mi casa.

Quince minutos más tarde, al entrar las niñas en la casa de Alicia, ésta exclamó:

- ¡Oh mamá! La Sra. Davis quiere que todas vayamos a visitarla la semana que viene. Ya habrán llegado entonces las vacaciones y, mamá, es la señora más buena que haya conocido.

14. - “ROBERTO NO SE APRESURA”

¡Un momento, mamita! Lo voy a hacer bailar sólo una vez más.

Roberto estaba arrodillado en el suelo cerca de la ventana abierta, sin darse cuenta de los “atisbaderos” que sus rodillas gordiflonas hacían en las medias.

Las franjas coloradas, blancas y azules de su trompo seguían serpenteando del centro para fuera y viceversa, de una manera tan satisfactoria que no se cansaba nunca de contemplarlas.

En un remoto rinconcito de su rizada cabeza, quería saber por qué será que las personas grandes siempre llaman cuando un niño se está divirtiendo lo más bien.

Otra vez hizo bailar el trompo, y sus ojos centellaron de pura alegría, pero mantenía alerta un oído para percibir una segunda llamada. Estaba seguro de que vendría; nunca hasta entonces había faltado.

La primera llamada de su madre era siempre para Robertito como el toque de la primera campana de la escuela: sólo una advertencia de que iba a seguir una segunda después.

Pronto estuvo el muchacho tan absorto, que se tendió en el suelo, apoyado con la cabeza en una mano, observando con admiración como las franjas del “incansable girador” se perseguían unas a otras en el trompo, mientras éste aminoraba la velocidad y empezaba a bambolearse.

Robertito estaba tan quieto que un jilguero saltó de la copa de un árbol a ver que pasaba, pero el niño no hizo caso del ¡pío, pío! A su lado.

Luego, ¡pum! Fué el diario de la tarde que dió contra la pared y al rebotar le pegó en la cabeza a Robertito; pero éste sólo comprendió lo sucedido cuando oyó la risa del muchacho repartidor, mientras seguía su camino calle arriba.

Su madre estaba todavía sentada en la ventana, pero lo que cosía había caído sobre su falda. Tal vez se había olvidado de llamarlo, justamente como él se había olvidado de ir cuando ella se lo había pedido.

Algo en la cara de su madre le hizo ver que estaba triste. Vaciló un momento para contemplar una vez más su trompo, y entonces fué de puntillas a su pieza a fin de lavarse para la cena. Esto le dió una sensación de bienestar. Después se decidió a ir abajo deprisa para ayuda a arreglar la mesa.

Halló a su madre todavía junto a la ventana. No se había movido desde que la había visto antes cuando estaba afuera con su trompo. Pero, al oír las pisadas de su hijito, alzó los ojos y alegremente le dijo que había tiempo antes de la cena para contarle una historia.

Los grandes ojos azules de Roberto manifestaron sorpresa. Sí, seguramente su madre se había olvidado de que ella lo necesitaba. Su rostro resplandeció de placer. La madre siempre contaba lindas historias, que eran la recompensa dada al niño por haberse portado bien.

Había una silla vacía cerca, pero el muchacho no la notó. Subió al regazo de su madre, como un niño de ocho años lo sabe hacer cuando nadie lo mira. Los brazos de su madre, al rodearlo, le dieron una sensación de bienestar. Satisfecho, le acarició amorosamente una mejilla, resolviendo que cualquier madre que se comportaba así cuando su hijito no la había obedecido con prontitud, merecía mejor tratamiento, y lo había de recibir.

- Cierta vez – dijo ella en voz baja, pero clara, mientras le hacía a su vez una caricia, - antes que nuestro hijito llegara...

- ¡Oh, sí yo sé! – interrumpió Robertito, con tono excitado. – Eso me gusta. Cuando fuiste con papá de viaje de caza a África. ¡Ojalá ya hubiese llagado yo entonces! ¿Puedo ir la próxima vez que vayan?

- Muy probablemente, si vamos otra vez – y estrechándolo de nuevo contra su pecho, siguió:

- Cierta mañana tu padre, yo y los hombres que teníamos con nosotros habíamos estado caminando durante horas, a veces por senderos angostos, pero son más frecuencia por matorrales y selvas que dificultaban muchísimo nuestro avance. Hacía más de una hora que no habíamos visto ningún animal feroz.

- ¿Ningún león? – La voz de Roberto evidenciaba algo de chasco, pues esperaba una historia emocionante.

- No, esta vez no, aunque tu papá había matado a uno antes, ese mismo día. Hacía el mediodía nos detuvimos en un sitio tranquilo. Recuerdo cuán cansada estaba cuando me senté en un tronco de árbol, y me quité el sombrero para descansar. Tenía mucha hambre, y miré atrás a ver si nuestros hombres seguían con los cestos de la comida. Vi que se habían detenido a unos pocos metros de distancia, y que sus caras daban evidencia de un gran susto. Todo estaba tan silencioso que podía oír los latidos de mi corazón. De repente tu padre castañeo los dedos y me miró fijamente. Comprendí la señal. Significaba que había peligro y que debía obedecer inmediatamente. Rápidamente me arrojé al suelo si hacer ninguna pregunta, pero me estremecí como una hoja movida por el viento, porque había dado un ligero vistazo a una monstruosa serpiente, a sólo un metro o dos de distancia, la cual balanceaba la mitad de su cuerpo en el aire, lista para mordirme con sus mortíferos colmillos.

“Jamás olvidaré lo aterrada que estaba; pero antes de poder respirar otra vez, oí el ¡pum! del rifle de tu padre, y después, un segundo tiro, directamente encima de mi cabeza”

- ¿Pero no te hirió, mamita? – y Roberto se tomó del brazo de su madre en su ansia de asegurarse que estaba allí e ilesa.

- No, no me hirió; pero sí, me salvó la vida, porque me arrojé rápidamente al suelo cuando oí que tu padre castañeaba los dedos.

Roberto respiró profundamente y su cara se sonrojó. Por un momento bajó la cabeza. Luego, con una repentina resolución, miró fijamente a los ojos de su madre, acariciándola de nuevo.

- Estoy muy contento – le dijo, - porque papá te enseñó eso y tú le obedeciste pronto. Si no ¿dónde estaría mi mamita ahora? Le voy a pedir a papá que me enseñe también a mí y siempre te obedeceré rápido.

15. - “UN MILAGRO PARA LOIDA”

Loida estaba sentada con su abuelita en el vestíbulo de la vieja casa que se levantaba en la hacienda. Habían terminado su trabajo y podían ahora disfrutar de un descanso.

- Este es el momento del día que más me gusta – decía Loida.

El sol se escondía detrás de las montañas, y coloreaba el cielo con suaves tintes rosados. A la distancia se podían oír las campanas de las vacas, y se percibía en el aire la fragancia de las flores que cubrían las enredaderas alrededor del vestíbulo. Loida vivía en la ciudad, pero pasaba la mayor parte de sus vacaciones de verano con su abuelita en el campo. ¡Cómo se divertía ayudando a recoger los huevos, juntar fruta y andando en su mansa yegua favorita!

La abuelita tenía su Biblia abierta sobre su falda; había estado muy atareada durante el día, pero por la noche siempre tenía tiempo para contar una historia a la niña, o para contestar algunas de sus preguntas.

- Abuelita – decía Loida, - la lección de la escuela sabática que estudiamos la semana pasada se refería a un milagro que sucedió hace mucho tiempo. A mí no me parece que Dios haga cosas así de extraordinarias en nuestro tiempo. ¿Viste tú alguna vez un milagro?

- Sí, - contestó la abuelita, - puedo contarte de un milagro que sucedió en nuestra familia. Esto fué hace muchos años, y vivíamos en esta misma casa.

- Por favor, abuelita cuéntamelo – dijo la niña, acomodándose en su silla.

- En aquel entonces nos estábamos estableciendo aquí – empezó a decir la señora. – Sólo habíamos edificado una parte de esta casa, y tratábamos de comprar las herramientas que necesitábamos para cultivar la tierra. Teniendo cuatro hijos que alimentar y vestir, parecía que nunca tendríamos dinero suficiente para comprar todo lo que necesitábamos. Pero confiábamos en Dios y éramos una familia feliz.

“Abuelito trabajaba mucho, sembrando y cultivando las diferentes cosechas. Ese verano, el tiempo era desfavorable. Hacía mucho que no llovía y parecía que las cosechas iban a fracasar.

Habíamos plantado un gran campo de papas y necesitábamos mucho el dinero que podíamos obtener al venderlas, ya que teníamos que pagar las cuentas, comprar los alimentos y ropa para el invierno. Puedes estar segura de que observábamos con mucho cuidado esa plantación de papas.”

- ¿Había una iglesia aquí en el campo entonces? – preguntó Loida.

- No, no había iglesia cerca – contestó la abuelita. – Había otras dos familias cristianas en la región, pero vivían a varios kilómetros. A veces nos reuníamos en una de las casas para el culto del sábado.

“Una mañana apreció una nube negra en el cielo. Pronto empezó a llover muy fuerte. Habíamos estado rogando a Dios que mandase lluvia, pues nuestras cosechas la necesitaban mucho. Abuelito vino corriendo del campo donde estaba trabajando. Dijo: “- Me siento muy agradecido por esta lluvia, pero espero que no venga acompañada de una tormenta de granizo. Arruinaría nuestra plantación de papas.”

“Estábamos de pie en el vestíbulo de atrás mirando como llovía. El cielo se iba obscureciendo cada vez más y la lluvia caía a cántaros, como siempre sucede antes de una tormenta de granizo.”

“Abuelito sabía que tenía un Amigo a quien podía pedir ayuda, y confiaba en él. Así que dijo:

- Pidamos a Dios que proteja nuestro campo de papas”

“Todos nos arrodillamos y abuelito agradeció al Señor por la lluvia y luego pidió que salvara de todo daño nuestras papas. Todos oramos, aun los más pequeños de los niños.”

“Llovió toda aquella mañana. Mientras nos sentábamos para almorzar, podíamos ver que se acercaba una tormenta de granizo. Pero Dios oyó nuestras oraciones y las contestó. Esa tormenta de granizo pasó completamente por alto nuestra propiedad; la cosecha se salvo mientras que la de nuestros vecinos sufrió mucho daño.”

“Cuando pasó la tormenta, fuimos caminando hasta el campo de papas. No había sufrido el menor perjuicio, sino que las plantas habían reverdecido, limpiadas por la lluvia.”

“Puedes estar segura de que agradecemos a nuestro Padre celestial por la bondad que manifestó. Después que cosechamos las papas y las hubimos vendido, fuimos al pueblo a pagar nuestras cuentas y comprar ropas y calzado.”

- Habrán sido ropas y zapatos especiales ¿no es cierto abuelita? – dijo Loida.- Deben haber sido como un verdadero regalo de Dios.

- Por cierto que sí, - contestó la abuelita, - Dios fué muy bueno con nosotros.

16. - “LA EQUIVOCACIÓN DE RICARDO”

Roberto y Ricardo estaban sentados sobre los escalones de la cocina y había entre los dos una gran jaula para pájaros. Dentro de esa jaula había un loro verde.

- Es inútil, Ricardo – decía Roberto sacudiendo la cabeza. – Hemos probado de enseñarle a Pedrito a hablar, pero no quiere decir una palabra. Nos mira, nos mira, pero no dice nada. Parece que no podemos conseguir ningún resultado; aunque sería de veras muy divertido si pudiésemos enseñarle a hablar.

De repente le brillaron los ojos a Roberto y dijo:

- ¡Ya sé lo que voy a hacer! Lo voy a la granja de abuelito. Él tuvo una vez un loro al que enseñó a hablar, tal vez pueda enseñar a este también.

- Esa es una gran idea. ¡Ojalá que tenga éxito!

Una tarde, varias semanas después, Ricardo se detuvo en la casa de su amigo y lo llamó desde afuera:

- ¡Roberto! ¡Roberto! Ven a jugar.

- Enseguida voy – fué la respuesta que oyó.

- Muy bien, pero apresúrate. Tengo aquí una pelota nueva con la cual podemos jugar – explicó Ricardo mientras hacía saltar la pelota sobre la acera, contando:

- Uno, dos, tres, cuatro...

Y así fué contando hasta diez y volvió a empezar hasta llegar nuevamente a diez, y, sin embargo, Roberto no había salido.

- Roberto, por favor apúrate – le volvió a decir.

- Ya voy

Ricardo hizo rebotar unas cuantas veces más su pelota, y esta vez fué contando hasta veinte y volvió a empezar.

Por fin dijo:

- Bueno, no voy a esperar más. Evidentemente Roberto no quiere jugar conmigo ni le interesa mi pelota nueva.

Se volvió a casa lentamente, haciendo rebotar la pelota delante de sí. Y precisamente cuando entraba en su patio, se encontró con su madre que salía de casa, quien le dijo:

- Pero Ricardo, pensaba que habías ido a jugar con Roberto.

- Fui a su casa, pero... él no quiso jugar conmigo – le contestó.

- ¿Qué no quiso jugar contigo? ¿Qué te hace pensar tal cosa? – preguntó la mamá. - ¿Te dijo que él no quería jugar contigo?

- Yo lo llamé, y dijo que iba a salir enseguida; pero no vino. Luego volví a llamarlo y dijo que ya venía; pero no vino. Así que regresé – explicó Ricardo con una expresión muy chasqueada.

- Pero esto no quiere decir que él no quería jugar. Tal vez estaba haciendo algo importante y no podía dejarlo hasta que lo hubiese terminado.

- Tal vez, pero se me ocurrió que no quería jugar conmigo – y los labios del muchachito temblaban al decir esto, y para cambiar sus pensamientos la mamá le dijo:

- Yo voy a ir al centro; ¿no quieres acompañarme?.

- ¡Oh, sí! Me gustaría ir en ómnibus hasta el centro contigo.

Ambos llegaron a la esquina precisamente a tiempo para tomar el ómnibus que los llevó a la parte donde estaban los negocios del pueblo. Entraron en algunos de éstos para hacer compras y luego la madre le dijo:

- Vamos a la juguetería, Ricardo, y allí podrás escoger un juguete.
- ¡Oh! ¡Qué lindo! – exclamó el niño, y al rato se encontraban frente al mostrador de automóviles de juguete.
- Me gustaría éste, mamá. Lo necesito para mi cajón de arena.
- Muy bien, aquí tienes el dinero. Puedes indicarle al vendedor cuál te gusta más y le das el dinero. Allá veo a una señora amiga y voy a saludarla. Vuelo enseguida.

Ricardo estaba esperando que el vendedor lo atendiese cuando oyó una voz que le llamaba:

- ¡Hola Ricardo!

Se dió vuelta, y se encontró frente a Roberto que lo miraba sonriendo.

- ¡Oh! Roberto, ¿cómo te va? – dijo con cierta vacilación Ricardo.
- Pero, ¿qué te pasa? Parece sorprendido de verme – dijo Roberto extrañado.
- Es que estoy extrañado – dijo Ricardo.
- Pero te dije ayer que iba a venir al centro hoy, ¿no te recuerdas?
- Ahora sí; pero me había olvidado de que no estabas en casa, así que te fui a visitar. Alguien contestó y dijo con tu misma voz que ibas a salir enseguida. Pero no viniste, así que yo me fui.
- ¡Qué alguien contestó! Pero si no hay nadie en casa. Solo están el perro y el loro. ¡Ah! Espera un minuto... – y Roberto echó a reír en forma que parecía que nunca iba a acabar.
- ¿De qué te ríes? – preguntó Ricardo.
- Debe haber sido Pedrito quien contestó cuando me llamaste.
- Pero Pedrito no habla. Y ¿acaso no está en la granja de tu abuelito? – dijo Ricardo.
- No, no está más allá; lo trajimos de vuelta, y ahora habla. Me había olvidado de decírtelo.
- Pero si antes no quería hablar. Nosotros procuramos enseñarle – le hizo recordar Ricardo a su amigo.
- Ya sé, pero mi abuelito le enseñó, y ahora no deja de hablar.
- Entonces fué Pedrito quien contestó cuando lo llamé. Esto ha sido una broma muy graciosa. Me engañó el loro. Y yo pensé que no querías jugar conmigo – admitió Ricardo.
- Pero ¡si tú eres mi mejor compañero de juegos!
- Sí, ya sé; pero no presté atención – dijo Ricardo. - ¿Podrás jugar conmigo esta noche, Roberto?
- Por supuesto que sí. Iré a tu casa inmediatamente después de cenar.

17. - “CASI FUE UNA TRAGEDIA”

Dos niñas estaban jugando en el patio que había delante de su casa nueva. La mayor se llamaba Martina y tenía cinco años de edad y el nombre de la menor era Hilma, quien tenía tres años.

La familia a la que pertenecía la casa seguía ocupando parte de ella, y su hijo Carlos de tres años, estaba también jugando con las niñas.

Momentos antes, las niñas habían estado muy afligidas porque habían visto a su madre bajar por las escaleras con un vestido bonito y se dieron cuenta de que iba a ir a alguna parte.

- ¿A donde vas, mamá? – preguntó Martina.

- Voy a llevar un tarro de leche a la Sra. Juárez.

- ¿Para qué?

- Para que me haga un rico queso. Habrá muchas otras señoras que le van a llevar leche.

- Quiero ir contigo mamá – dijo Martina, y su hermanita pidió también con tono lastimero:

- Mamá, quiero ir también. ¿Puedo?

Le costaba a la mamá decir que no a sus hijitas, pero ella sabía que no convenía llevarlas, así que les dijo firmemente:

- No queridas; lo lamento, pero no podréis acompañarme esta vez.

Ambas niñas se pusieron a llorar.

Su hermanita Selma estaba durmiendo, y tanto la abuelita como la mamá no querían que despertasen a la chiquita, así que la madre dijo enseguida:

- No lloren, y os pondré vuestros vestidos rojos antes de irme. Podéis usarlos hasta que yo regrese. ¿Que les parece?

- ¡Oh, qué lindo! – contestaron las niñas al unísono y dejaron de llorar.

Inmediatamente les puso la mamá los vestidos nuevos y tomando el tarro de leche, se fué. Pero antes de irse les habló del pozo abierto que el papá no había tenido tiempo de cubrir. Recomendó a la abuelita que no dejase a las niñas acercarse a dicho pozo, y a ellas les dijo que se mantuvieron lejos de él.

Hacía apenas algunos minutos que la madre se había ido cuando la abuela dió a las niñas permiso para ir a jugar afuera.

- Tengan cuidado de no ensuciar sus vestidos, y no se acerquen al pozo – dijo la abuela cuando ellas salieron precipitadamente de la casa.

Era un lindo día de primavera, y la hierba estaba bien verde y tierna. Las dos niñas, juntamente con Carlitos, se divertían de gran manera.

Pero trataban de no ensuciar sus vestidos y se mantuvieron lejos del pozo por un tiempo hasta que Carlitos dijo:

- Tina, quiero agua.

Martina tomó al muchachito de la mano, y pronto se arrodilló a la orilla del pozo para sacar algo de agua con las dos manos, como formando una copa, y así le dió de beber a Carlos. Cuando Hilma vió a su hermana sacar agua para Carlitos, a ella también le dió sed.

- Yo también quiero agua, Tina – dijo.

Nuevamente Martina se arrodilló a la orilla del pozo para sacar agua y ofrecerla a su hermanita. Por un motivo u otro, perdió el equilibrio y cayó en el pozo que estaba lleno hasta el borde con agua del manantial.

Carlitos se alejó corriendo del pozo tan ligero como se lo permitían sus piernas, pero Hila empezó a correr alrededor y gritando con todas las fuerzas de sus pulmones.

La abuelita oyó los gritos y se acercó apresuradamente al pozo; pero antes que llegase, Martina había logrado salir, y estaba allí de pie con su vestido chorreando. Ese pozo tenía como dos metros de hondo pero no era muy ancho. El brocal había sido con piedras desparejadas, de manera que la niña había encontrado lugares donde asentar los pies y había podido salir.

La abuelita le sacó su vestido colorado, y después de retorcerlo, lo colgó en la rama de un cerezo cercano.

Una vaca que estaba en el campo de pastoreo cercano, vió el vestido rojo colgado del árbol, y picada por la curiosidad, cruzó el cerco para examinarlo de cerca. Pero esto no le bastó. Se puso a masticar el vestido. Este era bastante resistente, pero a fuerza de masticarlo, la vaca lo dejó reducido a condición de trapo cubierto de espuma.

Al regresar la mamá, vió a las niñas entrar en la sala con algo rojo y muy raro en la mano.

- ¿Qué traes allí?

Pero la abuelita sólo dijo:

- ¡Oh! – pues le bastó una mirada para darse cuenta de lo que había pasado.

Contó entonces a la mamá todo lo que había sucedido desde que ella se había ausentado.

Por mi parte, no puedo recordar ninguna cosa de lo que sucedió en mi casa desde ese momento hasta que tuve cinco años, que fué cuando aconteció otra cosa que me impresionó muchísimo. Porque, debo decirlo, que yo era Hilma, la niña de tres años.

Cuando los niños son obedientes, tienen que sufrir las consecuencias. Martina cayó al pozo y la vaca le arruinó su vestido colorado nuevo porque no habíamos obedecido ni a mamá ni a abuelita. ¿Os parece que Martina era buena al tratar de dar agua a Carlos?. Parecería que sí, pero ella podría haberle dicho que entrase en la casa a pedir un vaso de agua. No nos olvidemos de lo que dice en Colosenses 3:20: “Hijos, obedeced a vuestros padres en todo; porque esto agrada al Señor”

18. - “CUANDO LA TORTA DESAPARECIÓ”

La torta de chocolate recubierta de crema era la que más le gustaba a Julia. También le gustaba a Tinto, su perrito, al que quería tanto que siempre compartía con él lo que le daban.

- Debo hacer una torta hoy – dijo cierto día la mamá de Julia, - pues van a venir a comer con nosotros los abuelitos.

- ¡Oh mamá! ¿Harás la torta que más me gusta?

- Sí, tendremos torta de chocolate, y puedes ayudarme a prepararla.

Julia corrió a buscar su delantal blanco y se lo puso sobre el vestido rosado a cuadros. Se trepó a una silla alta en la cocina y dijo:

- Ahora estoy listo lista para ayudarte.

Se divertía mucho alcanzando a su madre las cosas que necesitaba y mirando como mezclaba y batía la masa. La mamá empujó una fuente amarilla grande hacia donde estaba Julia, después de haber dejado caer los huevos en ella a medida que los rompía, le dió el batidor y dijo:

- Ahora ten cuidado de no salpicar nada por encima de la orilla de la fuente.

Julia hizo girar cuidadosamente la manija del batidor hasta que los huevos quedaron como una linda espuma amarilla, que la madre envolvió en la masa de la torta.

Cuando ésta estuvo lista, tenía muy lindo aspecto. Era de tres capas, coronadas con una gruesa capa de crema blanca batida.

Durante el almuerzo, Julia dijo:

- Abuelita, yo ayudé a hacer la torta.

- Es una de las mejores tortas que yo haya comido – contestó el abuelito y añadió:

- Yo sé, Julia vas a ser una muy buena cocinera, como lo son tu mamá y tu abuelita. ¿Me dan otro pedazo?

Terminada la comida, sobraban tres pedazos de torta. La mamá envolvió cuidadosamente en el papel encerado y dijo:

- Daremos un pedazo a papá para su almuerzo mañana, y Julia y yo tendremos un pedazo cada una para el nuestro.

A las doce, el día siguiente, Julia entró en la cocina donde la mamá estaba preparando el almuerzo. Había dos tazones azules sobre la casa para la sopa que estaba calentando. Dos vasos estaban llenos de leche, y había dos pedazos de torta de chocolate sobre un lindo plato floreado.

Sonó el teléfono, y mientras se dirigía a contestarlo, la señora dijo:

- Vamos a comer dentro de unos minutos, Julia.

La niña sacó un trocito de uno de los pedazos de torta y dió una parte a Tinto. Pero la torta era tan rica que sacó otro pedacito para sí misma y aun otro para el perro.

La mamá seguía hablando. A Julia le pareció que era una conversación muy larga, pero en realidad duró tan sólo unos minutos. Mientras tanto Julia seguía comiendo pedacitos de torta. De repente vió horrorizada que uno de los pedazos había desaparecido casi completamente. Tomó lo que sobraba y se fué en punta de pies a su habitación. Al ratito la mamá la llamó, y ella se acercó calladamente a la mesa.

La señora sirvió la sopa y preguntó:

- ¿Qué sucedió con el otro pedazo de torta?

- Tinto debe haber comido- murmuró Julia. – Ya sabes cómo le gusta la torta.

- Yo no sabía que Tinto sacaba cosas de la mesa – dijo la mamá. – Tú te comes el pedazo que queda, querida.

A Julia le resultaba difícil aceptar esto. Comió algunos bocados, pero luego dijo:

- No tengo hambre; termínala tú.

Fue un alivio para ella levantarse de la mesa e ir a jugar afuera. ¡Qué desdichada se sentía! Se acordaba de los momentos felices que había pasado mezclando y batiendo la masa con su mamá y de cuán bondadosa había sido ésta al darle su propio pedazo. Pero sobre todo recordaba cómo había comido la torta y había echado la culpa al perro.

La cosa era que Julia no estaba feliz. La tarde parecía larga y aburrida. Quiso jugar con sus muñecas; jugó con Tinto; pero no hallaba placer en nada. Se iba sintiendo cada vez más desdichada. Finalmente decidió ir a contárselo todo a su mamá. Entró corriendo en la casa y llamó:

- Mamá, ¿dónde estas?

- Acá, en la pieza de costura, querida.

Julia se precipitó hacia ella y, arrojando sus brazos alrededor de su cuello, confesó:

- Mamá, no fué Tinto el que se comió la torta- dijo. – La comí yo. Siento mucho haberlo hecho, y siento mucho no haberte dicho la verdad.

Su mamá contestó bondadosamente:

- Yo sabía que tú la habías comido, querida. Pero estaba segura que me lo contarías.

- Yo nunca he estado tan triste como esta tarde – dijo la niña. – Nunca volveré a tomar algo que no me pertenece, ni a decir algo que no sea la verdad. He aprendido que cuando uno hace mal no puede sentirse feliz.

- Así es – dijo la madre. – Me alegro que hayas aprendido esta lección.

19. - “NO OLVIDES EL FAROL”

Va a estar muy oscuro antes de que vuelvas, Carlitos; no olvides de llevar el farol – dijo cierta madre a su hijo que iba a pasar medio día en una finca a casi una legua de distancia. - No tengo miedo a la oscuridad, y, además, conozco el camino bastante bien – contestó Carlitos. – No quiero llevar el farol, pues sólo me será de estorbo.

De modo que se fue a pasar una tarde alegre con sus compañeros, no pensando más en las palabras de su madre, ni afligiéndose en cuanto a su vuelta a casa.

Ya venía la noche cuando Carlitos se despidió de sus amigos; y como no había luna iba a ser oscuro para caminar. Se le ofreció una linterna, pero no quiso aceptarla, ya que se había jactado ante su madre de que conocía bien el camino. Aún más, dijo que podría recorrer el camino aun cuando tuviese los ojos vendados, y que ya habría recorrido la mitad de la distancia antes de que hubiese necesidad de encender el farol.

De manera que echó a correr a través del campo. En un lugar por el cual tenía que pasar había un portillo cuyas tablas estaban medias rotas. Una parte del portillo se había podrido, pero aún quedaba un largo clavo, el cuál enredándose en el saco del muchacho mientras él trepaba, le hizo caer en medio de unas ortigas en la acequia, que se hallaba entonces, por fortuna, seca. Lastimado y mortificado, salió arrastrándose de la acequia y empezó entonces a atravesar el bosque. Había varias sendas, pero la más ancha y frecuentada era su camino más corto a casa.

Tal vez era el dolor que sentía, o posiblemente la perturbación, lo que le hizo olvidar que tenía que doblar hacia la derecha. Después de andar una corta distancia halló que los arbustos le venían estrechando por cada lado, y sospechó que había entrado en algunas de las sendas que cruzaban el bosque en toda dirección. ¡Cómo deseaba entonces tener un farol! No sabía dónde ir, así que siguió adelante, hasta que estuvo cansado y le dolían muchísimo los pies.

Por fin llegó a una parte más rasa del bosque, y pensando que ya había llegado al camino, aceleró el paso con toda determinación, pero sintió de repente que el suelo se hundía bajo sus pies, y un momento después se hallaba luchado en el agua. Era un charco muy hondo, y después de buscar algo de que asirse, se tomó por fin de una rama fuerte, pudiendo salir del agua y hallar la senda nuevamente.

Unos minutos más tarde, lastimado, sangrando y con la ropa desgarrada, manchada con lodo y empapada de agua, llegó al portón de su casa, donde toda la familia lo esperaba sumamente extrañada por su demora.

- Mamá – dijo el infortunado y arrepentido niño, - he sido muy tonto al no seguir tu consejo.

Habían pasado varios años y Carlitos, un joven alto y de buen parecer, estaba de pies parado junto al portón, despidiéndose de su madre, no por pocas horas ni meses, sino tal vez por años.

- No te olvides nunca de llevar el farol contigo, hijo mío, - dijo su madre, mientras le colocaba una Biblia en la mano. – Deja que la Palabra de Dios sea la lámpara para tus pies y una luz para tu senda. Siempre que tengas duda en cuanto al camino que debes tomar, deja que la luz de este Libro ilumine tu senda, y entonces todo se aclarará.

20. - “CUANDO CLARÍN LES SALVO LA VIDA”

Este perro no sirve para nada – dijo con tono burlón el Sr. Hardy.

- Claro que sirve – exclamó José.

Y el chico se pudo de rodillas para rodear con sus brazos el cuello del perrito, y apretarlo contra sí.

- ¿Para que sirve?- le preguntó el Sr. Hardy siempre en el mismo tono.

-Bien – dijo el niño lentamente, con expresión perpleja en la cara y en sus ojos azules, - es mi perro y sirve para mí.

- Muy bien – respondió el padre del muchacho, riendo de buena gana, y agachándose para acariciar la cabeza del niño y también al humilde perrito. - ¿Son buenos compañeros?

- Si, somos compañeros – contestó el muchacho, - y no cambiaría a Clarín por... un elefante.

- Espero que no – dijo su padre. – Pórtate bien, - añadió mientras se retiraba para su trabajo en la granja, pero su trabajo no le iba a llevar muy lejos ese día.

José y Clarín empezaron a jugar en el patio. Algunos minutos más tarde, su tía Berta, y una prima llamada Isabel llegaron en su auto, y José y Clarín salieron a su encuentro. El muchachito estaba muy contento de que Isabel viniese a jugar con él. Eran de la misma edad, y siempre se divertían mucho. En cuanto a Clarín estaba tan contento como cualquier perrito podía serlo. ¡Cómo se retorció y sacudía la cola y emitía costos ladridos de alegría!

La tía Berta entró en la casa, pero los niños quedaron en el patio.

Al instante José dijo: “Ven, Isabel, te voy a llevar a pasear en mi carrito”. Se estaban divirtiendo de tal manera, que cuando la tía Berta y la mamá de José los invitaron a que las acompañaran al pueblo, no aceptaron.

- Mamá, déjame quedar y jugar con José y Clarín- rogó Isabel.

- Nos estamos divirtiendo tanto – exclamó José, - que por favor déjenos quedar. Clarín dió unos saltos alrededor de las señoras ladrando enérgicamente para llamar la atención. Luego dió unas cuantas vueltas en círculo para morderse la cola.

Mas o menos en ese momento vino el padre de José desde el otro lado de la casa.

- Bien déjenlos quedar en casa y jugar – dijo. – Yo estoy haciendo unos trabajitos por aquí cerca, y los vigilaré.

Y así sucedió que José, Isabel y Clarín se quedaron en casa mientras las señoras subían al auto y se fueron al pueblo.

- ¡Cuánto vamos a divertirnos, Isabel! – dijo José.

- Podemos hacer lo que nos dé la gana – contestó la niña con entusiasmo.

¡Qué felices estaban los niños!

Jugaron en el gran patio hasta que se cansaron. Luego fueron a la casa, y José consiguió una masita para cada uno, y, por supuesto, también para Clarín.

Ambos niños se sentaron en el umbral de la puerta, y comieron sus masitas. Clarín se acostó sobre la acera, y sosteniendo su masita entre las patas, la iba mordiendo poco a poco, pues era un perrito de buenas costumbres.

Habiendo terminado sus masitas, los niños decidieron jugar a las escondidas.

- A los que proponen el juego les toca – exclamó Isabel.

- ¿Qué dices? – preguntó José perplejo.

- Dijiste: Vamos a jugar a las escondidas, así que a ti te toca buscarme – explicó la niña.

El muchachito, obediente, se tapó los ojos, y empezó a contar: “Uno, dos, tres...”

Isabel y Clarín se fueron a esconder detrás de una puerta. José los encontró, de manera que después le tocaba a Isabel buscarlo a él. Después de un rato Isabel le dijo: “No es justo, nunca le toca a Clarín”

El perro comprendió. Se quedó con la cabeza gacha y la cola entre las patas, al parecer tan afligido y humilde como puede serlo un perrito.

- Bien, le puede tocar – lo defendió José. - ¿No es cierto Clarín?

El perrito alzó la cabeza. Un estremecimiento de placer corrió por todo su cuerpo, desde la nariz hasta la cola, la cual empezó a agitarse furiosamente.

- Acuéstate Clarín – dijo José, y el perro obedeció.

- Ahora pon las patas sobre los ojos- y el animal apretó la garganta contra en pliso y puso las patas sobre los ojos.

- Te quedas así hasta que yo diga: ¡Listo! – le dijo José.

La cola de Clarín golpeó el piso en respuesta. Los niños echaron a correr y se ocultaron detrás de un mueble.

- ¡Listo clarín! – exclamaron.

El perrito dio un salto, y se dirigió en línea recta adonde estaban los niños y ladró vivamente.

- Sabía exactamente donde estábamos – dijo Isabel. - ¿A quien le toca ahora?

Clarín contestó la pregunta acostándose de nuevo y tapándose los ojos. Los niños se deslizaron en punta de pies. Esta vez se escondieron en un ropero.

- ¡Listos! – gritó José.

Clarín se fue directamente a la puerta del ropero, y saltó contra ella y ladró.

Y así prosiguió el juego, tarando los niños de encontrar un escondite que el perro no pudiese encontrar fácilmente.

- Yo sé de un lugar – murmuró José misteriosamente. – Esta vez no le va a ser fácil encontrarnos. Ven, Clarín – ordenó, conduciendo al perrito a la sala, - Acuéstate- le dijo.

Obedientemente, el animal se acostó y se tapó los ojos con las patas. Los niños se fueron de nuevo en punta de pies hasta la galería del fondo, donde había una heladera vieja que no se usaba. Sin hacer ruido se metieron dentro, y cerraron la puerta casi del todo. Eso era, por supuesto, una imprudencia.

- ¡Listos! – gritó el niño. El perrito dio un salto y corrió rápidamente a través de la casa, y saltando y golpeando con las patas, echó todo el peso de su cuerpo contra la heladera.

Se oyó un ruidito, y los agudos ladridos del perro quedaron apagados y lejanos para los niños. José empujó contra la puerta, pero no se abría.

- Abre la puerta, José – dijo Isabel. – No me gusta la oscuridad.

- No puedo, - gimió el niño, empujando la puerta con toda su fuerza.

Isabel empezó a llorar de susto. Las lágrimas saltaron a los ojos de José mientras empujaba la puerta. Los niños temblaban de miedo, y gritaban, pero estaban presos.

Clarín ladraba y golpeaba con las patas contra la puerta. No podía comprender por qué sus compañeros de juego no salían.

Después de un rato, el Sr. Hardy, habiendo terminado de arreglar el arnés, pensó: “Me pregunto en qué andarán los chicos ahora. Me había olvidado de vigilarlos.” Fué a la casa, pero en ella reinaba el silencio y estaba vacía. Llamó: “José, José”.

Clarín vino corriendo hacia él.

- ¿Dónde están los niños, Clarín?

El perro ladró vivamente, y echó a correr hacia la galería donde se detuvo delante de la heladera, mirándola con expectación.

El hombre fué a la galería, y miró alrededor. No podía ver a los niños. Se dió vuelta y los buscó por toda la casa, llamando: ¡José! ¡Isabel!

Salió al patio y se ocurrió que era extraño que Clarín no estuviese con ellos. Volvió a la galería.

- ¿Dónde está José? – le preguntó al perrito.

Clarín corrió hacia la heladera, y golpeó la puerta con las patas. Un pensamiento terrible se apoderó del Sr. Hardy, mientras cruzaba rápidamente la galería y abrió la puerta de la heladera. Allí encontró a los niños sofocados. Ya tenían la cara azul por falta de aire. Los sacó afuera y pronto se recobraron. ¡Qué agradecido estaba de que Clarín sabía donde se habían ocultado los niños!

- Bien, José – dijo al niño, - Clarín ha demostrado que es un perro sabio. En realidad sirve para algo.

21. - “UNA LECCIÓN EFICAZ”

La cara de la Sra. Bustos, adquirió una expresión de molestia mientras decía:

- ¡Óiganla de nuevo! ¿Qué tendré que hacer con esa chica? Es sumamente egoísta y peleadora.

Juanita entró en la pieza donde su madre estaba sentada y explicó:

- Procuré jugar con Isabel, pero se porto tan mal que no puedo quedar más con ella.

- Ya lo sé, querida – dijo la madre. – Lo oí todo. Déjala jugar sola. Puedes irte a jugar con Gertrudis durante una hora, si quieres.

Juanita se fue corriendo a jugar con la hija de los nuevos vecinos, que tenía muchos lindos juguetes y un hermoso gato persa blanco.

- ¡Juanita! ¡Juanita! – se oyó al rato que Isabel llamaba desde el dormitorio, pues empezaba a sentirse solitaria.

- Juanita no esta aquí – dijo la Sra. Bustos. – Se fue a jugar con Gertrudis.

- Yo voy también – dijo Isabel, levantándose del suelo donde había estado sentada, y esparciendo las muñecas de papel en todas direcciones.

- Pero no puedes ir – le dijo la mamá. – Eres una niña mala y peleadora, y las molestarías.

- ¡Pero yo quiero ir! ¡Yo quiero ir! – se puso a gritar Isabel, pataleando y restregándose con sus puños regordetes los ojos llenos de lágrimas.

En ese momento sonó el timbre de la puerta. Cesaron los ruidos en el dormitorio. La Sra. Bustos había ido a recibir una visita. Era la Sra. Tampa y su hija María.

Esta tenía cuatro años, es decir, que tenía uno menos que Isabel. Esta última abrió la puerta del dormitorio y avanzó en puntas de pies por el corredor. La puerta de la sala estaba entreabierta e Isabel miró a través de la abertura y notó que María tenía una muñeca nueva en los brazos. Era una muñeca grande que abría los ojos y decía “Mamá”. Tenía hermoso pelo rubio, mejillas rosadas y un vestido azul. ¡Cuánto le habría gustado a Isabel sostener la muñeca en sus brazos. Pero sabía que no podía entrar antes de decir a su mamá cuánto lamentaba haberse portado mal. Y eso no lo quería hacer delante de la Sra. Tampa y María. De modo que no le quedaba más remedio que volver a su dormitorio a llorar.

Durante algunos días después de este incidente, Isabel se portó algo mejor en sus juegos con Juanita. Pero no transcurrió mucho tiempo antes que volviese a manifestar el mismo mal espíritu, y esto aun en forma peor que antes. Se enojó una tarde y se puso a gritar:

- ¡No te quiero más! ¡Nunca juegas bien! ¡Eres malísima, y ojalá te fueras y no volvieras nunca! ¡Te odio, sí te odio!

Y de repente levantó la mano y le dió una bofetada a Juanita.

Sin decir una palabra, su hermana se levantó y se fue al dormitorio. Arrojándose sobre la cama. Se puso a llorar amargamente.

- Juanita, oí todo lo que sucedió – dijo la mamá. – Eres una buena niña porque no devuelves mal por mal. Nadie podría llevarse bien con tu hermana. Vamos a procurar que ella cambie sus modales, o le va a ir muy mal cuando tenga mas edad. Seca tus lágrimas, por que tengo una sorpresa para ti. He recibido noticias de tía Lucía. Escucha atentamente porque no quiero que Isabel sepa nada de lo que vamos a hacer.

Juanita escuchó, y las sonrisas no tardaron en reemplazar las lágrimas. Se precipitó a buscar una maleta, que empezó a llenar apresuradamente. Su mamá le alcanzó ropa limpia, y Juanita se cambió tan rápida y silenciosamente como fue posible.

- Ahora, te quedas en tu pieza hasta que papá venga del trabajo. Yo le explicaré el asunto a él, y te llevara al ómnibus. Telefonaré a tía Lucía para que te espere en la estación.

Al rato llegó el papá a casa y le contaron lo que había sucedido. La mamá dio un beso y un abrazo a Juanita, puso algunas monedas en su carterita, y el padre y ella se fueron hacia la estación de los autobuses.

Sucedió que Isabel no echó de menos a Juanita hasta que la familia estuvo sentada alrededor de la mesa para cenar.

- ¿Dónde esta Juanita? – preguntó Isabel, viendo la silla vacía al lado suyo.

- Sí, ¿donde esta Juanita? – preguntó la mamá, mirando al papá. – Supongo que tendremos que cenar sin ella. Vendrá probablemente más tarde.

- Tal vez este durmiendo – sugirió Isabel.

- Entonces no la vamos a despertar ahora – contestó la mamá. – Tal vez se quedó muy cansada después que le diste la bofetada.

Isabel agachó la cabeza. Las cosas parecían no andar muy bien. Tal vez Juanita estaba enferma y estaban procurando ocultárselo. Llegó la hora de ir a la cama. Todo se volvió más misterioso que nunca.

- Tal vez Juanita está afuera, en alguna parte donde hace frío – sugirió Isabel.

- Quizá prefiere estar donde hace frío antes que en una casa abrigada con una hermana peleadora – replicó la mamá.

- Evidentemente tendremos que ir a dormir sin nuestra Juanita – dijo el papá

- ¡Pero yo quiero que venga Juanita!- dijo llorando Isabel. – No le voy a pegar más. Si no viene se va a enfermar y tendrá dolor de garganta. ¡Quiero que venga Juanita!

Fue necesario hablar un buen rato a la niña para que se calmase; pero finalmente la venció el sueño y se olvidó de sus dificultades por esa noche.

¡Qué extraño le resultaba todo por la mañana cuando se fue a desayunar! Pero llegó la hora de almuerzo, y Juanita no había aparecido. Isabel se mantuvo callada todo el día.

Echaba realmente de menos a su hermana. A la hora de la cena, aunque veía sobre la mesa su postre favorito, no quiso comer. A la hora de acostarse, la niña lloró desconsoladamente y dijo que no se dormiría hasta que encontrasen a Juanita. La mamá pensó que posiblemente Isabel había sufrido bastante, así que la tomó en los brazos y sentándose en un sillón, le explicó donde estaba su hermanita.

- ¿Recuerdas que dijiste a tu hermana que ojalá se fuera y no volviera más? Bueno, Juanita esta en la casa de la tía a la cual más quieres. Está en la granja, donde hay terneros, pollitos, patos y el perro grande Sultán.

Isabel se entristeció aun más al saber que su hermana estaba tan lejos. Peri su madre le dijo:

- Escucha bien, Isabel; tú has sido mala con Juanita. ¿Quieres que vuelva tu hermana?

- Sí, si – contestó la niña sin dejar de sollozar.

- ¿Me prometes que jugarás amablemente con ella y no te portarás más en forma tan desagradable?

- Sí, telo prometo.

- Entonces Juanita volverá mañana por la noche. Si te portas bien, tú también podrás ir a quedar en casa de tía Lucía y quedarte allá una semana entera. Pero primero tendrá que portarte bien por un tiempo. Si no eres buena, entonces Juanita irá sola, y la mandaremos a menudo.

22. - “NO HURTARÁS”

Luis XIV, rey de Francia, tuvo un ministro que con sabiduría ayudó al pueblo francés a ganar dinero y luego lo cargó de impuestos, con los que llenaba continuamente la caja del tesoro del rey malgastador.

Ese ministro, que se hizo célebre en todo el mundo, se llamaba Colbert. Sus padres eran muy humildes y el muchacho entró a trabajar como dependiente en una tienda cuyo dueño se llamaba Certain. Este contaba entre sus clientes a los más ricos de la ciudad.

Cierta tarde, mandó su patrón a Colbert con tres piezas de género a un hotel donde se alojaba un banquero, llamado Cenani, que necesitaba comprar géneros.

- Mire – le dijo el patrón, - esta pieza marcada con el número 1, se debe cobrar a razón de 6 coronas la vara; la número 2 a 8 y la número 3 a 15 coronas la vara. No se equivoque y hágase pagar al contado.

Acompañado por un mozo de la tienda, que debía llevar las piezas de género, llegó Colbert al hotel y pidió hablar con el banquero Cenani. Cuando estuvo ante él, le mostró las piezas de género.

- Esta me gusta; ¿cuántas varas tiene? – preguntó el rico cliente después de elegir un poco.

- Treinta varas señor- repuso Colbert.

- Pues quedará con toda la pieza; ¿cuánto vale?

- Quince coronas la vara, señor.

- Muy bien, entonces su precio es 450 coronas. – Y, uniendo la acción a la palabra, sacó el dinero y lo contó delante del joven.

- ¿Quiere que mida la pieza para ver si son treinta varas?

- No es necesario; la firma Certain tiene fama de honradez.

Colbert se despidió e informó a su patrón del resultado. De pronto, el mozo que había cargado con las piezas, comenzó a reírse.

- ¡Que linda equivocación! – exclamó.

Colbert preguntó qué había sucedido.

- Si ha cobrado de menos, se lo voy a descontar de su sueldo – gruñía Certain entre dientes.

- No es necesario –agregó el empleado, - ha traído de más, y bastante. ¡Vendió la pieza de 8 coronas a 15! ¡Mire, señor!

El patrón se alegró mucho.

- Ha hecho usted, un negocio excelente; 210 coronas de utilidad.

- Pero eso no puede quedar así – balbuceaba Colbert.

- No se aflija – le interrumpió el comerciante, - Usted tendrá su parte en esta ganancia inesperada; no tenga miedo, no me quedaré con todo.

- ¡No, señor! – le contestó el joven, que estaba conteniendo con dificultad su indignación. – Ese dinero no es suyo ni mío, y lo voy a devolver enseguida al señor Cenani. Y, sin esperar los insultos del comerciante, corrió al hotel y pidió hablar de nuevo con el banquero. Este estaba ocupado en ese momento, pero Colbert, a riesgo de ser echado a la calle, entró sin permiso y le comunicó su equivocación.

El banquero lo miraba extrañado, en tanto el joven contaba delante de él el dinero que había recibido por error.

- Bien podrían haberse guardado esa suma, pues no me hubiera dado cuenta de la equivocación.

- No deseo tener dinero ajeno, señor, prefiero mi honradez.

- ¿Y si yo se lo diera como recompensa?.
- No lo aceptaría. No tengo derecho de poseerlo. Al devolverlo, tan solo cumplí con mi deber.

El banquero preguntó su nombre y dirección y lo dejó irse.

Al llegar de nuevo a la tienda fue recibido bruscamente por su patrón. Lo trató de tonto, le aseguró que no iba a progresar en el comercio, y lo despidió con enojo.

Sus padres quedaron muy sorprendidos y apenados cuando supieron que había sido despedido, pues necesitaban mucho su ayuda para el sostén de la familia. Con amargas lágrimas les contó lo que había pasado.

Ambos estuvieron de acuerdo en que su hijo había obrado bien, aunque sentían mucho que hubiera quedado cesante. Parecía que la honradez les había causado una gran desgracia, pero antes de la noche, Dios ya había cambiado la situación. Alguien llamó a la puerta, y cuando la abrieron, se encontraron con que un señor elegantemente vestido bajaba de un lujoso coche. El potentado entró en la casa, y resultó ser nada menos que el banquero Cenani.

- Juan Bautista Colbert es hijo suyo, ¿verdad?
- Sí, señor, es nuestro hijo mayor.
- Les felicito por tener un hijo tal. ¿Está empleado en la tienda de Certani?
- Allí trabajaba, pero fué despedido esta tarde.
- Seguramente eso se debió a su honrado proceder conmigo.
- Sí señor.
- Entonces mis informes resultaron exactos. Yo venía a hacerles una propuesta de que Juan Bautista viniese a trabajar en mi oficina en Paris.. ¿Qué les parece?

Naturalmente la propuesta fue aceptada de todo corazón, y el joven Colbert se inició en los negocios del banco. Desde el principio gozó de la mayor confianza y como nunca diera motivo para dudar de él, progresó rápidamente.

Cuando Luis XIV necesitó un ministro de hacienda, le indicaron el nombre de Colbert, y el poderoso soberano lo elevó a uno de los cargos más altos del estado.

Vale la pena ser honrado en todo momento.

23. - “UN HIMNARIO Y UN PERRO”

Robertito estaba ahorrando cada centavo que conseguía. Cierta mañana, habiendo juntado algunas monedas más, las llevó al correo para depositarlas en la caja de ahorro. Pero, ¿por qué tanto afán en juntar dinero? El niño deseaba sobre todas las cosas tener un perrito.

Ya había tenido uno, y se le había perdido; pero había descubierto que un buen perro es un gran compañero. Ahora que se le había pasado un poco la pena que había sufrido por habersele perdido el primero, deseaba mucho conseguir otro. Por consiguiente, ésta era la razón por la cual ahorraba todo lo que podía. Cada semana que pasaba iba sacando la cuenta de lo que le faltaba y a veces casi le parecía imposible esperar mucho más tiempo.

Más o menos en esa fecha llegó a la ciudad donde vivía Roberto un evangelista y empezó a dar conferencias en una gran carpa. La mamá del niño asistió a las reuniones, y le agradaron tanto los coros que cantaban allí que un día dijo que realmente le gustaría tener un ejemplar del himnario que usaba el evangelista, pero sabía que le sería imposible concurrir en ese gasto, puesto que había otras cosas que eran más necesarias.

Esto dejó pensando a Robertito. Pronto iba a llegar el cumpleaños de su mamá. ¿Por qué no comprarle un himnario ahora y regalárselo el día de su cumpleaños? Pero, \$ 5.00 era mucho dinero, y gastarlo ahora demoraría demasiado la compra de su perrito.

“¿Lo haré, o no lo haré?” Se preguntaba.

Comprendió la actitud generosa que debía adoptar y lo hizo. Tal vez se sentía seguro de que Jesús iba a recompensárselo con creces.

El cumpleaños de Robertito llegó, que era el día que él había esperado comprar su perrito; pero no tenía suficiente dinero ahorrado, así que se consoló gozándose con los regalos que otros bondadosos parientes le hicieron.

Poco después Ana, su hermana, fué a pasar unos días con el abuelito. Y mientras estaba allí oyó algo que le hizo pensar. Se sentó y escribió una larga carta a su papá, diciéndole qué admirable, afectuoso y generoso era él.

Luego, habiendo preparado el camino, le dijo que había visto el más simpático perrito de aguas que podría desear ver. Le pidió si le permitiría llevarlo a casa, pues sería una gran sorpresa para Robertito.

Después que el padre hubo leído la carta, él y la mamá decidieron permitir a Ana que trajera el perro. Después de todo \$5.00 no era tanta plata por un lindo animalito.

Llegó el día en que la niña iba a volver a casa.

- ¿Te gustaría ir a la estación a esperar a Ana? – preguntó el padre al niño.

Roberto no demostró mucho entusiasmo, pero contestó:

- Sí, iré, si tú quieres

Los dos se pusieron en marcha y llegaron mucho antes de tiempo. Por fin el tren se iba acercando y dos rostros ansiosos esperaban en la plataforma de la estación.

- ¡Allí está Ana! – exclamó Roberto, y muy pronto estaban todos juntos, conversando animadamente. Ana llevaba una maleta algo diferente, y a Roberto no se le ocurría qué podría contener.

- Roberto, - dijo la niña, - toma esta maleta un momento, por favor.

Roberto la tomó, pero notó que se movió algo adentro. ¿Qué podría ser?

- Anda enseguida, y ábrela – dijo Ana.

El muchachito no espero más. Introdujo la mano adentro de la maleta y sacó al perrito más hermoso que haya visto, por lo menos así le pareció a él, y creo que a ustedes también les habría parecido así. ¡Qué felicidad sentía ahora el muchachito! Su mamá tenía su anhelado himnario y el niño su querido perrito.

Nunca perdemos nada por haber sido generosos. En este caso el Señor recompensó enseguida a Roberto por su buena acción. Pero aun cuando no nos da algo material, siempre nos concede la satisfacción íntima de haber obrado bien, siguiendo el ejemplo del Salvador.

24. - “EL LADRONCITO GRIS”

Después de haber terminado de repetir su oración, y cuando estaba lista para apagar la luz y meterse en la cama, Leonilda dijo:

- Buenas noches, mamá.

- Buenas noches, querida; que sueñes con sosas lindas – dijo la mamá desde la silla en otra pieza, donde estaba sentada con un libro.

Leonilda apagó la luz. Luego se acordó de algo y la encendió de nuevo.

- Me había olvidado de mis caramelos – explicó la niña cuando volvió de la cocina, trayendo dos caramelos en su envoltura de papel plateado.

- No los comas esta noche, querida – dijo la mamá con una sonrisa.

- ¡Oh no! No quería comerlos. Pero son tan lindos que quise guardarlos en mi cajón.

La mamá le sonrió, y volvió a dar las buenas noches a su hija antes de reanudar la lectura. Escuchó un momento, y oyó que Leonilda abría el cajón de su cómoda y guardaba los caramelos en una caja. Luego volvió a cerrar el cajón y apagó la luz. Al rato la respiración serena de la niña indicó a la madre que su hijita se había dormido.

La mamá dejó de leer y se puso a pensar. Hacía varias semanas que Leonilda había estado guardando caramelos en una caja; no todos los caramelos que recibía, sino los más lindos. Se comía los que estaban rotos, mal formados, pero guardaba los mejores en una linda caja que tenía en el cajón de su cómoda.

- Es una afición rara, pero de buen gusto – pensó la mamá mientras recordaba todas las clases de caramelos que Leonilda había estado guardando. – Me pregunto cuando se propone comerlos. Espero que no se los coma todos de una vez. Pero yo le he enseñado que debemos ser temperantes, y estoy segura que tendrá buen juicio.

Y pensando así, la mamá se fué a acostar y apagó la luz. No tardo en dormirse y todo quedó en silencio en la casa.

De repente Leonilda se despertó, y escuchó atentamente, pues le pareció haber oído cierto ruido.

Dicho ruido parecía provenir de la cómoda, y al ratito se reanudó. Leonilda saltó de la cama, encendió la luz y abrió el cajón de la cómoda donde estaban sus caramelos. Se asustó al ver que un ratón gris saltaba del cajón y, corriendo por el piso, desapareció en las tinieblas.

- ¡Un ratón! – gritó la niña, metiéndose nuevamente en la cama y escondiéndose bajo las frazadas.

Pero el ratón no volvió, así que Leonilda regresó al lado de la cómoda.

- ¿Qué habrá estado haciendo en el cajón de mi cómoda? – pensó.

De repente se acordó de su caja de caramelos, y levantó la tapa. Abajo en una esquina, el ratón había hecho una entrada con sus dientes y había empezado a atacar los caramelos.

- ¿Cómo pudo atreverse? – exclamó la niña llorando – No los puse allí para él...

La mamá vino a la pieza de Leonilda para ver qué había sucedido. Miró los trozos de papel y el cartón que el ratón había roído y también los caramelos que había probado con sus dientes agudos. Esos caramelos ya no estaban en perfecto estado.

Entonces la señora dijo:

- No llores querida. Muchas veces suceden cosas así que arruinan nuestros planes. Tal vez podamos pensar en otra afición para ti.

- Esto no era una afición, mamá. Yo tenía un propósito especial para esta caja de caramelos, y ahora este ratón...

- ¿Cuál era ese propósito especial, querida? – preguntó la señora.

Leonilda alzó sus ojos llenos de lágrimas. ¿La comprendería su mamá, o se reiría de ella? Se trataba de un secreto precioso que la niña había ocultado en su corazón durante mucho tiempo. Vaciló un momento y luego dijo:

- Yo no me proponía comerlos, mamá. ¿Recuerdas que en la escuela sabática cantamos que debemos “Dar lo mejor al Maestro”? Yo estaba guardando los mejores caramelos a fin de darlos a Jesús.

Y Leonilda se puso a sollozar.

Su mamá la estrechó en sus brazos tratando de consolarla; recordó algunos de los versículos de memoria que nos aconsejan hacernos tesoros en el cielo donde no pueden ser destruidos ni robados.

- Hay muchas almas preciosas en el mundo que nunca han oído hablar de Jesús. Constituyen los tesoros que los ladrones no pueden hurtar ni destruir.

- Posiblemente los caramelos de tu caja valdrían unos dos pesos. Vamos a poner esta cantidad en un sobre para mandarla a los campos misioneros. Añadiremos otros dos pesos por las lágrimas que el pequeño ladrón gris te ha hecho derramar. Pero sólo los ángeles del cielo podrán conocer el verdadero valor de la abnegación y el sacrificio que hizo mi hijita al guardar los más lindos caramelos para el Señor Jesús.

Así fué decidido poner el dinero aparte para las misiones a fin de que ayudase a la obra de dar el Evangelio a los niños y niñas que no lo conocen. La mamá y Leonilda se arrodillaron para pedir a Dios que bendijera ese dinero que iban a colocar donde los ladrones no podían hurtar ni destruir.

- Al fin – dijo Leonilda, - debo agradecerle al ratón porque me permitió aprender la mejor manera de dar para el Señor Jesús. Al dar para las misiones, puedo ofrecer lo mejor que tengo al Maestro, sin temor de perder ese donativo por una sisita que puedan hacernos los ladrones que hurtan y destruyen.

25. - “DOMINAD VUESTRO ENOJO”

Bien Rut – dijo suavemente la madre, - deja los libros y empieza a coser. No necesitarás mucho tiempo para acostumbrarte a hacerlo.

Rut rezongó y se levantó con la carita desfigurada por una fea expresión.

- ¡Odio la costura! – dijo.

Su madre suspiró.

- Pero no siempre se puede hacer lo que a uno le gusta, querida. Para ti es un buen aprendizaje zurcir y remendar tu ropa. Cuando tengas edad suficiente para tener una familia propia, pensarás de muy distinto modo.

Rut frunció aún más el ceño y salió dando un portazo, subió a su pieza del piso alto para coser sola.

Pero no quedó sola por mucho tiempo, sin embargo, porque su tía, que había oído en silencio la conversación, se levantó y fué detrás de ella, después de sonreír a la mirada interrogativa de la madre de la niña. Rut contestó de mala gana con un “entre” al golpecito dado a la puerta, pero no pudo resistir los modales y la mirada persuasiva de su tía Elena, y pronto se hallaban ambas conversando alegremente.

- La semana pasada, cuando estuve en Havensville, conversé largamente con el doctor- dijo la tía Elena. – Cada vez que quiero enterarme de las noticias del pueblo voy a verle. ¿No es acaso el mortal más curiosos que hayas conocido? Pero siempre es bondadoso.

Havensville era la ciudad donde habían nacido y se habían criado la tía Elena y la madre de Rut. La niña y su hermana pasaban allí todos los veranos y sentían por la ciudad todo el afecto de sus mayores. De modo que Rut se interesó por las últimas noticias de la ciudad y las personas que conocía.

- Recuerdas a los Morgan, ¿no es cierto Rut? – preguntó la tía en respuesta a sus preguntas.- Hace tres años se mudaron a Havensville. La principal noticia que oí, muy curiosa por cierto, fue acerca de Ester Morgan.

- Cuéntamela, tía – pidió Rut. – Sólo recuerdo a Ester como una niña alta, bonita, de cabello negro. Pero siempre parecía enojada. Solía estar continuamente con Donald Warren.

- La historia de que te hablo es acerca de ambos – dijo la tía Elena. – Más bien, depende de su gesto de enojo. Tú sabes qué simpático es Donald, ¿no?

- Sí, siempre ha sido muy bueno con nosotras, desde que éramos pequeñas. Nos dejaba pasear en su caballo cuando éramos tan chiquitas que nos hubiéramos caído si él no hubiese ido a nuestro lado sosteniéndonos. ¿En qué consiste la historia?

La curiosidad de Rut iba en aumento.

- Todos decían en la ciudad que Ester y Donald estaban comprometidos, pues siempre se los veía juntos. Cuando llegó la última Navidad todos decían: “Él le regalará el anillo de compromiso como regalo de Navidad.”. Aparentemente Ester esperaba recibir ese regalo; pero cuando llegó la Navidad, Donald le regaló una caja de bombones.

- ¡Qué chasco! – exclamó Rut.

- Sí, así ha de haber sido. Ella estaba tan chasqueada como enojada – dijo la tía Elena. – Su mal genio estalló. Tomó la caja de bombones y la tiró al fuego.

- ¡Qué cosa! – exclamó Rut asombrada. – Es horrible hacer eso.

- Fue peor aun para ella. Dentro de la caja estaba el anillo.

Rut miró a su tía con asombro.

- ¡Oh, que terrible! – exclamó al fin. - ¡Pobre chica! ¿Que hizo entonces?.

La tía Elena la miró.

- ¿Qué podía hacer? – preguntó tranquilamente.

- ¿No se arreglaron? – preguntó Rut con ansiedad.

- Creo que no – dijo la tía sacudiendo la cabeza. – Donalddo es un muchacho paciente, pero eso fué para él una advertencia. Si una niña no puede dominar su mal genio cuando está chasqueada o enojada, no podrá ser muy buena esposa, ¿no te parece?

Rut abrió la boca, pero enseguida la volvió a cerrar sin decir palabra. Su tía tenía la mirada fija en la costura que hacía. De repente oyó decir a Rut, con voz extraña:

- Veo la moraleja tía, pero creo que eso era horrible. Yo *nunca* he soñado llegar hasta ese grado de enojo.

Su tía sonrió.

- Nadie puede decir eso, Rut. Las personas que no aprenden a dominar su mal genio, son capaces de cualquier cosa. Esa es la única razón por la cual se cometen tantos crímenes. Si la gente esperase un momento hasta que se enfriase su enojo no soñaría siquiera en hacer cosas semejantes, ¿no te parece?

Rut pensó un momento.

- Sí – dijo al fin.

Luego se levantó, bajo a la sala y dió un beso a su mamá, mientras decía:

- Siento mucho haberme enojado por causa de la costura – le dijo.

Su madre la abrazó.

- Esto arregla todo – le dijo. – Pero, ¡ojalá aprendieras a no enojarte así por tonteras!.

- La próxima vez que me enoje dime “Fuego” – dijo Rut, haciendo un gesto. – Creo que eso me curará.

No son solamente las niñas las que se enojan por cosas superficiales, Es un defecto común en los varones también. Es muy triste notarlo en personas adultas. Pero una cosa es segura, a saber que nos resulta más fácil corregirnos cuando somos jóvenes. Dice Salomón: “Mejor es el que tarde se aira que el fuerte; y el que se enseñoorea de su espíritu, que el que toma una ciudad.”

26. - “ENRIQUETA LA DESCUIDADA”

Enriqueta estaba realmente bailando de contenta. Había llegado el día que había esperado durante todo un año: su cumpleaños. Y había, realmente, novedades en la casa. Los estantes de la despensa estaban cargados de cosas buenas para comer, y estaban llevando los muebles de la sala al garaje a fin de dejar lugar para los juegos, y se añadían a la mesa del comedor todas las tablas de extensión para que fuese bastante larga para acomodar a todos sus invitados. ¡Y había que ver la torta! Estoy segura de que ninguna niña tuvo jamás una torta de cumpleaños más hermosa, con crema en la parte superior y azúcar. Se había escrito su nombre y su edad, y dibujado un lindo ramo de flores de azúcar rosada en la parte superior. En su pieza estaba su vestido nuevo que acababa de mandar la costurera para la fiesta.

Enriqueta estaba casi enloquecida por los pensamientos cuando de repente oyó la voz de su madre que la llamaba. Volvió a la sala donde su padre y su hermano Juan estaban todavía arreglando los muebles.

- Enriqueta – dijo la madre, - quiero que barras bien la pieza ahora, y que le saques cuidadosamente el polvo, porque estoy demasiado atareada ahora cocinando y no puedo hacerlo, y debe estar todo bien presentable para esta tarde.

Así enseguida se puso un delantal, se armó con una escoba grande y se puso a trabajar. Nunca había pensado que la pieza tendría tanto polvo, pero en la mudanza que habían hecho su papá y Juan, era necesaria una limpieza a fondo.

Lamento tener que decir que aunque Enriqueta estaba siempre lista y deseosa de hacer cualquier cosa, era muy aficionada a terminarlo de la manera más fácil posible, así que cuando descubrió que se había olvidado de traer una pala para juntar la basura y un cepillo, decidió que no se iba a molestar a buscarlos. Había un lindo escritorio contra la pared y podía empujar por debajo de él todo el polvo y nadie se daría cuenta. Luego sacó cuidadosamente el polvo de los muebles, porque eso se notaría, y finalmente sacudió su trapo por la ventana y corrió a decir a su madre que había terminado.

Durante un instante la conciencia de Enriqueta la molestó cuando vio a su madre mirar hacia el escritorio, pero exhaló un suspiro de alivio cuando el polvo que estaba debajo permaneció sin haber sido notado.

- Estoy muy contenta que lo hiciste tan bien, querida. Creo que estás aprendiendo el significado de este proverbio que dice: “Lo que merece ser hecho, merece ser bien hecho” – dijo sonriendo su madre.

Enriqueta se sonrojó y se alejó rápidamente.

Por fin, llegó el momento en que Enriqueta se puso el vestido nuevo. Se arregló bien el ancho cinturón rozado, porque estaba segura de que iba a ser una fiesta muy linda. Luego la campanilla empezó a sonar y uno por uno entraron los invitados. Todo fue muy bien hasta que Alfredo resbaló sobre una alfombra y se golpeó la cabeza contra una esquina del escritorio, de manera que el papá decidió que era necesario trasladar dicho escritorio al rincón, a fin de evitar más accidentes.

El corazón de Enriqueta dió un sobresalto al pensar en lo que iba a suceder si se descubría tan repentinamente ese polvo que había empujado bajo el mueble. En un cuchicheo tartamudo explicó a su madre lo sucedido, y le rogó que hiciese algo. Así que mamá acudió en su auxilio y sugirió que como era tiempo de comer, pasasen todos al comedor, mientras papá y Juan movían el escritorio.

Había lágrimas de vergüenza en los ojos de Enriqueta cuando corrió a la cocina a buscar la pala y la escoba. Se olvidó de la fiesta y de los vestidos nuevos, al ver el rostro grave de su madre.

- Pero ¿por qué metiste la basura allí abajo? – preguntó.

- Bueno mira... me... olvidé de la pala y no quería molestarte para ir a buscarla. Yo no pensaba que alguien lo iba a ver – balbució Enriqueta, mientras hacía desaparecer su culpable secreto.

- Pero querida, yo te estoy diciendo siempre que las cosas que la gente no ve deben ser hechas como aquella que ve. Si empezamos a hacer mal las cosas pequeñas, seguimos obrando así durante toda la vida, y también hacemos mal las cosas grandes. – explicó su madre.

- Lo siento mucho, mamita, y de ahora en adelante seré más cuidadosa – prometió Enriqueta, - Si no hubieses hecho salir a los chicos, todos lo habrían visto. Creo que siempre recordaré el polvo que estaba bajo el escritorio, cuando me vea tentada a hacer mal algún deber.

27. - “EL RELOJ QUE GANÓ EL PREMIO”

Hace mucho, en medio de una gran selva de Europa, se levantaba una aldea cuyos habitantes habían sido muy hábiles fabricantes de relojes. Pero, muertos los antiguos relojeros, sus hijos habían ido a las ciudades para trabajar, ganar dinero y divertirse, ya que no podían hacer esto último en lo que ellos llamaban un pueblucho atrasado y sin vida. De modo que se fabricaban pocos relojes en el lugar.

Un día, el príncipe del país visitó la aldea y se le mostraron algunos de los excelentes relojes que habían fabricado anteriormente. Supo también cuan pocos relojeros quedaban en la aldea.

- ¡Qué lástima que cese una industria tan buena! – dijo. – Premiaré los dos mejores relojes que se hagan aquí este invierno.

La noticia no tardó en divulgarse por toda la aldea, y todos los que sabían hacer relojes se esforzaron por ganar el premio.

Vivía con su abuelo un muchacho llamado José, que durante las largas veladas de invierno, mientras la nieve cubría con su espeso manto el suelo y los árboles de la selva, solía sentarse junto al anciano y mirar cómo hacía relojes de madera, de modo que finalmente llegó a poder fabricarlos por sí mismo.

- Yo quiero ganar el premio – dijo a su abuelito. – Si me ayudas, estoy seguro de que lo obtendré.

Pero el abuelo no estaba muy convencido.

- Somos demasiado pobres para comprar pintura o esmaltes costosos, u oro y plata para dar rica apariencia al reloj. Temo que el nuestro sea demasiado sencillo.

- Sí – repuso José, - eso es verdad, pero en cambio será muy bueno, y yo voy a inventar alguna novedad para él.

Pero no era cosa fácil pensar en algo que fuese a la vez nuevo y útil. Y muchos días pensó el muchacho meditando, mientras el abuelo esperaba su invento.

Cierta vez, mientras José estaba en la selva, viendo cómo se derretía la nieve y comenzaba a manifestarse la primavera por todas partes, oyó de pronto el canto de bienvenida del cuclillo: “¡ Cu-cú! ¡Cu-cú!”

Y el muchacho dijo para sí:

- ¡Ojalá ese pajarito me diese alguna idea nueva! - y de repente añadió: - Pro claro; en vez de que toque las horas, podría conseguir que el reloj haga cantar a un ave.

José corrió a su casa como un relámpago para contar a su abuelo la novedad, y ver si podía llevarse a efecto.

El abuelo consideró el asunto largo rato, y finalmente llegó a la conclusión de que podría realizarse, pero dijo que primeramente debían trazar los planos.

Buscaron, pues, papel, lápiz y regla, y bosquejaron los planos del reloj, del cuclillo y de la puerta por donde debía salir.

Luego pusieron manos a la obra juntos, e hicieron el reloj bueno y sólido, pero desgraciadamente, de aspecto muy sencillo. Cada día oían hablar de los maravillosos relojes que fabricaban sus vecinos. La esfera de uno tenía pintadas hermosas frutas. Otro estaba esmaltado con plata y un tercero era primorosamente tallado. Pero el abuelo dijo:

- No te aflijas, José. El nuestro es algo original, y si anda bien cuando lo terminemos, puede ser que, a pesar de todo, obtengamos el premio.

Al fin estuvo terminado el reloj, y el abuelo le dió cuerda y lo puso de modo que marcara la una menos cinco. Nunca pasaron tan lentamente cinco minutos como aquellos de ansiosa espera para ver si el reloj funcionaría debidamente.

A la una en punto se abrió la puertecita, salió el cuclillo, cantó; “¡Cu-cú!” y volvió a entrar.

- ¡Anda bien! – exclamó José. - ¡Es maravilloso y quizá obtengamos el premio!

Al fin llegó el anhelado día. Se llevaron los relojes para ser juzgados en el salón municipal del pueblo, y allí el príncipe y la princesa los examinaron cuidadosamente.

Algunos eran grandes y hermosos, pintados, primorosamente talados o esmaltados y José quedó abatido. Su sencillo relojito estaba en un rincón y se perdía entre los otros.

“¡Oh! ¡Si sólo faltara poco para la hora, para que lo pudiesen oír tocar!” pensó para sí; pero eran apenas las dos y diez, y bien sabía que el príncipe terminaría pronto de juzgar los relojes y se iría.

No pudiendo contenerse más, se acercó al príncipe, y le dijo:

- Señor, ¿me permitiría adelantar mi reloj para mostrarle como toca la hora?

- ¿Cuál es tu reloj – repuso amablemente el príncipe. – Eres un relojero muy joven.

José señaló su reloj, y el príncipe sonrió, porque era muy pequeño y sencillo.

- Claro que sí, hijo; ponlo a la hora – le respondió bondadosamente.

José adelantó las manecillas hasta casi las tres. Al momento salió el pajarito, cantando: “¡Cu-cú! ¡Cu-cú! ¡Cu-cú!” Luego volvió a entrar, y la puerta se cerró.

- ¡Bravo! – exclamó el príncipe, y la princesa sonrió.

- El reloj recibirá el primer premio, pues tiene algo nuevo y original, que es lo que buscamos.

De manera que José recibió el primer premio, y con el dinero compró una vaca y algunas cabras para su abuelo.

Al poco tiempo recibían tantos pedidos de relojes “Cu-cú” que estaban ocupados todo el día, hasta que el abuelo tuvo que decir:

- Es necesario que tengamos un nuevo taller, y algunos ayudantes.

Tal es la simpática historia de esos relojes que han llegado a todas partes del mundo, y que muy alegremente nos señalan la hora.

28. - “ENRIQUE APRENDIÓ A ORAR”

Cuando Enrique tenía seis años, sus padres vivían frente a la costa norte del estado de Florida, EE.UU. Un hombre que era bien conocido por sus pronósticos del tiempo había dicho que antes de un año la isla en la cual el niño vivía sería azotada por un huracán y una oleada. En aquel entonces, el niño empezó a rogar a sus padres que se trasladasen de esa isla, pero ellos se reían de sus temores. Más o menos medio año más tarde, su padre fué a buscar trabajo en otro estado, dejando a la familia hasta que pudiese regresar a buscarla y llevarla al nuevo hogar en Virginia.

Más o menos en el tiempo en que ocurrió lo que vamos a relatar, el tío favorito de Enrique, juntamente con su familia, que se componía de su esposa y dos hijos que eran más o menos de la misma edad de Enrique, fueron a pasar una temporada con ellos en su pequeña propiedad. A los muchachos les agradaba jugar juntos, de manera que el tiempo pasaba rápidamente.

Hacia el fin de su vivista, se produjeron unos cuantos acontecimientos. Una noche un huracán azotó la isla desamparada; pero hacia la mañana todo volvió a la calma. Enrique recuerda muy bien como él y su hermana vieron los campos de maíz y de batatas debajo del agua, sin saber que ya el agua del océano se estaba acercando a su casa en la isla.

Luego, en forma tan repentina como había amainado, la tormenta volvió a hacerse sentir. Esta vez principió con una tremenda oleada que rodeó la casita con un rugido como el que producen los embates de las olas en la playa. Enrique y su hermana estaban entonces lavando la loza del desayuno en la cocina, que era una piecita separada de la casa.

Asustados, dejaron su trabajo y corriendo a la casa donde estaba el resto de la familia. Su hermana Alicia fue la heroína de la ocasión. Salió corriendo de la casa al patio tan pronto como vió que el agua continuaba subiendo. Salvo las gallinas y los patos de una muerte segura. Cuando el agua, que iba subiendo, casi le hizo perder pie, su madre la llamó para entrarse y se quedase con el resto de la familia.

Enrique recordaba que se les había dicho que el agua subiría hasta una altura de cinco metros, que era más de lo que tenía la casa. A medida que el agua seguían subiendo, el niño temía que realmente llegase a los cinco metros de altura. Pronto alcanzó la parte superior de las camas sobre las cuales todos se habían refugiado. Los estantes de libros, los armarios con la ropa, las cómodas, todo quedó sumergido.

Pero sucedió una cosa rara. Una patito al que todos mimaban debe haber pensado que se trataba de una fiesta para él. Disfrutaba mucho de las circunstancias y nadaba de un lado a otro.

Enrique oyó a su tío que decía a su mamá:

- Carlota, creo que debemos procurar escapar del agua.
- Sí – contestó ella, - pero ¿donde iremos?
- Voy a examinar el altillo para ver si podemos subirnos allí.

Pronto se le pudo oír que caminaba por el altillo, y uno a uno, desde una silla puesta sobre una cama, con un poco de ayuda del tío, cada uno de los miembros de la familia pudo subir por un boquete que él había abierto en el cielo raso.

Ahora estaban un poco más lejos del agua, pero ¿estaban seguros? El huracán seguía soplando con toda su fuerza, y un gran roble que estaba a poca distancia de la casa, se vino al suelo. Otros árboles que no eran altos y más jóvenes, se inclinaban bajo el soplo del viento hasta tocar las aguas.

Cuando se hubieron refugiado en el altillo, Enrique preguntó a su mamá, a la cual casi no podía ver por tener los ojos llenos de lágrimas:

- ¿Te parece que Dios querrá escuchar las oraciones de un niño?
- Por cierto que sí, - contestó valientemente la madre, - y creo que todos debemos orar.
- Pero – insistió Enrique, - tendrás que enseñarme lo que debo decir.

Y así fue como Enrique, su mamá, su hermana y también el tío y su familia, aunque no estaban acostumbrados a ello, empezaron a orar. Y el Señor los oyó por encima del ruido que hacía el huracán. La casa temblaba, pero ellos oraron durante un largo rato.

Por fin recibieron ayuda. Se oyó una voz que los llamaba desde abajo.

- ¿Hay alguien en esta casa? – preguntaba.

Contestaron al unísono:

- Sí, aquí estamos.

La voz continuó diciendo:

- ¡Salgan entonces; el agua va bajando!

Y así era. Casi no podían creer lo que veían. Evidentemente desde el momento en que habían empezado a orar el agua había dejado de subir, y no había llegado al nivel más elevado que el que tenía cuando subieron al altillo.

Centenares de años antes, mucho antes que hubiese nacido el bisabuelo de Enrique, Dios había dicho en su Libro: “Invócame en el día de la angustia: te libraré.” Pero, como no eran cristianos, nunca habían leído esa hermosa promesa. Sin embargo, se había cumplido en su favor.

Al rato estuvo toda la familia rodeando una comida improvisada, que no había sido arruinada por el agua. Su caballo se había salvado manteniendo la nariz fuera del agua. En el carro, al cual engancharon el fiel caballo, la familia feliz se fué a pasar la noche con la familia del joven que había cruzado la inundación para rescatarlos.

La madre de este joven era adventista; y aunque su casa estaba aparentemente tan cerca del bañado como la de Enrique, ni una gota de agua había entrado en ella. Cuarenta y dos personas agradecidas durmieron en dicha casa esa noche. Las atenciones de esta fiel adventista siguieron a la familia de Enrique a través de los años, aun en el estado de Virginia donde el padre llevó a los suyos después. Nadie prestó mucha atención a las revistas que aquella hermana mandaba semanalmente; pero el interés de ella no disminuyó.

Finalmente, después del fallecimiento del padre de Enrique, la familia regresó al estado de Florida. La hermana volvió a presentarles la verdad y tuvo el gozo de ver a toda la familia aceptarla. El niño que aprendió a orar durante un huracán llegó a ser cristiano. Después que falleciera su madre, fué al colegio y estudió para ser misionero y ayudar a salvar a otros niños de sus temores e infundirles esperanza de una tierra mejor.

29. - “LAS DOS TARDANZAS”

Cualquier alumno que llegue tarde dos veces este mes, perderá su medio día de asueto, - declaró la maestra.

Roberto Pacheco miró a Dante Tasi, y éste devolvió la mirada a Roberto. Los dos ya habían llegado tarde una vez y era muy fácil que esto volviera a repetirse.

Cuando terminaron las clases, hablaron ellos.

- Tenemos que llegar a tiempo – dijo Roberto, - de lo contrario, no vamos a poder jugar fútbol el viernes próximo.

- En eso mismo pensaba yo – contestó Dante.

Los días siguientes ambos muchachos llegaron a la hora. Se levantaban temprano y salían a tiempo. Pero el viernes fue diferente. Se atrasaron por un motivo u otro y, cuando salieron sólo faltaban quince minutos para las nueve.

- Tendremos que correr – dijo Roberto.

- No podemos ir corriendo todo el tiempo. Caminemos rápido, y corremos al final.

Y así lo hicieron, cuidando de no detenerse para nada.

- Me parece que vamos a llegar a tiempo – dijo Dante. – Corramos ahora.

Apenas habían empezado a correr, una voz los llamó. Roberto se detuvo.

- Sigue corriendo – le dijo Dante, - vamos a llegar tarde si nos paramos para ver que quiere ese viejo.

- Pero es que es ciego – le insistió el primero. – Mira cómo va tanteando el camino con su bastón.

- No podemos ayudarlo. Corre, si no quieres perder el partido de esta tarde.

- No puedo – contestó Roberto, sacudiendo la cabeza.

Dante se fue corriendo a la escuela, pero su compañero se detuvo y ayudó al anciano. Ya habían empezado las clases cuando llegó a la escuela todo colorado y sin aliento Roberto. La maestra estaba muy angustiada.

- Roberto Pacheco, llegó dos veces tarde – dijo.

Luego hizo una anotación en su libro. El muchacho comprendió que había perdido el asueto. “ Pero esto no me aflige”, pensó. Sin embargo, cuando vió que todos los demás salían, se le hizo pesado tener que quedarse en el aula.

Dante salió lentamente. Roberto lo despidió con una señal en la mano como si dijera: “Diviértete.” Pero Dante sacudió la cabeza.

Pronto estuvo de vuelta.

- ¿Te olvidaste de algo Dante? – le preguntó la maestra.

- Sí, señorita Miranda. Me olvidé decirle que usted debería haberme dejado a mí en lugar de Roberto. El se detuvo para ayudar a un ciego, y yo seguí corriendo. Por favor me quedará yo y que vaya Roberto a jugar.

- Roberto – dijo la Srta. Miranda, - es muy bueno ser puntual, pero hay algo mejor. Has ganado tu medio día de asueto por algo mejor que la puntualidad. Estoy orgullosa de los dos, de ti y de Dante.

30. - “NO TEMÍA LA MUERTE”

Lo que vamos a relatar sucedió en China, durante una época perturbada. Los cristianos eran perseguidos. La fórmula de los perseguidores, los cuales se llamaban los bóxeres, era: “Renunciar a la religión cristiana o morir”.

El joven Seng era cristiano. Toda su familia había sido tomada prisionera y Seng sabía que tal vez no la volvería a ver. Guardaba preciosamente en su corazón las últimas palabras que su padre le había dirigido: “El cristianismo no tiene nada que temer, hijo mío; no lo olvides nunca”.

Cuando los bóxeres se habían llevado cautiva a la familia del joven Seng, habían dejado libre al niño. Su cara inteligente y despierta los había predispuesto en su favor y los perseguidores habían pensado que una vez alejado del padre, el niño no tardaría en olvidar la religión cristiana, que ellos calificaban de estúpida, y así les manifestaría su agradecimiento por su actitud hacia él.

Cuando volvieron, los acompañaba un oficial. Seng se puso a temblar, pero no dejó de mirar al oficial bien de frente.

- ¿Sabes lo que oído decir de ti – dijo el hombre uniformado, dirigiéndose al niño.
- Que soy cristiano- contestó Seng sin vacilar.
- Te haré castigar con látigo si repites eso – dijo con dureza el oficial.
- Pero es la verdad, señor.
- Suponte que yo ordene que te fusilen. ¿Qué dirás entonces?
- Mi padre me dijo que siempre que un cristiano no debe temer a nada.

El oficial lo miró con fijeza, luego tomándolo del brazo le dijo:

- Ven conmigo.

Nuestro amiguito temblaba de pies a cabeza, y pensaba que iba a suceder algo horrible.

Llegaron a la casa más linda que Seng hubiese visto, y entraron en ella. Allí el oficial se detuvo, y con voz grave preguntó:

- ¿Dónde esta tu familia?
- No sé, señor. Los bóxeres se la llevaron – y las lágrimas empezaron a correrle por las mejillas.
- Estáis locos – declaró el oficial. - ¿No sabías que sólo tenías que decir que no erais cristianos para poder escapar?

Seng sacudió la cabeza e forma afirmativa y contestó:

- Pero, señor un cristiano no miente jamás.

El oficial seguía mirándolo fijamente. Un momento después le dijo:

- Quédate aquí; yo voy a atender tu caso. ¿Me prometes quedar?
- Sí, señor, se lo prometo.

Y mientras tanto nuestro valiente hombrecito pensaba: “Se fué probablemente a buscar soldados para matarme”. Miró la puerta que estaba entreabierta y una voz murmuró: “He aquí tu oportunidad de salvarte. Escápate pronto, mientras tienes la oportunidad de hacerlo.”

Pero, como en un sueño, Seng creyó oír la voz de su padre: “Un cristiano no tiene nada que temer.” Y dijo el niño, hablándose a sí mismo: “Por cierto que me quedaré”.

Por fin volvió el oficial. Estaba solo. No tría soldados para ejecutar la triste tarea. Miró a Seng con extrañeza.

- ¿Todavía estas aquí? ¿Por qué no huiste? La puerta estaba abierta.

- Yo le había prometido que me quedaría – dijo el muchacho.

El oficial estaba asombrado. Había proporcionado intencionalmente ocasión a Seng de evadirse, pero él se había quedado.

- Escucha hijo – dijo – te aprecio y quiero que quedes conmigo. Sólo dime que adorarás mis ídolos y te perdonaré la vida. Serás mi hijo. Si no, ya sabes lo que se les hace a los cristianos.

- Si, señor, lo sé – contestó Seng. – Pero soy cristiano y debo permanecer cristiano.

El oficial no había conocido jamás a un niño como ése. Respondió:

- Ya sé que eres cristiano, pero un día te darás cuenta de tu locura y cambiarás.

Seng reflexionó profundamente. Todo lo que tenía que contestar era la palabra “quizás” y el incidente quedaba terminado. Seng sabía muy bien que si pronunciaba esa sola palabra el poderoso oficial que estaba delante de él le consideraría como hijo. Pero no podía hacerlo. Prefería morir antes de hacerlo. Y sacudiendo la cabeza negativamente y con resolución dijo:

- ¡Oh, no, un cristiano no cambia!

El instante de silencio le pareció interminable.

- Seng, eres un muchacho extraño, pero eres valiente. Serás mi hijo, aun que hayas de ser siempre un cristiano.

31. - “MISIONEROS EN LA CÁRCEL”

David y Josué se dirigían hacia la cárcel. Mientras iban en el automóvil con sus padres, se preguntaban qué iba a representar para ellos estar dentro de una enorme cárcel donde se encontraban los criminales detrás de altas paredes y puertas de hierro. Hasta cierto punto estaban algo atemorizados porque David tenía solo diez años y Josué nueve.

Después de viajar casi una hora, se acercaron a un gran edificio de color gris, rodeado de altas murallas de piedra. Las puertas del frente del edificio estaban abiertas, y los cuatro visitantes se dirigieron lentamente a una gran sala de espera. Allí vieron algunos bancos en los cuales habían unas cuantas personas sentadas. Frente a ellas había un escritorio grande, al lado del cual había dos guardianes. El Sr. Dee y su esposa y los dos niños se dirigieron a estos guardianes, quienes los examinaron detenidamente.

¿Os preguntáis por qué el Sr. Dee, su esposa y sus dos hijos iban a esta cárcel? Sucedió así: Un día el Sr. Dee supo que había muchos presos chinos en la vasta cárcel llamada Cárcel Nueva de Bilibid, situada a unos cuantos kilómetros de Manila, en las Islas Filipinas. El Sr. Dee es un negociante, pero trabaja también activamente para Dios, y quería comunicar el evangelio a estos infortunados presos. Los encargados de la cárcel les permitieron hacer los arreglos para celebrar reuniones allí. Mientras se estaba entrevistando con los guardianes, uno de éstos preguntó: “¿ Para qué quieren ustedes entrar?”

- Para celebrar reuniones religiosas con los presos chinos. Fue su respuesta.

- ¿Qué son todos estos libros? – preguntó el guardián al ver los himnarios y las Biblias que llevaban debajo del brazo; y extendiendo la mano, tomó uno de los libros y dijo:

- ¿Pasaron por la censura?

- Sí – contestó el Sr. Dee. – Son libros buenos. El que usted tiene en la mano es la Biblia.

El guardián se la devolvió prestamente, como si se avergonzara de haber hecho una pregunta tal. Lugo abrió una puerta de hierro lo suficiente como para que pasaran los visitantes uno a la vez.

Siguiendo por un largo corredor llegaron a otras puertas de hierro, delante de las cuales había otro guardián. Los dejó entrar en una pieza pequeña sin hacerles preguntas. En esta pieza había dos bancos largos. Sobre los cuales se hallaban sentadas algunas personas que venían a visitar a amigos o parientes que estaban presos. Frente a ellos, había otras puertas de hierro. Delante de ellas habían un guardián, y al lado de una mesa cercana estaba sentado otro soldado. En un banco se veía sentado a un inspector de uniforme. Fueron dirigidas otras preguntas a la familia Dee, y cuando los guardianes se hubieron convencido de que se trataba de personas buenas, se llamó a otro guardián para que los acompañase. La puerta de hierro se abrió lentamente, y pasaron por ella nuevamente uno a la vez. Ahora estaban realmente en la cárcel.

No se sentían muy cómodos, pero sabían que habían venido con un buen propósito. El guardián los condujo a una sala que servía de capilla para la cárcel, pues allí debía celebrarse la reunión. Entraron y se sorprendieron al ver unos cincuenta presos ya sentados y esperando. Muchos otros presos se congregaron delante de la puerta para ver lo que iba a suceder, y dos guardianes se unieron al grupo para vigilarlo y ver que todo fuese bien.

Esa capilla no tenía piano ni armonio, pero la familia Dee venía preparada. David había traído su acordeón piano, y conocía bastante bien la mayoría de los himnos para

tocarlos de memoria. La señora Dee empezó a enseñar a los presos algunos himnos. David tocaba el himno en su acordeón, y luego toda la familia lo cantaba. Gradualmente los presos empezaron a participar del canto. Después del servicio de canto, hubo un estudio bíblico, en forma muy parecida a cómo se da la lección de la escuela sabática. Luego el Sr. Dee predicó un corto sermón. Tanto los cantos como la predicación eran en chino, porque algunos de los hombres no entendían otro idioma. Desde entonces se han celebrado reuniones cada sábado de tarde. A los presos les agrada oír los himnos y el acordeón de David. Con frecuencia le piden que toque algunos himnos especiales. Otros presos se congregaron alrededor de la puerta y escuchan y se sonríen al ver a un niño tan pequeño tocar tan bien. Se le ha pedido a David que toque en las reuniones celebradas para los presos japoneses y filipinos.

Dios ha recompensado los esfuerzos que hacen estos misioneros en la cárcel. Ya se han celebrado dos bautismos, en los cuales han sido bautizados diez de los presos.

Generalmente pensamos en las Islas Filipinas como en un campo misionero. Pero allá hay dos niños que no aguardan que les llegue ayuda del extranjero. Son misioneros allí donde están. En vez de jugar, pasear o dormir los sábados de tarde, recorren gustosamente esta larga distancia para llegar a la enorme cárcel y comunicar el Evangelio a los hombres aislados para los cuales no parece haber esperanza.

32. - “FEDERICO EL JACTANCIOSO”

Federico, muy derecho y con aire de suficiencia miraba a Tomás mientras éste trabajaba en su huerta.

- La mía es dos veces más grande que la tuya – aseguró Federico.

Una sombra de tristeza pasó por el rostro de Tomás mientras miraba su huerta.

- No creas, mira esas remolachas y lechugas. Tengo tres hileras de cada una.

- Pero son muy chicas, las mías son el doble.

- Sí, puede ser – murmuró Tomás.

Federico se fue muy satisfecho de sí mismo. Mientras iba a su casa, pasó por la de Guillermito y lo vio cortando rosas con su hermana Beatriz. Silbaba alegremente mientras cortaba las flores y se las entregaba a ella.

- ¡Hola! – los interrumpió el jactancioso, - te apuesto que soy capaz de silbar dos veces más fuerte que tu.

- Yo no apuesto nunca – le contestó Guillermito sorprendido.

- ¡Ah! Porque sabes que puedo ganarte.

- No es por eso – replicó su amigo.

Los ojos azules de Beatriz se agrandaron de temor, pues pensó que a lo mejor los dos muchachos iban a pelear.

- ¿Ves mis rosas blancas? ¿No son lindas? – intervino la niña, mostrándole un ramillete a Federico.

- ¡Bah! Mi tía tiene rosas rojas más lindas – le contestó descortésmente y siguió su camino.

- ¡Qué antipático! – exclamó la niña. - ¿Por qué no silbaste más fuerte que él?

- Porque no puedo silbar con mucha fuerza – admitió modestamente el muchacho. – Además no me gusta hacerlo.

- Eso me da una idea – interrumpió una voz profunda y bondadosa.

- ¿Qué idea tío Pepe? – preguntaron los hermanitos, pues generalmente las ideas del tío Pepe eran muy buenas.

- He estado observando a Federico, y creo que en vez de discutir con él, la próxima vez que diga que algo suyo es mejor que lo de ustedes, díganle que están de acuerdo con él, y agreguen que lo de ustedes es como es, porque ustedes lo quieren así. Y voy a aconsejarles esto mismo a los demás niños.

Al día siguiente. Mientras Federico y Duilio jugaban con sus carritos, el primero le dijo jactanciosamente, como de costumbre:

- Yo puedo correr más ligero que tú.

- Me parece que sí, pero yo puedo ir a la velocidad que yo quiero. No iría más rápidamente de lo que voy.

Federico miró sorprendido a su compañero. Había esperado una discusión, y su expectación quedaba frustrada. Sin embargo, un poco después, cuando Guillermito se unió con ellos y les mostró una navaja que el tío Pepe le había dado, Federico aseguró:

- Mi papá tiene una con el doble número de hojas.

- ¡Qué bien – asintió Guillermo. –Pero prefiero ésta. Tiene las hojas que yo quiero.

Federico cambió de conversación.

- Vamos a patinar – sugirió, volviéndose a Duilio.

Al rato los muchachos estaban de vuelta con sus patines.

- Los míos son más nuevos que los de ustedes, y por eso puedo ir más rápido – afirmó Federico.

- ¡Yo no cambiaría los míos por un par nuevo!- exclamó Guillermo. – Estoy acostumbrado con éstos y me gustan mucho.

Federico siguió fanfarroneando, pero siempre recibió respuestas similares.

Algunos días más tarde, al pasar frente a la casa de Guillermo y al encontrar a Beatriz arrancando unas rosas, comenzó a decir que las flores de su tía eran más lindas, pero de pronto se acordó de la forma en que todos sus amigos le habían contestado durante los últimos días, y calló.

- Mira, - agregó corrigiéndose, - tus rosas blancas son muy bonitas y no creo que las rosas de mi tía sean mejores, pero te voy a traer unas cuantas de regalo.

- Te lo agradezco mucho – contestó la niña y le dijo: - ¿Sabes, Federico, que has comenzado a corregirme? Es la primera vez que no dices que lo tuyo es más lindo o mejor.

El niño reconoció que antes había procedido mal y se fue. Entonces apareció el tío Pepe y dijo. Dirigiéndose a Beatriz:

- Me parece que ha aprendido la lección. Ya no será más “el jactancioso” y ahora sí que parece simpático.

33. - “*PERDIDOS EN EL DESIERTO*”

Desde que Tomás y José Bienvenido habían llegado a vivir en la meseta de Nuevo México, habían encontrado muchas cosas raras y visto muchos espectáculos curiosos. Se habían trasladado allí con su padre, su madre y sus hermanita Julia. El padre había comprado un “rancho grande” situado en un hermoso valle entre las montañas. A cierta distancia de allí, se extendía hacia el este un gran desierto.

Transcurrieron casi dos meses antes que Tomás y José tuviesen la oportunidad de visitar el desierto. Mientras tanto, Pedro, el peón mejicano, que ya desde antes trabajaba en el rancho, les había regalado un burrito acostumbrado a las montañas, que se llamaba Bongo. El animal era muy manso y permitía que los muchachos lo montasen. Pero no tardaron en descubrir que Bongo podía ser muy terco. Cuando quería, los dejaba andar en él como quisieran. Pero cuando resolvía que no iba a caminar, se quedaba parado y no había manera de hacerlo mover.

Cuando Tomás y José se propusieron visitar el desierto, no quisieron llevar a Bongo. Tomás buscó su cantimplora y la llenó de agua fresca; José llevaba la merienda que su mamá les había preparado. Querían permanecer en el desierto todo el día, e iban a llevar una brújula para poder ir siempre en la debida dirección.

Pero resultó imposible hacer que Bongo quedase en casa. El burrito estaba resuelto a seguirlos. Los muchachos de alguna manera salían y se iba detrás de ellos, pues había algunas grietas en el cerco del corral. Así finalmente los dos hermanos decidieron escapar por la parte trasera de la casa.

Después de volver a poner el burro en el corral, entraron en la casa y a los pocos minutos salieron por la puerta trasera y se marcharon. Echaron una mirada atrás y no vieron a Bongo. Después de caminar un par de kilómetros, llegaron a la orilla del desierto. Encontraron muchas especies de cactus. Se sorprendieron mucho al encontrar flores tan hermosas en estas plantas del desierto. A las doce, bebieron un poco de agua, pero cuando José quiso enroscar la tapa de la cantimplora, la dejó caer y se derramó el resto del precioso líquido.

- Bueno – dijo Tomás, - no nos perjudicará mucho, pues no tardaremos en regresar y sin duda no necesitaremos agua hasta llegar a casa.

- Tienes razón – dijo José, - pero sigamos y veamos que podemos descubrir todavía.

Fueron caminando por la arena caliente. Cuando Tomás quiso sacar su brújula, descubrió que la había olvidado. Ahora sí que se veían en dificultades. Se encontraban perdidos en el desierto y sin agua. Ambos muchachos se sentaron y permanecieron callados por un rato. De repente oyeron que algo se movía detrás de ellos. De un salto se pusieron de pie y vieron que venía hacia ellos su compañero Bongo.

- ¡Míralo! – exclamó Tomás. – Ya es bastante grave encontrarnos perdidos aquí y sin agua. ¡Ahora resulta que tenemos a Bongo con nosotros!

- ¡Ojalá que estuviéramos en casa! Mamá y papá se van a asustar cuando no nos vean regresar. ¡Estamos perdidos, Tomás! – dijo José.

- Tal vez estaremos aquí toda la noche- contestó Tomás. – Me han dicho que hace mucho frío en el desierto durante la noche. Vamonos, pongámonos en marcha. Creo que podemos encontrar nuestro camino siguiendo las pisadas que dejamos en la arena, y así podremos regresar a casa.

- Sí, ésa es una buena idea – convino José.

Apenas habían dado algunos pasos cuando descubrieron que el viento había borrado sus pisadas. Ambos comprendieron que se veían en grave dificultad. Habían oído historias de mineros, vaqueros y otros hombres que se habían perdido y habían muerto de hambre o de sed en esos desiertos. No sabían que hacer.

No habían prestado mucha atención a Bongo, pero cuando miraron alrededor de ellos, vieron que el burro estaba escarbando el suelo cerca de unas plantas. Parecía como que hubiese habido una vez un arroyo en ese lugar. El animal estaba muy ocupado escarbando. Y teniendo los muchachos otra cosa que hacer, se detuvieron a observarlo. Antes de mucho Bongo había excavado un hoyo bastante hondo. Luego se detuvo y se pudo a oler la tierra. Siguió escarbando un poco más. Finalmente se detuvo.

Tomás y José fueron a ver lo que había estado buscando el burro. Para gran asombro suyo, vieron que había agua en el fondo del hoyo. El burro sabía que había agua en el lecho seco del arroyo y había escarbado en busca de ella. Se pudo a beberla, y los dos muchachos hicieron lo mismo. Esta agua tenía mejor gusto que cualquier cosa que hubiesen probado antes.

Cuando miraron alrededor de ellos, vieron que Bongo se había alejado, y decidieron seguirlo. Siguieron detrás de él durante dos horas. Precisamente cuando el sol se hundía detrás de ellos, divisaron hacia delante las colinas que había cerca de su casa. Bongo los había conducido directamente hacia el rancho. Esa noche los muchachos le dieron una ración adicional de avena y pasto.

34. - “LA MURALLA QUE DIOS CONSTRUYÓ”

En una casita situada en la orilla meridional del mar Báltico, vivía hace muchos años, una viuda piadosa llamada Berta Schmidt, con su hijo Carlos y su joven esposa. En el verano, cuando estaba cubierta de enredaderas, la casita era real mente bella.

Pero una mañana de invierno llegaron noticias tristes al hogar. Un ejército enemigo se acercaba a la ciudad de Stralsund, y podía llegar de un momento a otro. La tristeza invadió todas las casas. El día transcurrió en una esfera angustiada, la noche sumió en la oscuridad a una ciudad en vela. Y, cuando las tinieblas eran más densas, se desencadenó una terrible tempestad, que dio a la escena un aspecto aun más lúgubre.

Pero. ¿Qué sucedía en la casa de la viuda? Carlos había cerrado cuidadosamente las puertas y las ventanas, reforzándolas con trozos de madera a fin de ofrecer cierta resistencia a los soldados. Había hecho lo mejor que podía para defender a los suyos. Luego se había hundido en un hosco silencio, y su joven esposa, pálida y temblorosa, estaba sentada cerca de él. La valiente viuda tenía los ojos fijos en su Biblia. De repente, alzó la mirada: y con el rostro iluminado pronunció estas palabras:

“Dios nos rodeará con una fuerte muralla, y nuestros fieros enemigos no nos hallarán.”

- ¿Es esto posible querida mamá – dijo Carlos. - ¿Piensas realmente que Dios construirá en derredor de nuestra humilde morada una muralla sólida para impedir que entre un ejército?
- ¿No leíste, hijo mío, acerca de los pajarillos, que ni uno de ellos cae a tierra sin el permiso de nuestro Padre?

Carlos no contestó, y todo quedó nuevamente sumido en el silencio.

Hacia la medianoche, la tempestad amainó un momento. Se oyó el reloj de una iglesia tocar doce campanadas. Y al mismo instante, como a lo lejos, una música militar. Según todas las apariencias, había llegado la hora fatal. Los habitantes de la casa se estrecharon unos contra otros, y la anciana madre, teniendo en la suya la mano de su hijo, repitió: “ Con fuerte muralla Dios nos rodeará, y nuestros fieros enemigos no nos hallarán.”

La música se acercaba, mezclada con el sonido confuso de los pasos y los clamores. Pronto se oyeron gritos, y el crepitar de las llamas les indicó que la obra de destrucción se realizaba. Pero ningún paso hostil cruzó el umbral de la viuda. Aunque estuviese en medio del tumulto, la pequeña familia no fue molestada, como si hubiese ángeles acampados alrededor de la casa. Al fin, se apagó el ruido, se aplacó la tempestad, y un silencio de muerte envolvió la escena.

Después de haber esperado varias horas, Carlos se atrevió a abrir un postigo, pero la luz llegaba muy débilmente a través de la nieve que se había acumulado hasta la altura de las ventanas. Con mil precauciones, abrió la puerta, y vio que necesitaba despejar el camino. Permaneció mudo de estupefacción al ver el espectáculo que se ofrecía a sus ojos. Enormes montones de nieve habían cubierto completamente la casita, dándole aspecto de un simple montículo de nieve. Habían estado verdaderamente escondidos “por una muralla, “ protegidos por la tienda del Altísimo.

Carlos condujo a su madre a l umbral para que contemplase la muralla de su fe. La piadosa viuda, con lagrimas en los ojos y la mirada dirigida hacia el cielo, exclamó: “En verdad el que hizo la promesa es fiel.”

35. - “LA COMPASIÓN RECOMPENSADA”

Lo que vamos a contar sucedió en pleno invierno y en Sudamérica. Un joven colporteur llamado Alfredo trabajaba en el campo con un automóvil. Esto sucedía en una región muy poco poblada y donde hace mucho frío, a saber la Patagonia. Hay allí grandes estancias o haciendas donde se crían ovejas.

Alfredo iba pensando en los libros que iba a vender y a entregar, cuando de repente vio un espectáculo lastimero, Era el que ofrecía un cordero que había quedado apresado en una de las rejillas puestas en el camino para evitar que pasen los animales.

Alfredo bajó de su automóvil, sacó al cordero de su trampa y lo puso a un lado para luego seguir viaje. No había ido muy lejos, cuando pudo ver a través del espejo retrovisor, que el cordero había vuelto a meterse en la rejilla. Inmediatamente el colporteur Alfredo pensó que tenía algo más importante que hacer que ayudar a los corderos tontos a evitar las trampas. Luego recordó el versículo de la Biblia que siempre había significado mucho para él: “Todo lo que te viniere a la mano para hacer, hazlo según tus fuerzas” (Eclesiastés 9:10) Por lo tanto decidió alzar al animal, ponerlo en su coche, y dejarlo en la próxima estancia. Posiblemente era de allí y los dueños apreciarían que se lo llevase.

De manera que retrocedió y alzó al corderito. Al llegar a la casa de estancia, sacó al animalito del automóvil y explicó porqué lo había traído. No pertenecía al hombre que lo había atendido, pero este era muy amable. Sacó tijeras de esquila de ovejas y cortó la lana que se había helado alrededor de los ojos del animal.

- Esto es lo que le pasa – dijo: - no podía ver porque esta lana se había quedado apresada alrededor de los ojos y no lo dejaba ver.

Inmediatamente el cordero se fue saltando tan ligero como podía. Puesto que era tarde, el dueño de casa invitó al colporteur a pasar la noche en su casa. Dijo:

- Un hombre que se compadece de un animal merece un cómodo lugar de descanso donde pasar la noche. Y, además, la noche se anuncia mala; no me gustaría estar solo en el camino. Creo que se está preparando una tormenta de nieve detrás de esa montaña.

Vio Alfredo que el hombre era bueno y que tal vez le compraría uno o dos libros, de madera que decidió quedarse. Había otros hombres en la estancia, y varios empezaron a interesarse en las cosas de Dios y de la Biblia que el colporteur les relataba. Era ya muy tarde cuando decidieron acostarse, pero Alfredo pidió que lo despertasen a las cinco de la mañana.

¡Que tremenda sorpresa se llevó cuando abrió los ojos! Se había iniciado una tormenta durante la noche, y se había transformado en una ventisca ennegecedora. Se preguntó que habría hecho si hubiese estado en el camino acurrucado en su automóvil en lugar de hallarse en una estancia cómoda. No tuvo que pensar mucho al respecto, porque pronto entró en la pieza uno de los peones trayendo malas noticias.

- Ha sido una noche terrible – dijo el hombre. –Todos los automóviles que había en el camino se quedaron atascados. Dos viajeros comerciantes que abandonaron su coche por algún motivo han sido encontrados muertos. Otro hombre también abandonó su coche, y se perdió en la nieve donde estuvo tanto tiempo que habrá que amputarle las dos piernas. Otros siete automóviles han tenido que ser auxiliados.

A Alfredo le embargó un sentimiento raro, porque sabía muy bien que podría haberse encontrado en el lugar de alguno de esos hombres. Si no hubiese sido bondadoso con el corderito, él también habría tenido que pasar la noche en el camino. ¡Cuando

agradecimiento sentía hacia su padre celestial, por haber enviado a su paso este importante corderito! Al prestarle auxilio y salvarle la vida, Alfredo había salvado su propia vida. Siempre vale la pena ser compasivo con los animales.

36. - “LA COCINITA DE HIERRO”

Anita se estaba divirtiendo mucho jugando en el patio de su casa, cocinando la comida de sus muñecas Raquelita y Tilita. Por supuesto su cocinita no era mas que una tablita puesta sobre dos cajoncitos, sus platos eran pedazos de loza rota que su madre había descartado. Pero en imaginación tenía una muy linda cocina. Anita era una niña de solo cinco años de edad, con pecas en la nariz y cabello largo que a veces le tapaba los ojos.

Pronto tuvo todo listo y colocado sobre una mesita hacha con una caja que había contenido cigarros, y cuando se aprestaba a alimentar a sus hambrientas “hijas“, oyó a su madre que la llamaba.

Anita se quedó muy quieta, no quería dejar su juego en este momento tan interesante y deseaba que su madre no oyese ningún movimiento.

- ¡Anita! – volvió a llamar la mamá. ¿Quieres venir a la casa de la Sra. Burgos y ver a Patricia?.

Olvidándose de todo lo demás, Anita se puso de pie de un salto y corrió prestamente al interior de la casa. Por supuesto que quería ir. Patricia era la hija única de la familia Burgos y tenía muchos lindos juguetes. ¡Hasta tenía una casita de muñecas!

- ¿Cuándo vamos? ¿Ahora mismo? – Preguntó vivamente la niña.

- Sí, querida. Pero tienes la cara sucia. Corre a lavarte y saldremos.

Después de lavarse la cara y peinarse el cabello, salió con su madre hacia la casa de la Sra. Burgos. Patricia estaba jugando en su casita de manera que Anita fue hasta allí.

- ¡Mira Anita! – dijo Patricia – mamá me ha comprado algunos muebles nuevos para mi casita ¿son lindos, verdad? Ahora podré deshacerme de algunos muebles viejos.

- ¿Los vas a arrojar a la basura? – Preguntó Anita, casi sin aliento, pues pensaba que tal vez se los regalaría.

- Bueno, no los voy a tirar - explicó Patricia. – Mamá dijo que se los iba a mandar a mis primas.

Anita se divirtió mucho durante las horas siguientes jugando a las casitas con su amiguita. Una cosa de la cual casi no podía sacar sus manos era la cocinita nueva de hierro. No era grande, pero era muy linda. Las hornallas tenían tapitas, exactamente como las de su mamá, y en la parte de atrás había un caño por donde salía el humo. Hasta tenía un horno. ¡Oh, si tan sólo pudiera tener una igual! Pensaba. Pero sabía que su mamá le diría que no tenía suficiente dinero para comprársela.

Finalmente la madre salió a la puerta y llamó a Anita, pues ya debían irse a casa.

- ¿No puedo quedar un momentito más? – Preguntó Anita.

- Sí, por favor, déjela un poco más – rogó Patricia.

- Lo lamento, querida - dijo la mamá, - pero será mejor que nos vayamos.

Y dándose vueltas hacia la Sra. Burgos, terminó su conversación con ella. Anita apenas tuvo tiempo para entrar de nuevo a la casita a buscar su muñeca Tilita, que había traído consigo

Pero aprovechó la oportunidad para alzar rápidamente la cocinita de hierro y, ocultándola bajo la muñeca, echó a correr para alcanzar a su madre, que emprendía el regreso a su casa. Anita había actuado con tanta presteza, que Patricia no había notado sus movimientos.

Mientras regresaba a casa, iba caminando un poco rezagada, detrás de su madre. Esta no lo notó, pues estaba estudiando un modelo que había pedido prestado. Tan pronto

como llegó a su patio, Anita corrió a donde estaba su propia casita de juegos, hizo a un lado la estufita que había arreglado, y con ternura puso en su lugar la cocinita de hierro y dió un paso atrás para admirarla. ¡Qué linda le parecía!

Oyó que se cerraba la puerta trasera de la casa, y rápidamente puso algo sobre la cocinita. ¿Sería su madre que venía? Con un sentimiento de culpabilidad, dirigió una mirada hacia la casa. No, la mamá no venía en esa dirección, sino que daba vuelta a la casa. Anita sabía que no debería haberse apoderado de la cocina; pero era tan linda que la había tentado. La destapó, y se puso de nuevo a jugar. Pero cada vez que oía un ruido, volvía a cubrir la cocina. Finalmente se entusiasmó de tal manera en su juego que se olvidó de toda vigilancia.

- Anita – oyó de repente que le decía su madre de pie al lado de ella - ¿dónde conseguiste esta cocinita?

Anita se puso de pie de un salto y agachó los ojos. No dijo una sola palabra.

Pero la madre volvió a preguntar:

- ¿De donde la sacaste? ¡Contéstame! – insistió, puesto que la niña no decía una palabra.

- La... encontré – dijo lentamente Anita.

- ¿Dónde?

- Cuando volvíamos a casa. La encontré en unas matas – dijo Anita, mintiendo.

La mamá se agachó y alzando la cabeza de la niña para mirarla en los ojos, le preguntó, con expresión triste:

- Anita, ¿es ésta la cocinita de Patricia?

Al principio Anita lo quiso negar, pero de repente se echó en los brazos de su mamá y con voz llorosa confesó la verdad. La madre mantuvo abrazada durante unos minutos a su hija que lloraba, y luego le dijo:

- Anita, sabes muy bien que tendrás que llevarla de vuelta.

- ¿Vas a venir conmigo?

- Te acompañaré hasta el portón, pero tendrás que llevarla adentro tú misma. Porque sabes que es muy malo apoderarse de las cosas que pertenecen a otros.. Y si lo hacemos, debemos devolverlas. Esto significa que debes llevar esta cocinita a su dueña y pedirle que te perdone. También debemos pedir a Jesús que te perdone, ¿no te parece?

- Sí, mamá – dijo Anita con voz triste.

Después de arrodillarse y pedir perdón a Jesús, Anita y su madre se fueron hacia la casa de la Sra. Burgos. Anita llevaba la cocinita de hierro, que ya no le parecía tan deseable. ¡Cuánto habría dado por no haberla sacado de su lugar! ¡Cómo arrastraba los pies mientras caminaba! ¡Qué lejos le parecía la casa cuando esta mañana le había parecido estar a tan corta distancia!

Al llegar al portón, la madre dijo que debía seguir adelante sola. Anita dió unos pasos, y miró con ansiedad a su madre. Esta sonrió para alentada, pero se quedó donde estaba. De manera que Anita debió llegar sola a la puerta y llamar. Abrió la Sra. Burgos, y detrás de ella estaba Patricia.

Cuando esta última vió de quien se trataba, se adelantó rápidamente preguntando:

- ¡Oh, Anita! ¿Viniste para jugar?

- No Patricia, traje esto de vuelta.

Y poniendo la cocinita en las manos de la sorprendida Patricia, se dió vuelta para irse. Recordó, sin embargo, que su madre le había dicho que debía pedir perdón, así que, dándose vuelta otra vez, dijo, pero en voz muy baja:

- Lamento habérmela llevado a casa.

Y girando sobre sus talones echó a correr hacia su madre. La Sra. Burgos miró a la mamá de Anita y ambas cambiaron una sonrisa comprensiva. La mamá de Anita se agachó y tomó a su hijita en los brazos; luego emprendieron el regreso a casa, dándose la mano. Ahora la niña caminaba alegremente; no necesitaba tener ya miedo de todo ruido que hiciera mientras jugaba. Ya no había peligro que su mamá la sorprendiese con algo que no le pertenecía.

Anita es ahora una señorita, pero nunca se olvidó de la lección que aprendió ese día.

37. - “CÓMO ESCAPÓ NARA”

Nara vivía con su familia en una aldea situada a orillas del río Godavari, en el sur de la India. Era una niña muy útil en la casa, pues ayudaba a su madre trayendo agua desde el río y haciendo muchos otros trabajitos. Su padre era un pobre agricultor, y juntamente con Dumma, el hermano de Nara, tenía que trabajar arduamente para cultivar el maíz con que se sostenían y pagaban los impuestos. Un día, el padre de Nara volvió por la noche, y mientras estaba comiendo, observó que le dolía el pie.

- Pisé en un trozo cortante de cáscara de coco en el campo, y me corté bastante hondo – dijo.

- Será mejor que te haga algún remedio – dijo su esposa.

De modo que preparó algunas hojas y las molió con tierra que buscó en el corral de la vaca, porque los hindúes piensan que todo lo que esta relacionado con las vacas es sagrado.

No es extraño que el pobre campesino empeorase a tal punto que no podía dormir por el dolor que le causaba el pie hinchado debido a la infección.

- Será mejor que te llevemos al médico de los extranjeros en Santapur – dijo finalmente su esposa. – Nosotros tenemos que ir también, y como no puedes caminar, voy a alquilar un carro de bueyes. De modo que cerraron la casa al día siguiente, y emprendieron el viaje que duraba todo un largo día para llegar al hospital más cercano.

El doctor de la misión examinó el pie del campesino y le dijo que tendría que quedar internado varias semanas. Hasta se llegó a creer que el hombre había llegado demasiado tarde y que posiblemente no sanaría.

Pero habiendo mejorado, pronto empezó a preocuparse por su campito de maíz.

- Dumma – dijo, - tendrás que irte a casa y cosechar el maíz, de lo contrario no tendremos nada que comer más adelante- Haz lo mejor que puedas, y tal vez tu tío te pueda ayudar. Nara irá a visitarte dentro de diez días. Yo sé que te esforzarás para evitar que nos veamos en dificultades.

Dumma se fué enseguida, resuelto a hacer todo lo que pudiese, aunque le pesaba tener que volver solo. Nunca antes se habían separado Nara y él, y la niña también se sentía muy solitaria los primeros días. Maryamma, la bondadosa matrona del hospital, le estaba enseñando a cantar himnos y coros de Jesús y Nara sentía mucho placer en oír las historias bíblicas que la señora le contaba ayudada por hermosas láminas en colores.

- ¿Te gustaría ser esta niña que está sentada en la rodilla de Jesús? – preguntó a Nara. – Fíjate cómo está mirando con amor a su Salvador y Amigo. ¿ Sabes lo que quiere decir el himno que cantamos tantas veces: “Jesús me ama, oh cuánto me ama a mí”?

Transcurrió un tiempo antes que Nara pudiese contestar, pero varios días más tarde, Maryamma oyó que cantaba para sí: “Amo a Jesús, sí lo amo; es el Salvador de Nara también.”

Cierta mañana notó que su padre estaba preocupado:

- Hija – le dijo, - he tenido un mal sueño acerca de tu hermano, y no podré descansar hasta que vayas a casa y veas cómo está.

- Saldré mañana muy temprano – contestó la niña.

Y después de un día muy caluroso de penoso viaje, llegó a la aldea.

- ¡Oh, Nara, cuán contento estoy de verte! – exclamó Dumma. – Encontré que el trabajo era tan pesado que nunca podría haberlo hecho solo; pero nuestro tío vino y me ayudó.

- Estoy segura de que el Señor Jesús lo indujo a ello- dijo Nara. – Le pedí a él que te ayudase.

Conversaron por un largo rato, pero ambos estaban muy cansados y con sueño.

- Yo apagaré el farol – dijo Dumma, - y nos acostaremos enseguida, ya que tienes que volver mañana.

Al cabo de pocos minutos los niños dormían en la calurosa oscuridad de la chocita. Pero pronto Nara se despertó sintiendo algo pesado sobre su cabeza. Pensando que era un gato, se movió y trató de ahuyentarlo, pero tenía tanto sueño que no podía despertarse. Casi enseguida después, sintió un dolor agudo en la cabeza y el ruido de una lata vacía que caía la despertó, y se incorporó. Para gran sorpresa suya, encontró que tenía la cara mojada y pegajosa.

- ¡Pronto, pronto Dumma! – gritó – enciende el farol.

Cuando el muchacho lo hubo hecho, se quedó horrorizado al ver que la sangre inundaba la cara de su hermana por una herida profunda que tenía en la cabeza.

Salió lo más rápidamente que podía y despertó a los vecinos quienes encontraron a una joven pantera entre algunos arbustos cercanos, pero ella logró escapar en la confusión y las tinieblas. Las mujeres trataron de socorrer a Nara: buscaron agua caliente y le lavaron la cabeza, pero en su ignorancia llenaron la herida de melaza y telarañas, cubriéndola luego con trapos sucios. La pobre niña se sentía muy mal, acostada sola en la casa oscura, porque Dumma tenía que trabajar e la cosecha.

- ¡Oh, Padre celestial - seguía orando, - déjame volver a donde está mamá y la bondadosa Maryamma! Yo sé que ella aliviará este terrible dolor.

Hacia la noche, su tío, que pasaba por la aldea, entró a ver cómo les iba, y decidió llevarse a Nara al hospital al día siguiente.}- Dumma no puede salir en este momento, y si estás enferma, será mejor que estés con tus padres – le dijo a la niña.

Nara llegó contenta al hospital, y muy a tiempo porque la herida de su cabeza necesitaba un tratamiento adecuado para empezar a sanar lentamente.

- La verdad, mi tesoro – dijo Maryamma, - si no te hubiesen traído aquí habrías estado muy enferma, así que damos gracias a Dios por sus bondades hacia ti.

- Y también estoy agradecida – murmuró Nara, - y cuando sea grande me dedicaré a curar a los enfermos como usted.

- Muy buena idea, Nara, pero mientras tanto debes tratar, cuando regreses a casa, de ayudar a otros niños y niñas a amar al Señor Jesucristo.

Nara asintió con la cabeza, y tan bien manifestó su gratitud a Dios con los niños de su aldea, donde muchos de ellos, fueron inducidos a conocer y seguir a su Salvador.

38. - “NO SEAMOS EXCLUSIVISTAS”

Mabel y Rosa habían sido amigas desde que Rosa había venido a vivir en la casa contigua a la de Mabel. El hecho de que eran más o menos de la misma edad favorecía su amistad, pues Mabel tenía once años y Rosa seis meses menos. A ambas les gustaba la música, ambas aprendían a tejer. Desde que habían terminado las clases, habían estado juntas. Se querían tanto, que no sentían la necesidad de tener otras compañeras de juegos.

Un día, al principio de las vacaciones, Rosa se torció un tobillo. Tuvo que quedar inmobilizada durante lo que pareció ser un tiempo muy largo. Mabel estaba casi constantemente con ella, procurando hacerle pasar el tiempo en forma agradable. Esa misma semana Flora H. Dió una fiesta de cumpleaños.

- Por supuesto, no puedo ir – dijo Mabel a su madre.

- A mí me parece que debieras ir – contestó la mamá, - puesto que Flora ha tenido la bondad de invitarte. Sí, sé que Rosa no puede caminar, pero ¿por qué habría de impedirte esto que asistas? Estoy segura de que a Rosa le gustará oír detalles de la fiesta. Le ayudaría a olvidarse un poco de sus dolores.

- ¡Oh!;No! – exclamó Mabel. – Mas bien se entristecerá más si yo voy donde ella no puede ir; así es como nos queremos Rosa y yo.

- Entonces no me parecen muy sabias. Tu abuelita solía decir: “No pongas todos los huevos en una canasta.” Esto puede aplicarse a las amistades tanto como a los huevos.

- ¿Qué quieres decir mamá?

- Bueno, supongamos que Rosa se mudase a otra parte. Te quedarías muy sola, pues las otras niñas están haciendo cada vez menos esfuerzos para incluirte en sus planes para divertirse. Esto quiere decir que se están acostumbrando a no desear tu compañía.

-No es muy probable que Rosa se mude lejos – dijo Mabel. – Su padre compró la casa donde viven. Y yo prefiero ser un poco “exclusivista” en mis amistades.

Su madre se sonrió al oír la palabra altisonante, pero dijo con gravedad:

- Hay otras niñas en el vecindario que son tan amables como Rosa. Pienso que descubrirás que es mejor tener amistad sólida con más de una persona.

Cierto día Mabel se negó a acompañar a sus padres en un paseo porque quería hacer compañía a Rosa. Esta ya podía andar por la casa, aunque con cierta dificultad, pero no se atrevía a salir. Las dos amigas estaban sentadas al lado de la ventana con sus labores, cuando de repente Mabel exclamó:

- ¡Oh, mira! Hay un carro de mudanzas frente a esa casa vacía del otro lado de la calle. Vamos a tener nuevos vecinos. Esperemos que serán todos adultos, y no habrá niños molestos y ruidosos.

- Esperemos que sea así – repitió Rosa como un eco.

Más tarde durante la semana, cuando Mabel regresaba a su casa después de hacer una diligencia, vió a Rosa que estaba al otro lado de la calle, conversando con una niña a la cual no conocía. Esa niña era muy linda. Tenía hermoso cabello negro. Rosa la tomó del brazo, y juntas se fueron al encuentro de Mabel.

- Te presento a Lidia Domínguez, nuestra nueva vecina – dijo Rosa, y dirigiéndose a la otra niña añadió:

- Lidia, ésta es mi amiga Mabel.

Amabas niñas murmuraron:

- ¡Mucho gusto! – luego Rosa dijo:

- Lidia tiene un piano. ¿No te parece lindo? Estamos aprendiendo a tocar un dúo juntas.
- ¿No quieres venir y oírnos tocar? – preguntó Lidia.
- No, gracias – contestó Mabel, con voz medio ahogada. – Creo que mamá necesita mi ayuda.

Y dicho esto, se fué apresuradamente a su casa.

- Pero, Mabel – le dijo la mamá al saludarla. - ¿No quieres jugar con Rosa y la niña recién llegada, que es tan amable? No tengo ninguna tarea especial para ti.
- Prefiero quedarme en casa – dijo Mabel. – Rosa y Lidia están aprendiendo a tocar un dúo en piano y esto requiere solamente dos personas.
- Pero podrías escuchar y alentarlas. Si deseas que te quieran, debes aprender a saber escuchar.
- Y a mí, ¿qué me importa que me quieran o no? – dijo Mabel.
- Cumple con tus gustos, pero temo que te vas a sentir solitaria si sigues así.

Durante todo el resto de la semana, Mabel se mantuvo reservada y sola, mientras que Rosa y Lidia se divertían juntas. Un día oyó a Rosa que la llamaba por la ventana:

- ¡Oye, Mabel! Lidia y yo nos vamos al centro. ¿No quieres acompañarnos?.
- No, gracias – contestó Mabel. – No tengo ganas de salir.

Las niñas se fueron, y Mabel se quedó pensando amargamente:

- Rosa ya no tiene interés en mi amistad.

Los días que siguieron fueron muy tristes para la niña. Lidia se estaba haciendo de muchas amistades. Siempre había un grupo alegre de niños jugando en su patio, o sentados en el vestíbulo. Rosa estaba siempre en ese grupo. Se divertía tanto, que no echaba de menos la compañía de Mabel.

Esta no decía nada de todo esto a nadie, ni siquiera ella misma quería admitir que se sentía muy solitaria.

Una tarde en que había nubes, Rosa y Lidia y una docena de otros niños de su edad estaban jugando a la mancha en el patio de Rosa. Mabel había estado ayudando a su mamá a preparar masitas, pero ahora estaba de pie frente a la ventana mirando el juego. Por fin dijo:

- Mamá, ¿puedo llevarles algunas masitas?
- Por supuesto que sí, querida – contestó la mamá. – Pero sería mejor invitarlos a entrar. Hace frío para comer afuera. ¿Por qué no les damos una taza de chocolate caliente con las masitas? Empezaré a prepararlo mientras los invitas a entrar.

Esto era algo difícil para Mabel, pero salió valientemente a hacerlo. Al verla, Rosa y varios otros niños la llamaron:

- ¡Hola Mabel! ¡Ven a jugar!.
- Ya vendré dentro de un rato – prometió Mabel. – Pero primero todos ustedes van a venir para comer algunas masitas y tomar una taza de chocolate.
- ¡Chocolate y masitas! ¡Que rico! – gritó Miguel Tirón, dirigiéndose rápidamente a la casa.
- ¡Cuánto se divertieron todos!
- Esto parece casi una fiesta- declaró Lidia.
- Sólo que es más lindo que la mayoría de las fiestas – opinó Rosa.

Por fin la madre de Mabel dijo:

- Ahora vayan todos a jugar.
- Ven Mabel – dijo Rosa, y ella con otras tres niñas llevaron a Mabel consigo.

Más adelante, esa misma tarde, Mabel dijo a su mamá:

- Tenías razón en lo que decías que uno necesita más de una amiga. Es realmente más lindo tener todo un grupo de amistades.

39. - “CASTIGADO POR LA NATURALEZA”

Las clases habían terminado hasta el otro día, y cuando las puertas se abrieron, los felices niños del segundo grado salieron corriendo al terreno de juegos. No era un día de frío en que los niños se abrochaba los abrigos para protegerse contra la nieve y el viento. ¡No, de veras! Era un día benigno en que un niño de siete años podía con facilidad olvidarse que había traído un abrigo a la escuela por la mañana. Pero Eugenio se había acordado de su abrigo como para echársela al hombro y con su cestita verde destinada a contener su almuerzo, corrió con su amigo Guillermo hasta el portón.

La mamá había notado que últimamente Eugenio dedicaba al regreso de la escuela a la casa dos veces más tiempo y hasta tres veces más de lo que era necesario, de modo que esa mañana la había dicho:

- Acuérdate de volver directamente de la escuela a casa.

Y cuando Eugenio prometía algo a su madre, lo hacía como quien lo va a cumplir.

Pero ese día en particular resultaba tan especial que apenas Eugenio y Guillermo hubieron caminado una cuadra después de salir de la escuela, empezaron a conversar de cuánto se iban a divertir durante el verano cuando hubieran terminado las clases. Luego Guillermo, que nunca se apresuraba para ir a la escuela ni para volver de ella, sugirió que tomasen un camino de atajo a través de un campo baldío para echar una mirada al arroyo. Esto no les iba a tomar mucho tiempo, y como quedaba en la dirección de su casa, Eugenio aceptó. Posiblemente su madre no se fijaría en unos pocos minutos de atraso. Así que los muchachos corrieron hacia el arroyo.

Una sorpresa tras otra fué impidiendo a los muchachos que fueran adonde debían ir. Guillermo estaba mirando hacia la parte superior de un árbol alto y bien recto, con la intención de treparse a él, cuando Eugenio sugirió que tal vez convendría regresar a casa.

Cuando la mamá de Eugenio recibió a su hijo en la puerta, éste se estaba secando el sudor de la frente y quejándose del calor.

- ¿Dónde estuviste tanto tiempo después que terminaron las clases? – preguntó la mamá.

- ¡Oh! Correteando por ahí – dijo Eugenio y cambió enseguida el tema.

Esta no era una respuesta satisfactoria, pero la mamá no dijo más. Eugenio no había cumplido su palabra y ella se propuso sostener una conversación con él después de la cena, para demostrarle que esperaba ser obedecida. Pero después de la cena llegaron algunas visitas inesperadas, y Eugenio y su hermano menor tuvieron que acostarse apresuradamente tan pronto como se les hubo leído la lección de la escuela sabática.

El día siguiente resultó tan delicioso como el anterior. Eugenio y Guillermo regresaron de la escuela a su casa en un tiempo “record”, porque venían pateando una lata, y ésta no hacía desvíos.

Cuando Eugenio entró apresuradamente en la cocina, la mamá notó que una franja colorada le cruzaba la nariz y llegaba hasta cerca del ojo.

- ¿Recibiste un golpe en el ojo? – le preguntó.

Eugenio le dijo que no.

- Realmente parecería que algo te golpeó muy cerca del ojo. Tengo miedo que por la mañana esta parte de la cara amanezca amoratada.

Por la mañana siguiente, el enrojecimiento era más pronunciado, pero no se le prestó mucha atención. Sin embargo, después de las clases, la mamá notó que el niño tenía una erupción en el cuello, igual que en la nariz y el párpado.

- Caballerito, ¿dónde estuvo usted para contagiarse con zumaque venenoso en esta época del año? – fué la pregunta que le hizo la madre.

- Yo no sé. En ningún lugar que yo recuerde – fué la respuesta que dió el muchacho, sin reflexión.

Algunas otras preguntas le hicieron relatar lo que había sucedido durante la caminata que había hecho hasta el arroyo con su amigo Guillermo, y se llegó a la conclusión de que lo más probable era que había tocado algún ejemplar de esa planta venenosa en algún lugar mientras andaba por allí.

Estoy seguro de que nadie podría desear mayor castigo a Eugenio. Es difícil describir el aspecto que presentó durante los días siguientes, ni explicar cuánta molestia sufrió por la noche, mientras trataba de dormir. Un ojo se le hinchó de tal manera, que se le cerró, y sentía, tanto a la entrada como en el inferior de las fosas nasales una picazón insoportable.

Pero Eugenio había tenido mucho deseo de ver las películas cinematográficas que iban a mostrar en su escuela el sábado de noche, pues en ellas iba a poder ver a su perro ovejero favorito. Pero la mamá le explicó que, aun cuando la gente no huyese al ver su cara, mirar las películas impondría demasiado recaro al único ojo que tenía sano. Por supuesto su mamá lamentaba mucho que Eugenio tuviese que pagar un precio tan elevado por su desobediencia.

Pero sobre todo expresó la esperanza de que su dolencia bastaría para ayudarle a recordar que siempre conviene obedecer. Y no cabe duda de que cuando sanó resolvió que al andar entre matorrales o bosques se fijaría siempre en las clases de plantas que tocaba, pues las erupciones que causaba el zumaque venenoso son demasiado dolorosas para que uno las olvide con facilidad.

40. - “LO QUE MERECE SER HECHO”

La mamá de Alicia tomó uno de los platos y los puso de lado. Corrieron por él algunas gotas de agua que cayeron sobre la mesa.

- ¿Secaste estos platos Alicia? – preguntó.

- ¡Oh, mamá!– exclamó Alicia descontenta. - ¿ por qué siempre encuentras al todo lo que hago?.

- Lo que merece ser hecho, merece ser bien hecho – contestó su madre, con voz serena.

- A mí no me gusta secar los platos – contestó la niña de mal humor.

- ¡Oh! – suspiró la mamá, - ¡cuánto me gustaría que hubiese alguna manera de hacerte comprender lo importante que es hacer las cosas correctamente! Alguna vez algo muy importante va a depender de cuán bien hagas tu tarea, entonces...

- ¡Oh, no te aflijas! – interrumpió Alicia. – Todo saldrá bien mamá. ¿ Me permites usar la máquina de coser ahora?.

La madre pensó: “Si tan sólo Alicia fuera tan concienzuda acerca de todas las otras cosas como acerca de su costura.”

Alicia amaba coser. Hacía puntadas muy nítidas y parejas, y le gustaba especialmente hacer ojales. Los ojales que hacía estaban bien hechos y fuertes.

- Cuando yo sea grande, voy a ser costurera – decía la niña con orgullo.

Algunos días más tarde, Alicia estaba sentada en la escuela trabajando en sus ejercicios de matemática, cuando de repente empezó a tocar la campanilla grande de la pared. Se oyeron tres toques cortos, un silencio, y otros tres toques cortos.

¡Esto significa un incendio! Con presteza y serenidad, la maestra empezó a hacer desfilar la clase en una hilera hacia la ventana donde estaba la salida para los casos de incendio.

- ¡Probablemente no es más que otro ejercicio! – pensó Alicia. - ¡Ojalá se dejaran de tener tantos ejercicios para los casos de incendio! No me gustan nada.

Pero de repente su atención fué despertada por el ruido de una sirena aguda. ¡Eran los bomberos que llegaban! El corazón de Alicia empezó a latir rápido. ¡Era realmente un incendio! Los niños iban saliendo al terreno de juegos.

Algunas niñas menores empezaron a llorar, pero no Alicia. Ella pensaba:

- ¿De qué serviría llorar? Hemos tenido tantos ejercicios para los casos de incendio que ya deben estar todos afuera del edificio.

Miró hacia arriba y se sorprendió al ver que ya había una silla ardiendo en la plataforma del segundo piso. Parece que en esos momentos de agitación, alguien había puesto esta silla que ardía sobre la plataforma de la vía de escape.

De repente se oyó un grito, y al alzar los ojos Alicia vió, en la parte superior de las escaleras de escape, a su propia hermanita Julia. ¿Cómo había quedado la niña rezagada detrás de su clase? Tal vez había salido al corredor para beber agua, pues Julia siempre quería ir a tomar agua. Tal vez había otro motivo, pero todo lo que Alicia podía pensar en ese momento era que su hermanita estaba sola en la parte de arriba de la escalera de escape, y en la plataforma que debía cruzar, había una silla que ardía. ¿Qué iba a hacer? ¿Cómo podría pasar?

- ¡Espera! – gritaban los bomberos a Julia. - ¡Quédate quieta, niñita! Te vamos a buscar.

Pero Julia estaba demasiado asustada para quedarse quieta o para escuchar lo que le decían. Se quedó un momento mirando a la muchedumbre que veía abajo, y luego empezó a treparse por la baranda de hierro en cuya parte superior había largas púas.

- ¡No! ¡No hagas eso! – gritaron todos a la vez. - ¡No hagas eso, Julia, espera!.

Pero Julia siguió trepando por la baranda. Le resultaba difícil por causa de las largas púas de hierro que estaban a corta distancia una de la otra. Aunque se levantaron enseguida escaleras que llegaban hasta cerca de donde estaba la niña, y por ellas subían los bomberos, Julia actuaba con demasiada presteza. Para que ellos la alcanzaran antes que hubiese terminado de trepar. Pasó por encima de las púas y de repente resbaló.

Alicia cerró los ojos, y se apoderó de ella un miedo espantoso, que ni siquiera le dejaba gritar. Cerró los ojos y elevó una corta oración a Dios: “¡Oh Señor, salva a Julia!”.

De repente la muchedumbre dejó oír un clamor, y Alicia abrió los ojos. Vió a un bombero en la parte superior de la escalera, y allí estaba Julia también. Colgaba de la baranda, pues su vestido se había enganchado en una de las púas y el bombero la estaba sacando de su posición peligrosa.

Cuando el bombero legó cerca del suelo, media docena de manos se extendieron para ayudarle. Julia estaba llorando, pero estaba sana y salva. El bombero decía:

- Fueron buenos ojales los que hizo alguien en el vestido de esa niña. Uno de los ojales quedó enganchado en una púa, y era lo que la sostenía. Si no hubiese sido fuerte...

“¡Un ojal fuerte!” Alicia había hecho los ojales del vestido de Julia, y los había hecho bien, fuertes y sólidos, porque le agradaba hacer toda clase de costura.

Pero, ¿qué habría pasado si no le hubiese agradado coser? Y supongamos que el hacer ojales hubiese sido una de las cosas que le desagradaban a Alicia. La niña se estremeció al pensar en esto. De haber hecho los ojales descuidadamente, Julia no estaría con vida ahora.

Esa noche Alicia secó los platos para la mamá. Los secó con mucho cuidado y reflexivamente. Recordaba todas las otras cosas que había hecho con negligencia, sin que le importase que salieran bien o no. Había resuelto que nunca volvería a ser negligente. Había aprendido que algunas veces una vida depende si alguna persona ha sido cuidadosa o no.

41. - “LA ABNEGACIÓN DE UN NIÑO MÚSICO”

Wolfgang Mozart y su hermana Mariana estaban de viaje para Viena. Les acompañaba su padre, pues el niño, que tenía solamente diez años, debía dar conciertos en la gran ciudad.

El papá Mozart era músico él mismo, pero recibía poca paga por su trabajo de director de orquesta, y esperaba que los conciertos del niño prodigio le darían lo suficiente para ayudarlo a vivir.

El viaje de Salzburgo a Viena se hizo, en gran parte, por barco. Los niños hallaron mucho placer en ello, y se pasaban las horas apoyados sobre la baranda, mirando el paisaje o el río de aguas espumosas.

- ¿Por qué tienes aire tan triste? – dijo Wolfgang a su hermana. - ¿no te alegras de llegar a Viena? Dicen que es una ciudad maravillosa...

- Mira mi vestido – dijo la niña, - Dime si con esto podré presentarme ante las hermosas señoras que vendrán a escucharte.

El muchacho miró a su hermana. Y en verdad, su vestido había visto mejores días. Era demasiado corto, desteñido y remendado en diversos lugares.

- Es necesario que papá te compre otro – dijo con tono decidido el jovencito.

- No, ¿cómo le pediría esto a nuestro pobre padre? Tiene ya bastantes preocupaciones sin esto. Apenas si tuvo dinero para pagar nuestro viaje hasta Viena, los gastos de aduana para tu arpa y otros gastos. Cuando hayas dado tus conciertos, las cosas irán mejor; pero hasta entonces debo conformarme con mi vestido viejo.

Wolfgang no contestó pues pensaba en cómo podría realizar el deseo de su hermana. No pensó un momento en que su traje estaba bastante gastado también y que, para presentarse en público, le habría convenido tener uno nuevo.

De repente cruzó una idea luminosa por su mente y se sonrió solo. Si realizaba su proyecto, Mariana tendría su vestido nuevo.

Ya se iban acercando a la ciudad. Wolfgang, cuyos ojos brillaban y cuyo rostro expresaba animación, estrechaba contra sí su querida arpa.

- ¿Te alegras de ver Viena? – dijo el padre. - ¡Ya verás cuántas cosas lindas hay!

- Sí – dijo el niño – pero también tengo un poco de temor. ¿Crees que la gente será amable con nosotros?

- Así lo espero – dijo el padre. – Pero ya llegamos...

- Papá, quítale la funda a mi hermosa arpa, por favor.

- ¿Tan orgulloso te sientes de ella? – dijo el Sr. Mozart sonriendo y cumpliendo el deseo del niño.

- ¿Que tiene para declarar? – dijo el aduanero cuando se acercaron los tres viajeros.

- Esta arpa – dijo el padre.

- Es muy hermosa y de gran valor – dijo el hombre; y después de haber consultado la tarifa, mencionó una cifra tan elevada que los recursos de los viajeros bastaban apenas para sufragar este gasto.

Mariana y su padre se miraron consternados, pero Wolfgang no pareció preocuparse. Se instaló en un rincón, atrajo el instrumento hacia sí y tocó.

El aduanero miró al niño, estupefacto al ver que este hombrecito sacaba sonidos tan maravillosos del hermoso y pesado instrumento. Los deditos del pequeño artistas recorrían las cuerdas y las pellizcaban con dexteridad.

En algunos segundos, todos los concurrentes quedaron hechizados. Los viajeros se habían agrupado alrededor del niño y se dejaban conmover por los acentos a veces alegres y a veces nostálgicos.

- ¡Sigue! – dijo el aduanero, cuando Wolfgang parecía a punto de detenerse, y el niño comenzó de nuevo con más entusiasmo que antes, hasta el momento en que el padre le interrumpió para decirle:

- Ya se hace tarde; tenemos que marchar. He aquí su dinero, señor.

El aduanero sacudió la cabeza.

- No lo quiero – dijo. – Un niño que toca como él no paga derechos de aduana por su arpa. Nosotros, los que hemos gozado de su concierto, somos los que pagaremos. Guarde su dinero, señor y cómprele alguna cosa..

Al oír esto, Wolfgang exclamó:

- Papá, podrás comprar un vestido para Mariana ahora. ¡Qué felicidad!

- ¡Este niño es extraordinario! – dijo el aduanero, - y es tan generoso como extraordinario.

Así fue como Mariana obtuvo un vestido nuevo para acompañar a su hermano en los conciertos que dió en Viena, conciertos que tuvieron gran éxito.

42. - “CÓMO SALVARON UNA VIDA”

Los padres de Mario eran misioneros en la India. Vivían en la ciudad de Bangalora. Había en esa ciudad muchas personas que no habían oído nunca hablar de Jesús ni de su amor. La mayoría de ellas eran hindúes, adoradores de ídolos.

Cierta tarde, Mario, que tenía entonces nueve años, se hallaba con su madre y una maestra misionera en un barrio de la ciudad muy alejado de la misión donde vivían. Habían alquilado un cochecito típico de la India para regresar a casa. Esa clase de coches se llamaba “*gharry*”. Tiene dos asientos, uno frente al otro, y otro asiento alto, adelante, donde se sienta el cochero ara manejar el caballero.

Esa tarde, mientras el caballo iba trotando por el duro camino, dejando oír el ruido característico de sus cascos, Mario notó de repente a un grupo de hindúes reunidos al pie de la colina sobre la cual estaban construidos los edificios de la misión. Dicho grupo estaba cerca de un estanque de aguas destinadas al abastecimiento de la ciudad.

- ¡Miren toda esa gente! – exclamó Mario.

- ¿Qué habrá sucedido? – dijo la madre.

- Yo iré a ver de qué se trata – dijo la maestra. – Cochero, deténgase, por favor, al lado del camino, bajo ese árbol. Hace demasiado calor para quedarse al sol.

- ¿Puedo ir yo también con ustedes? – preguntó Mario a la maestra.

El cochero detuvo al *gharry* debajo del árbol, y sus tres pasajeros se bajaron para dirigirse hacia el grupo de gente.

- ¿Que ha sucedido? – preguntó la maestra aun hombre que estaba allí. - ¿Se ha hecho daño alguno?

Notaron enseguida a u niño que yacía inmóvil en el suelo. Tenia los ojos cerrados, y parecía muerto. La madre de Mario y la maestra se inclinaron sobre él y le tomaron el pulso.

- Cayó en el estanque – dijo alguien hablando en idioma tamil.

La maestra entendía este idioma, y preguntó:

- ¿Dónde está su madre? ¿Está aquí?

- No; esta trabajando – explicó una mujer. – Trabaja para una familia inglesa que vive en una casa grande al lado de la plaza del mercado. Ella no sabe que sus hijos estaban aquí. Los dejó en casa, vinieron a jugar.

- La madre no vendrá a casa hasta la noche – añadió otra mujer.

- ¿Y qué dirá cuando venga? – dijo con tristeza una mujer de más edad, sacudiendo la cabeza. – Porque éste es su único hijo varón. Sólo le queda, además, una niña.

- Ella vendrá ahora si alguien va a comunicarle que falleció su hijo – dijo una niña.

-Aquí está la hermana del muchacho – dijo un hombre, señalando a una niña de unos cinco años, que miraba muy asustada.

- Yo voy a avisar a la madre – dijo la joven que había hablado antes, y se dirigió hacia el camino.

- ¡Espere un minuto! – le dijo la maestra. – No vaya todavía. Creo que puedo salvar al muchacho; por lo menos voy a probar.

La mamá de Mario ayudó a la maestra a dar vuelta al niño, de manera que tuviese la cara hacia abajo, y juntas le alzaron un poco para que saliese el agua que tenía en la boca y la nariz. Luego la maestra se arrodilló en horcajadas sobre el niño y empezó a comprimirle el pecho y aliviar la presión con movimientos regulares. Esto es lo que se

llama administrar respiración artificial, y tiene por fin hacer recobrar el conocimiento a una persona que se ha ahogado o asfixiado.

Sólo se necesitaron algunos minutos de esto para hacer funcionar de nuevo los pulmones del muchacho, que al rato estaba respirando como de costumbre.

Abrió los ojos y miró alrededor de él con aire extrañado, luego los volvió a cerrar. Parecía muy cansado.

Mientras la maestra estaba trabajando con el niño, un hindú dijo a la persona que estaba cerca de él:

- Yo sé quienes son estas personas. Son las misioneras que viven en la casa que está allí arriba – y señalaba hacia la cumbre de la colina; luego miró con sorpresa al ver que el niño respiraba otra vez.

- ¡Ah! ¡Los misioneros han hecho revivir al niño! – dijeron los hindúes uno al otro.

- Ahora su mamá no se afligirá, sino que va a estar muy contenta.

La maestra se volvió hacia la niña que había ofrecido llamar a la madre del muchacho y le preguntó:

- ¿Vive cerca de tu casa?

La niña sacudió la cabeza para decir que sí, y contestó:

- Vivo en la casa del lado de la suya. Es al otro lado del camino, allí – y señalaba a una casita pequeña.

La mamá de Mario y la maestra ayudaron a llevar al niño a la casita, donde lo acomodaron para que pudiese descansar hasta la noche; luego regresaron al coche.

Mientras el caballo iba caminando cuesta arriba y las rudas del *gharry* giraban lentamente sobre el camino, Mario preguntó:

- ¿Habría muerto ese muchacho si nosotros no hubiésemos llegado a tiempo?

- Sí, habría muerto a los pocos minutos – contestó la maestra. - ¿Notaste que nadie hacía nada en su favor? ¡Qué imponentes estaban todos!

- No sabían qué hacer – explicó la mamá de Mario. – Para esto vinimos a vivir entre los hindúes, para enseñarles y para salvar vidas. Después de lo que ha sucedido, esa gente estará más dispuesta a escuchar cuando les hablemos de Jesús y del cielo.

- ¡Cuánto me alegro de que pudimos hacer algo en su favor! – dijo Mario reflexivamente. – Me alegro de que hayamos venido a la India. Cuando sea grande, yo también quiero ser misionero y ayudar a la gente.

43. - “SALVADAS DE UN INCENDIO”

Vengan, niñas, es hora de lavar los platos – dijo la mamá.

Alma puso cuidadosamente su muñeca en el cochecito, y Daniela cerró su libro. Ambas niñas se apresuraron hacia la cocina.

La tía Elsa, que estaba de visita, dijo:

- Nunca he visto unas niñas tan dispuestas a lavar la loza.
- No nos agradaba ayudar hasta que mamá inició nuestro nuevo plan – explicó Alma.
- ¿En qué consiste vuestro nuevo plan? – preguntó la tía.
- Solíamos protestar tanto que ello se volvía desagradable – dijo Daniela, mientras alzaba el repasador y empezaba a secar uno de los vasos. – Un día Alma dijo: “Mamá, ¿por qué no nos cuentas una historia cada noche mientras te ayudamos? Entonces el tiempo pasará rápidamente, y no nos importará lavar los platos”

“Mamá dijo que era una buena idea. Nos dijo que podríamos turnarnos en la elección de la clase de historia que nos gustaría oír. Por ese motivo, nos agrada ayudarle ahora.”

- Me toca a mí – contestó Alma. – Me gustaría oír otra historia acerca de cuando eras niña.
- Recuerdo una muy interesante – dijo la madre. – Cuando mis dos hermanas y yo éramos niñas, nuestros padres se establecieron en un rancho de un país llamado Texas. No había vecinos cerca, ni otros niños con quienes jugar. Pero, ¡cuánto nos divertíamos! Había animales interesantes que vivían en cuevas, de vez en cuando veíamos venados y hasta potros salvajes. Teníamos un perro, varios gatos y una ardilla llamada Friquita.

Cada una de nosotras tenía su propio jardincito, y papá nos edificó una casita para jugar, donde pasábamos muchas horas felices.

Un día nuestros padres se habían ido al pueblo a comprar comestibles, y nos habían dejado solas. Yo me sentía muy importante, pues era la mayor de las tres niñas. Nos hallábamos en nuestra casita de juegos cuando notamos olor a humo. Miramos para ver si había algo que se quemaba alrededor de la casa, pero no notamos nada que ardiera.

“Dije a mis hermanas: “Subamos al segundo piso y miremos por la ventana”. ¡Qué espectáculo vimos! Parecía que toda la región estuviese incendiada. Venía hacia nuestra casa una quemazón que abarcaba muchas hectáreas de tierra. No sabíamos qué hacer. Mi hermanita menor, Nelly, empezó a llorar.”

“Unas semanas antes habíamos aprendido el versículo: “Porque yo Jehová soy tu Dios, que te ase de tu mano derecha y te dice: No temas, yo te ayudaré.” Recordé entonces ese versículo.”

“Así que dije: “Arrodillémonos aquí al lado de la ventana y pidamos al Señor que nos cuide y no permita que el fuego se acerque a nuestra casa.”

“Nos arrodillamos y pedimos a Dios que nos protegiese a nosotros y a la casa. Cuando nos levantamos, mi hermana Rut repitió el versículo: “Porque yo Jehová soy tu Dios, que te ase de tu mano derecha y te dice: No temas, yo te ayudaré.”

“Dios oyó nuestras oraciones y las contestó. El viento cambió de dirección, y el fuego también: de manera que quedamos a salvo.”

“Cuando nuestros padres regresaron a casa, tuvimos mucho que contarles. Qué agradecidos estaban a Dios por que nos había cuidado. Y por nuestra parte nos alegramos de que ellos nos habían enseñado a pedir a Dios que nos ayudase en tiempo de necesidad.

Aquel versículo es todavía uno de mis pasajes favoritos en la Biblia, y siempre he recordado que Dios nos oye cuando oramos a él.”

- ¿Dónde puedo encontrar ese versículo en mi Biblia, mamá? – preguntó Daniela. – Quiero aprenderlo también.

- Yo lo aprenderé también – dijo Alma.

Para aquel entonces los platos ya se habían lavado, secado y guardado en los estantes. Tía Elsa dijo:

- Vuestro plan es admirable. Ahora entiendo por qué a las niñas les agrada lavar la loza.

44. - “SANTIAGO SALTA LA VALLA”

¡Saltó una valla de cuatro pies! – era una de las expresiones favoritas de mi abuelito.

Cuando yo era niño, siempre me reía cuando se la oía decir. Para mí era una broma interesante.

Siendo ya mayor, tenía muchas ganas de ser un buen saltarín. Pero era más bien gordo y mis piernas eran cortas. Era el que menos podía saltar de entre toda mi clase.

Empecé a notar que abuelito usaba esa frase cuando alguno hacía algo verdaderamente difícil. Cuando mi hermano Ricardo se graduó de la escuela secundaria a la cabeza de su clase, abuelito dijo:

- Bien, Ricardo, saltaste una valla de cuatro pies. Estoy orgulloso de ti.

Pero cuando mi hermana Luisa empezó a estudiar el piano, le resultó difícil aprender sus notas, y casi se desalentó. Por es mamá le dijo:

- Hay tal vez otras cosas que te resultarían más fáciles, Luisa. Si quieres suspender las lecciones, puedes hacerlo.

- No – dijo Luisa, - ya que comencé voy a perseverar.

Y cumplía fielmente con sus ensayos cada día. Ahora tiene fama de tocar muy bien. Un día abuelito dijo:

- Luisa ciertamente saltó una valla de cuatro pies.

Principié entonces a comprender lo que quería decir, y sentí el deseo de que algún día pudiera decirlo acerca de mí..

En la escuela, por mucho que me esforzara, mis notas no eran altas. Pero Ricardo era buen alumno; y yo no podía ver por qué no podría serlo yo también. Iba bastante bien en matemáticas, pero era flojo en ortografía. Muchas veces pensaba: “Estoy seguro de que no podría nunca salir el primero de la clase.”

Uno de los miembros de nuestra junta escolar quería mucho a los niños, y procuraba ayudarles. Cada año ofrecía a algún alumno que se hubiese destacado, y yo deseaba mucho poder ganar ese premio.

Un día la maestra dijo:

- Niños, el Sr. Grant ha ofrecido una recompensa al que gane un certamen de deletreo, que se celebrará dentro de un mes.

Cuando conté esto en casa, mamá dijo:

- ¿Por qué no tomas parte para ver si ganas el premio, Santiago?

- ¿Cómo podría ganarlo, mamá? – dije – ya sabes que hay muchas palabras que no sé deletrear.

- ¿Hasta cuántos pies de altura puedes saltar hijo? – preguntó abuelito.

Este me hizo pensar. Resolví estudiar ortografía. Ricardo se dió cuanta del esfuerzo que hacía y me dijo:

- Voy a ayudarte Santiago.

Eso era muy amable de su parte, por que tenía muchas tareas escolares que cumplir y, además, trabajaba parte de su tiempo en un negocio, para ayudar con los gastos de casa. Pero cada momento libre de que disponía, me hacía deletrear palabras. Al principio me resultaba difícil recordar las palabras nuevas, pues siempre había pensado:

- No sé deletrear, de manera que es inútil probarlo.

Ahora no me detenía a jugar después de las clases, sino que iba directamente a casa; entregaba los diarios a mis clientes y hacía los mandados que mi madre me pedía, y luego estudiaba ortografía hasta la hora de acostarme.

Cuando recordaba cómo Ricardo se había distinguido, y Luisa había aprendido a tocar el piano, a pesar de que le resultaba tan difícil, se fortalecía mi decisión de ganar el certamen.

Un día, durante la escuela sabática aprendimos este versículo: “Todo lo puedo en Cristo que me fortalece,” y pensé: “Esto se aplica a mí también.” De manera que repetí este versículo cada día.

Por fin llegó la noche en que se iba a celebrar el certamen de deletreo. El gimnasio estaba decorado con los colores de nuestra escuela; tocaba la banda, y parecía que habían venido todos los habitantes del pueblo.

Me dominaba la agitación cuando ocupé mi lugar en la plataforma con los demás. Repetí mentalmente el versículo de la Biblia que había aprendido, y confié realmente en que se cumpliría.

Gané el certamen. El premio del Sr. Grant era un billete nuevo de cinco pesos. Cuando llegamos a casa, se lo di a mamá, porque le resultaba difícil obtener bastante dinero con que pagar las cuentas. Ella dijo:

- Estoy orgullosa de ti, hijo mío.
- ¡Te felicito hermanito! – dijo Ricardo.

El abuelito me miró con una expresión de picardía en sus bondadosos ojos azules y dijo:

- ¡Muy bien Santiago! Saltaste una valla de cuatro pies.

Esto fue lo que más me llenó de felicidad, porque había esperado mucho tiempo oír estas palabras. Contesté:

- Abuelito, he aprendido que se necesita trabajar y tener fe para saltar una valla de cuatro pies, pero bien merece el esfuerzo.

45. - “UN POCO DE BUENA VOLUNTAD”

¡Que lindo que la señorita Gray nos deja usar los pizarrones! – dijo Patricia a Lucía durante el recreo.

- Sí, pero no me gusta quedar adentro para limpiarlos cuando los días son lindos – contestó Lucía a su amiga.

- Me gusta mucho jugar afuera – contestó Patricia. - ¿Vamos a saltar a la cuerda después de clases?

Hacia la mitad de la tarde, las nubes se desvanecieron y empezó a brillar un hermoso sol.

- ¿Quién quiere ayudar a limpiar los pizarrones? – preguntó la maestra, cuando despedía a sus alumnos.

No se levantó una sola mano. Generalmente los niños se manifestaban gustosos de ayudar; pero hoy, sin duda por que la tarde era tan agradable, todos tenían otros planes. De modo que la Srta. Gray tuvo que limpiar ella misma los pizarrones

- ¿Me deja pasar al pizarrón, señorita? – preguntó Patricia a la mañana siguiente.

- No, no vamos a usar los pizarrones hasta mañana – contestó la maestra.

- ¿Podemos usarlos esta tarde? – preguntó Lucía.

- No, Lucía – respondió pacientemente la Srta. Gray. – No nos gusta limpiarlos; así que no los vamos a usar.

A la mañana siguiente, después que se hubo pasado la lista, los niños pidieron una historia. A la maestra le agradaba tanto contar las historias como a los niños escucharlas. Todo los alumnos guardaron silencio para que la maestra pudiese empezar.

“Le voy a contar la historia de dos hermanas llamadas Isabel y Perla. Isabel era de disposición alegre y feliz. Siempre llevaba una sonrisa en la cara y le agradaba hacer felices a otras personas. Siempre manifestaba un espíritu servicial en su casa.”

“- Mamá, ¿quieres que coloque los cubiertos en la mesa? – preguntaba a menudo, o tal, vez buscaba un trapo y se ponía a sacudir el polvo para hacer una sorpresa a su mamá.”

“- Isabel, ¿quieres lavar los platos? – le preguntaba a veces su mamá.”

“- Sí mamá – contestaba Isabel. – Les voy a lavar la cara.”

“Pero Perla era diferente; era egoísta. Siempre quería disponer de su tiempo. Muy rara vez estaba dispuesta a ayudar a otros.”

“- Perla, ¿quieres barrer el piso? – le preguntaba a veces su madre.”

“- ¿Por qué no lo puede hacer Isabel? – contestaba la niña. – Yo quiero ir a saltar la cuerda.”

“- Perla, por favor pon los cubiertos en la mesa – decía quizá la mamá.”

“- ¡Oh! No me gusta hacerlo – era la respuesta.”

“Un día sucedió que la madre enfermó. Isabel hacía todo lo que podía para ayudar, pero Perla estaba generalmente demasiado atareada con sus propios planes.”

“- ¿Quieres ir a la farmacia a buscar un remedio para mamá? – le preguntó una vez Isabel.”

“- No voy a tener tiempo; prometí a Anita que me encontraría con ella en la puerta de su casa – fué la respuesta que dió Perla.”

“Transcurrieron los años. Las manos de Isabel no eran tan lindas como las de Perla, porque le tocaba los trabajos duros. No podía tener ropas muy lindas porque había poco dinero después de comprar las medicinas y obtener los tratamientos que la madre

necesitaba. Pero todo esto no le importaba a Perla. Ella pensaba solamente en vestirse bien para ir a una parte u otra.”

“Un día, la madre de las niñas falleció, y las dos quedaron solas. Como de costumbre, Isabel siguió siendo abnegada, y dejaba para Perla lo mejor de todo. Pero ocurría algo raro. La bondad de Isabel se reflejaba en su rostro. Parecía tan buena que todos la consideraban hermosa. Pero el egoísmo de Perla se le notaba en su cara. La gente la consideraba fea aun cuando llevaba lindos vestidos.”

“Cierta día, una señora muy rica conoció a las dos hermanas. Enseguida simpatizó con Isabel, porque era bondadosa y considerada.”

“- Isabel, ¿te gustaría viaje conmigo a Europa? – le preguntó después de haberla conocido un tiempo.”

“Isabel quedó abrumada de gozo pero Perla se enojó.”

“- ¿Por que te lo preguntó a ti? – exclamó llena de celos. – Yo tengo lindas manos, y visto mucho mejor que tu.”

“La señora no se había fijado en las manos de las niñas. Tampoco había notado las ropas que llevaban. Todo lo que había visto era la expresión dura y egoísta que se notaba en la cara de Perla. Y así fue como Isabel hizo un hermoso viaje a Europa con la señora rica.”

Nadie hizo una sola pregunta después que concluyó el relato. Los niños siguieron haciendo sus tareas como de costumbre.

- ¿Podemos usar los pizarrones hoy? – preguntó Lucía.

- Sí – contestó amablemente la Srta. Gray. – Todos pueden pasar a los pizarrones.

En el momento de despedir a sus alumnos esa tarde, la Srta. Gray preguntó cómo de costumbre:

- ¿Quién quiere quedar a ayudar a limpiar los pizarrones?

Todas las manos se levantaron, y la de Lucía fué la primera. Entre todos los niños decidieron turnarse para limpiar los pizarrones hasta el fin del año escolar.

46. - “EL CUMPLEAÑOS DE MÁXIMA”

Era el 8 de noviembre, cumpleaños de Máxima. Cumplía 10 años, y su madre le había prometido hacer una fiesta en su honor. Cuando la niña se despertó por la mañana, le dolía la cabeza y parecía que había contraído un resfrío. La mamá decidió que era mejor que se quedase en casa en vez de ir a la escuela.

Hacia las doce, empezó a quejarse de dolor de garganta, y la madre le tomó la temperatura. Estaba en 101° F., o sea, un poco más de 39° C., así que la señora llamó al médico. Este vino enseguida, y después de haber examinado a la enfermita, ordenó que se acostase.

- Pero mamá – dijo Máxima, - no estoy tan enferma como para quedarme en cama.

- El médico cree que sí, querida – dijo la señora, - y debes ir a la cama.

¡Pobre Máxima! Pronto iba a llegar la hora de la fiesta, y ella tenía que estar en cama, enferma.

¡Qué cumpleaños! Máxima procuraba que su madre no viese las lágrimas que no podía retener.

Vino un hombre a colocar un letrero rojo en el portón. Decía: “Hay un caso de escarlatina en esta casa. No entre.” De manera que nadie se atrevía a entrar en la casa, y la mamá no podía salir, ni siquiera para ir al almacén o tienda de comestibles.

Pero esto no era lo peor. El padre de Máxima era repartidor de una gran panadería de la ciudad, y tenía que utilizar un gran camión rojo para su trabajo. Debía levantarse a las cuatro de la mañana e irse a la panadería. Allí cargaba el camión con pan, bollos, biscochos, tortas, masas y pasteles.

Luego se iba lejos al campo y repartía la mercadería a centenares de personas, de manera que no regresaba a casa hasta muy tarde de noche.

La mañana del 8 de noviembre había salido como de costumbre mucho antes que Máxima se despertara, y no sabía que su hijita estaba enferma en cama.

Regresó muy cansado por la noche. Había sido un día frío y húmedo, y estaba muy deseoso de entrar en su casa, cenar e irse a la cama.

Ya era oscuro cuando llegó, de manera que no vio el letrero rojo a la entrada del callejón que daba a su patio. Cuando la mamá oyó que el camión se detenía, fué al vestíbulo y le dijo que Máxima estaba con escarlatina; y la casa había sido declarada en cuarentena, de manera que él no podía entrar en ella.

¡Pobre papito! ¡No podía entrar en su casa abrigada, ni acostarse en su cómoda cama!

Decidió vivir en el garage hasta que terminase la cuarentena. Había una estufa allí, pero no había cama. Lo primero que hizo fué encender el fuego. En una pieza desocupada del piso superior, había un colchón; la mamá abrió la ventana y lo puso con la ropa de cama sobre el techo del vestíbulo. El papá encontró una escalera que usó para bajar las cosas y se las llevó al galpón. No era una tarea muy agradable eso de armar una cama en el garage, pero el papá solía decir: “Cuando es necesario, se puede aguantar casi cualquier cosa.” Puso el colchón sobre algunos cajones vacíos y se arregló la cama lo mejor posible; pero no cabe duda de que era algo dura.

La mamá le alcanzó la cena y la comió solo en el garage. Este programa duró como veinte días.

Máxima llegó a presentar un aspecto tan rojo como el letrero puesto en el portón, pero al fin fué mejorando y se le permitió sentarse en la cama con sus muñecas. Jugaba a que ellas también tenían la escarlatina, y la cama de la niña era un hospital para ellas. La mamá venía a hacerle compañía y le leía historias de *EL AMIGO DE LOS NIÑOS* que una amiga le había mandado.

Se sentían agradecidas que Máxima no había sido afectada en forma más grave, porque muchos niños sufren complicaciones cuando contraen esa enfermedad. El papá también agradecía a Dios por esto, y cada noche, al regresar a casa iba al vestíbulo para saber cómo seguía la niña y recibir su cena, se sentía agradecido al tener algo caliente que comer, y un garage donde refugiarse. Se acordaba de los pobres que, a causa de la guerra, habían sido desalojados de sus cómodas casas y no tenían comida ni albergue.

Por fin llegó el día cuando se suprimió la cuarentena. El papá estaba haciendo su reparto de pan como de costumbre, pero sabía que el departamento de higiene había mandado hombres para desinfectar la casa. Se iba a sacar el letrero rojo, y podría cenar con su hijita y la mamá y dormir en su propia cama nuevamente.

Fué realmente una cena de acción de gracias. Será difícil que la olvide ninguno de los tres. Nunca les había parecido que había tantas cosas por las cuales estar agradecidos a Dios. El papá dijo que la casa era más agradable que antes y había aprendido a apreciarla más que nunca. La mamá dijo que nunca había estado tan contenta en su vida, y expresó que debía dar gracias a Dio por estar sana, cosa que nunca había pensado antes. La mamá le dijo que debía a las amiguitas de Máxima de que festejarían el cumpleaños en otra oportunidad.

47. - “UNCE TU CARRO A UNA ESTRELLA”

Roberto estaba muy serio. Estaba afuera en el patio, con el carrito que le había regalado su padre. Miraba el manubrio del carro y luego hacia arriba, a las estrellas que brillaban ya en el cielo, pues estaba oscureciendo.

- Quisiera que me explicaras algo – dijo con vivacidad a su mamá, al ver que ella se acercaba. - ¿Qué quiere decir: “Unce tu carro a una estrella?”.

- ¿Dónde oíste eso?

- En la escuela sabática. La maestra de nuestra clase dijo que eran las palabras de un gran hombre.

- ¡Oh, sí!. Es algo que dijo, me parece, el poeta Emerson. “Uncir” quiere decir atar, enganchar, como se uncen los bueyes a un sarro.

- Sí, pero ¿cómo podría yo uncir mi carro a una estrella? El manubrio es muy corto.

- ¡Oh, querido! Es tan sólo una manera poética de hablar. Emerson compara nuestra vida a un carro y nos aconseja que pensemos en forma elevada, que tengamos altos ideales, que seamos buenos. ¿Recuerdas cómo el Señor Jesús comparó a los buenos con las ovejas y a los malos con las cabras?.

- Sí, la maestra lo mencionó.

- Una comparación por el estilo se hace cuando se habla de nuestro carro y una estrella. Podríamos decir que el carro representa nuestras ambiciones, las cosas que queremos hacer aquí en la tierra, y la estrella quiere decir que debemos procurar que sean cosas grandes, nobles y bellas, las cosas en las cuales el Señor Jesús quiere que pensemos. Quiere decir que debemos pensar en cosas buenas y hacer siempre buenas acciones.

- ¿Quieres decir ser amables con otros niños y ayudarlos?.

- Exactamente. No debemos ser egoístas.

Roberto parecía haber comprendido la ilustración y después de guardar su carrito, entró en la casa con su mamá.

Al día siguiente, la señora oyó voces de niños en el patio. Mirando hacia fuera vió que Robertito estaba conversando con un nuevo vecinito que había venido, pocos días antes, con sus padres, a vivir en la casa de en frente.

La Sra. Gómez, o sea, a la mamá de Robertito, no estaba muy segura de que le conviniese dejarlos jugar juntos, pues el vecinito no estaba siempre muy aseado. Pero hasta entonces no había dicho nada de esto a nadie. Se había limitado a mantener a Roberto ocupado bajo su vigilancia.

Y ahora verlos juntos, pensó inmediatamente en llamarlo y pedirle que viniera a ayudarlo a arreglar su cajón de juguetes. Precisamente cuando lo iba a buscar alcanzó a oírle decir:

- ¿Sabes Alberto que atar nuestro carro a una estrella, es decir, y hacer cosas lindas a los demás? Así que yo voy a dejarte jugar con mi carrito. Me gusta más que cualquier otro juguete. Pero puedes usarlo.

La Sra. Gómez se detuvo. Ella había dicho a Roberto que había que ser amable y bueno, y ahora estaba a punto de impedirselo.

- Parecería que yo misma no estuviera unciendo mi carro a una estrella. – se dijo. – Me avergüenzo de mi actitud. Alguien me dijo que el padre de Alberto se lastimó y no puede trabajar, y la madre tiene que mantener toda la familia. ¿Cómo puede estar Alberto bien

aseado si su madre está afuera trabajando y su padre no puede moverse de la cama? ¿Y qué he hecho yo para ayudarles?

Y habiendo pensado esto, abrió la puerta y llamó a los niños.

- ¿Cómo está tu papá Alberto? – preguntó. - ¿Está en casa?

- Sí señora. Está muy enfermo y no puede salir.

- ¿Me acompañas para ir a verle? Tal vez pueda ayudarle en algo.

Alberto condujo a la señora hasta su casa, donde ella preguntó al enfermo si quería que le preparase algo de comida para él y para su hijito.

- ¡Oh! No debe usted molestarle así – dijo el papá de Alberto, pero al fin aceptó agradecido el ofrecimiento de la Sra. Gómez.

Ella volvió, pues a su casa y preparó algo de comida para todos. Llamó a los niños y todos comieron juntos. Después lavó los platos con la ayuda de los muchachitos, y enseguida se dispuso a preparar algo para la cena. Enseguida lavó algunas ropitas de Alberto, y le puso un trajecito limpio.

A la noche llegó la madre de Alberto a su casa y casi inmediatamente vino a la casa de la Sra. Gómez diciéndole:

- Quiero agradecerle por la gran ayuda que usted nos ha prestado hoy. Fué para mí una grata sorpresa encontrar tanto de mi trabajo hecho. A veces regreso tan cansada que me resulta difícil mantener mi hogar y las ropas de Albertito como me gustaría verlas.

- ¡Oh! yo no hice mucho – dijo la Sra. Gómez. – Debiera haber ido a verla a usted antes y haberle preguntado en qué podía ayudarle. Pero a veces no pensamos las cosas a tiempo.

Ahora, si usted quiere, trataré de prestarle algún servicio mientras su esposo está incapacitado. Si quiere dejar al niño conmigo durante el día mientras usted va a su trabajo, con gusto lo cuidaré.

- Si usted cree que no le molestará mucho, se lo agradeceré de todo corazón...

- ¡Oh! no me molestará en nada. Es un niño muy tranquilo, y hace mucho que Roberto necesita un buen compañero de juegos. Y los dos me harán compañía en ausencia de mi esposo.

- ¡Cuánto le agradezco su bondad, Sra. Gómez! Muchísimas gracias por todo.

- No tiene que dármelas a mí, sino a Robertito, quien me hizo acordar de mi deber. ¿Me permite llevar a Alberto a la escuela sabática cuando vayamos esta semana?

- Por supuesto, y con mucho gusto.

- El gusto será nuestro al poder llevarlo – contestó la Sra. Gómez.

Cuando la mamá de Alberto hubo regresado a su casa la Sra. Gómez miró afuera para ver dónde estaban los niños, y los vió que jugaban con el carrito, turnándose para subir en él. Roberto se reía con todas sus ganas, pues estaba de veras muy feliz.

- Unció ciertamente su carro a una estrella – pensó la madre, - y me enseñó a hacer lo mismo. Es como dice la Biblia: “Un niño los conducirá.”

48. - “EL LEÓN ENCADENADO”

Mientras Samuel y su mamá bajaban del ascensor y se dirigían por el corredor hacia la calle, el niño preguntó:

- ¿Cuándo dijo el dentista que debemos volver?

El consultorio del dentista estaba en el cuarto piso, pero Samuel no le había gustado tanto como otras veces el descenso en el ascensor. Estaba muy preocupado acerca de la próxima visita que tendría que hacer al consultorio.

- El Dr. Laínez dijo que podríamos venir el lunes próximo. – contestó la mamá. - ¿Te estás afligiendo acerca de un diente que se te tiene que extraer? Ya sacaste varios tu mismo, ¿no te acuerdas?

- Sí, pero esta muela no está floja siquiera. ¿Por qué no la deja tranquila hasta que se afloje? Sólo me ha dolido algunas veces.

- La cosa es Samuel – dijo la mamá, - que no es un diente de leche. Ya es una muela permanente, y lamento mucho que la hayamos descuidado tanto tiempo. Es realmente culpa mía si no me fijé que tenía una cavidad y que era necesario emplomarla. Ahora el dentista dice que hay que sacarla.

Llegaron a la calle, y Samuel seguía pensando en el lunes siguiente. Volvió a hablar para preguntar:

- ¿No es como si le sacaran a uno un hueso del cuerpo?

- No digas tonterías – dijo la madre. Déjate de imaginarte cosas terribles. Nuestros dientes están como enganchados en el maxilar, y el dentista sabe cómo desengancharlos. A ver si me haces acordar que te cuente una historia esta noche antes de acostarte, una historia acerca de unos leones.

Esa noche, tan pronto como el niño estuvo listo para acostarse, su mamá vino a la pieza para asegurarse de que no se había olvidado de cepillarse los dientes, y él le dijo:

- ¿Me vas a contar ahora la historia de los leones?

- Muy bien – contestó la mamá. – Creo que no te causarán pesadillas. Leí esa historia hace mucho tiempo en un libro muy antiguo llamado *El viaje del Peregrino*. El Peregrino hacía un viaje hacia la santa ciudad, y el libro relata todos los peligros y dificultades que encontró en el camino.

En una parte que siempre he recordado, el Peregrino vió dos leones feroces que rugían al lado del camino por el cual debía pasar. No tenía más remedio que seguir adelante, aunque temblaba de miedo. Rogó a Dios que lo protegiese, y caminó hacia los leones. ¡Qué amenazadores le parecían!

“¿Y qué te parece? Cuando se acercó a los leones, vió que estaban encadenados y no podían acercársele.”

- ¡Qué suerte! – exclamó Samuel. – Me imagino que el Peregrino estaba contento.

La mamá siguió hablando:

- Muchas veces he pensado en esta historia cuando me hallaba preocupada por alguna cosa, o sentía temores. Cuando llegaba frente a lo que temía, las cosas no eran tan graves como me habían parecido. Los leones estaban encadenados.

El lunes siguiente por la tarde, Samuel no estaba muy animado cuando subía con su madre por el ascensor para llegar al cuarto piso donde estaba el consultorio del Dr. Laínez.

Este era muy amigable y mientras Samuel se instalaba en el gran sillón, le dirigió alguna broma acerca de los niños que comen tanto que se les desgastan las muelas.

- Vamos a mirar ese diente que no quieres más – dijo el doctor mientras tanteaba en la boca del muchacho con instrumentos resplandeciente.

Samuel temblaba de miedo, el pensar en lo que el dentista iba a hacer. Era algo que no le agradaba nada. ¡Cuánto deseaba entonces haber cuidado mejor sus dientes, cepillándolos después de cada comida!.

Mientras Samuel estaba así lamentándose y pensando, el Dr. Laínez iba preparando todo lo que necesitaba para sacar la muela. Uno de sus instrumentos resbaló y le causó a Samuel un poco de dolor en la encía, pero el dentista dijo: “¡Ay!” e hizo un visaje antes que Samuel pudiese dejar oír una queja.

Luego el doctor se dirigió a la mamá y empezó a preguntarle a qué escuela asistía el pequeño paciente y qué juegos le gustaban más. Samuel iba a explicarle todo eso cuando el dentista regresó para examinar otra vez la muela. Alzó otro instrumento niquelado, y Samuel deseó que éste no le hiciese doler.

Lo siguiente que sintió Samuel fué un tirón fuerte en la cabeza, y el Dr. Laínez sostenía en alto una cosita blanca.

La mamá sonreía y decía:

- ¡Ya está! No te dolió mucho, ¿no es cierto?

Cuando Samuel hubo terminado de escupir sangre, y pudo hablar dijo:

- Mamá, me parece que el león estaba encadenado.

- ¿Qué es eso de un león encadenado? – preguntó el doctor, y la mamá le contó la historia.

Cuando estaban listos para salir, el dentista dijo:

- Adiós Samuel. Acuérdate de que en este consultorio siempre tenemos encadenados a los leones, así que no tengas miedo de volver.

49. - “LAS MANOS MÁGICAS”

Tomás y Juanita sorprendidos y algo preocupados cuando papá, en vez de su mamá, los llamó para que se levantasen. Era lunes de mañana, y generalmente a esa hora se sentía un rico olor proveniente del desayuno que se preparaba en la cocina.

- Mamá no se siente bien esta mañana – explicó el padre, - de tal manera que tendremos que preparar nuestro propio desayuno.

Eso de prepararse el desayuno les parecía interesante a los niños, de manera que saltaron inmediatamente de la cama. Tomás no podía encontrar uno de sus calcetines marrones, y se puso uno azul en el pie izquierdo. Juanita encontró dificultad para hacer una raya recta en su cabello y ésta quedó más bien torcida.

Cuando se hubieron lavado la cara, fueron apresuradamente a la cocina. El padre estaba preparando algo en el sartén, pero los niños no podían ver de qué se trataba, porque salía bastante humo de la puerta del horno.

- ¡Oh, papá! ¡Se te está quemando el pan que tuestas! – exclamó Juanita.

La niña abrió la puerta del horno y trató de sacar el pan.

- ¡Ay, ay, ay! – sollozó- me quemé la mano.

- ¡Cuánto lo siento querida! – contestó el padre, quien se veía en dificultades cada vez mayores – y dirigiéndose a Tomasito, le dijo – Ve a buscar el ungüento para quemaduras, - mientras rociaba los huevos que había estado friendo con azúcar en vez de sal.

Tomasito se fué corriendo al botiquín. Buscó y rebuscó, pero no pudo encontrar el ungüento. Miró entonces en el cajón de arriba de la cómoda, donde se guardaban las toallas, y lo encontró, pues allí lo había dejado la semana anterior por descuido.

Después de mucha confusión, Tomás, Juanita y su papá se sentaron para desayunar. El padre ofreció la oración de gracias y luego suspiró:

- No me había dado cuenta de cuántas cosas hace mamá para nosotros cada mañana.

- Sí y nosotros tres no alcanzamos a hacer lo que mamá hace sola – convino Tomasito.

- ¡Mira que hora es! – advirtió Juanita. – Si no nos apresuramos, llegaremos tarde a la escuela.

- ¡Qué barbaridad! – exclamó el padre. – No me daba cuenta de que era tan tarde. Yo también debo apresurarme para ir al trabajo.

Tomó su sombrero, los niños buscaron sus mochilas, y los tres salieron “volando”.

Cuando Tomasito y Juanita regresaron a casa después de las clases esa tarde, miraron tristemente alrededor de ellos al entrar en la cocina. Los platos del desayuno estaban todavía sobre la mesa, como los habían dejado. En su apresuramiento para llegar a la escuela a tiempo, se habían olvidado de hacer sus camas. Las hojas del diario de la noche anterior estaban desparramadas por el piso de la sala. Se sentaron y se miraron uno al otro.

- Me parece – dijo Juanita con tono pesadoso, - que tendremos que ponernos a limpiar la casa.

- Me parece que sí – reconoció Tomasito con voz que no parecía muy alegre, - y eso que yo quería ir a jugar a la pelota con Alberto y Alfredo.

Pero lo primero que hicieron fue ir a ver a la mamá con una sonrisa. Le aseguraron que les había ido bien, y le dijeron que no se preocupara acerca de nada. Luego trabajaron como nunca lo habían hecho antes. Estaban por terminar sus tareas cuando el padre regresó a casa. Él abrazó los dos niños y juntos fueron a la pieza de la mamá, a la cual dijo:

- ¡Qué buenos hijos tenemos!

- Sí – contestó la mamá, - estoy orgullosa de ustedes tres. Ya me siento mejor y creo que me voy a levantar y prepararles la cena.
 - ¡De ninguna manera! – dijo el padre. – Vamos a traerte un plato de sopa caliente para que comas aquí en cama. Ya nos arreglaremos, ¿no es verdad niños?
 - Claro que sí – dijo Tomasito – pero...
 - Pero, ¿qué hijito? – preguntó el padre.
 - Quiero decir algo a mamá a solas. ¿Te ofendes papá?
- El padre sintió curiosidad, pero dijo:
- Por cierto que no. Vamos Juanita, vamos a preparar la cena.
 - Voy dentro de un minuto – dijo Juanita seriamente. – Yo también tengo algo que decir a mamá.

- El padre dejó a los tres solos, y Tomás habló primero:
- Yo creo que tienes demasiado que hacer para una sola persona, mamá.
 - Y nosotros podemos ayudarte de muchas maneras – añadió Juanita.
 - Yo puedo colocar los cubiertos en la mesa para cada comida – se ofreció Tomasito.
 - Y yo puedo sacudir el polvo, barrer y lavar los platos – ofreció Juanita.

- Había lágrimas en los ojos de la mamá cuando los besó y contestó:
- Gracias queridos. Ninguna madre tuvo jamás manos tan mágicas para ayudarlo.

Esa noche, cuando los niños se fueron a dormir, les dolían todos los músculos, y Tomás dijo bostezando:

- Creo que nunca he estado tan cansado.
- Ni yo tampoco – contestó Juanita con voz soñolienta, - pero creo que nunca me he sentido tan contenta. ¿Y tú Tomasito?

Tomás se sonrió y contestó:

- Pues a mí me pasa lo mismo.

50. - "EL CANTO DEL CIELO"

Hace más de cien años vivía en los Alpes de Austria un hombre llamado José Mohr, quien dedicaba sus momentos libres a escribir poesías. Un día de diciembre, se sentó a escribir una poesía sobre Navidad a la cual se le pudiera añadir música. Un buen amigo suyo, Franz Gruber, era músico de talento y el Sr. Mohr decidió mostrarle su poesía.

Una fría noche de invierno los dos hombres se hallaban juntos, y el Sr. Mohr preguntó al Sr. Gruber si podría escribir una melodía para las palabras del nuevo poema. Este miró las líneas e inmediatamente se puso a componer una música que se adaptara a las palabras. La tocó varias veces, y cuanto más la tocaba, tanto más les agradaba a ambos. Decidieron enseñarla a los niños del pueblo, y éstos la cantaron cuando se celebró el programa anual de Navidad en la iglesia. Gustó a todo el pueblo y pronto se cantaba esta melodía por el valle.

Los habitantes de este valle de Zillertal no tenían mucho trato con el mundo, y durante muchos años este himno se cantó solamente entre ellos. Pero era un himno demasiado hermoso para que se lo conociese en ese pequeño valle.

Los habitantes de dicho valle eran pobres, pero una de sus maneras de ganarse la vida era hacer guantes. Cada año los llevaban a la feria de Leipzig, para venderlos. Un año, por algún motivo, los guantes no se vendían tan rápidamente como de costumbre. Los pobres campesinos tenían que quedar mucho más tiempo que antes, porque querían venderlos todos. Hasta pidieron a sus hijos que les ayudasen a vender los guantes. Por supuesto los niños hubiesen preferido ir a jugar, pero sabían muy bien que habría poco que comer durante el año siguiente si no se vendía la mercadería; y para empeorar las cosas, era un invierno frío, así que los niños no se sentían muy felices mientras estaban allí en los pabellones abiertos gritando todo el día: "¡Guantes, guantes, guantes para vender!"

¡Cuánto deseaban poder hacer algo que les mantuviese con calor y les ayudase a olvidarse de su nostalgia! Decidieron entonces cantar, y eligieron el himno que les habían enseñado los Sres. Gruber y Mohr mucho tiempo antes en los Alpes. No sabían qué nombre darle, pero como el Sr. Gruber les había explicado cuán rápidamente se le había ocurrido la melodía después de leer las líneas del Sr. Mohr, se les ocurrió que no habría ningún nombre mejor que el de "Canto del Cielo". De manera que se pusieron a cantarlo, y lo hicieron con muy lindas voces. Pero esto no parecía ayudarles a vender guantes.

Una noche, después de no haber vendido casi nada durante todo el día, estaban muy tristes. Cuando estaban por cerrar el pabellón, un caballero alto y bien vestido acertó a pasar. Los niños le mostraron los guantes con la esperanza de que compraría algunos, pero lo que le interesaba era el himno que habían estado cantando. Nunca había oído un canto tal. Compró algunos guantes para gran gozo de los niños, que pudieron entonces cantar mejor que antes. Luego les preguntó si les gustaría cantar su himno en el salón más grande de la ciudad, en una oportunidad en que el rey y la reina vinieran a escucharlos. Al principio, algunos de los niños pensaron que estaba bromeando; pero cuando vieron que hablaba en serio, se quedaron mudos de sorpresa. El bondadoso caballero les aseguró que no necesitaban preocuparse por el resto de los guantes. Los niños dijeron que primero tendrían que pedir permiso a sus padres; y éstos naturalmente estaban conformes.

Finalmente llegó el gran momento. ¡Qué lindo aspecto tenían las niñas en sus lindos vestiditos, y los muchachos con sus trajes pintorescos! Pero, ¡cuánto temor sentían cuando pensaban en toda la gente que los iba a mirar, especialmente el rey y la reina de

Sajonia! ¿Qué harían si se olvidaban de las palabras o de la tonada? Una niña emitió una idea: ¿Por qué no cerrar los ojos mientras cantaban? Así se imaginarían que estaban en su aldea, y no en un gran escenario. Esto fue exactamente lo que hicieron, pero cuando al terminar oyeron los aplausos atronadores, tuvieron que abrir los ojos para asegurarse de que no estaban soñando. No quedaron con los ojos abiertos durante mucho tiempo, pues la gente quería que siguiesen cantando. Y el asunto no terminó con esto. El alto caballero que los había escuchado aquella noche en la feria los invitó a ir al palacio real.

¡Qué emocionados estaban los niños al llegar allí, porque todo lo que habían conocido en su vida eran las toscas cabañas del valle Zillertal donde vivían! El rey y la reina fueron bondadosos con ellos y los interrogaron acerca de su vida en las montañas. Antes que regresaran a sus casas, recibieron una invitación a volver y cantar nuevamente para la siguiente Navidad. Cada año venían más personas a escuchar a estos niños campesinos cantar: “El Canto del Cielo”. Pronto lo cantaban muchas otras personas de Europa y del mundo. El himno se tradujo en muchos idiomas, hasta que hoy los mismos nativos de África y de las islas del mar lo saben también. Son millones los que pensarían que la Navidad no está completa sin este himno, que ha llegado a ser su favorito. Es el que en nuestro himnario empieza: “Noche de paz, Noche de amor.”

51. - “LO QUE MARÍA QUERÍA PARA NAVIDAD”

Elena y María eran dos niñas que pronto iban a cumplir cinco años de edad y que solían divertirse mucho juntas. Elena y su madre, la Sra. Vasari, vivían en una casita blanca cercana al gran edificio de departamentos donde residían María y sus padres. La Sra. Vasari casi consideraba a María como de la familia, pues la niña venía cada día, enseguida después de levantarse y quedaba con ella todo el día. Sucedió que la mamá de María estaba enferma y debía guardar cama constantemente. El médico decía que tenía tuberculosis, enfermedad que algunos llaman simplemente tisis. Había a veces mucha tristeza en la voz de su madre cuando le decía:

- Ahora te vas, María, a la casa de la Sra. Vasari. No queremos que nuestra hijita tenga que quedar en cama también.

María estaba en casa cuando el, médico había venido la última vez, y le oyó decir a su padre, mientras sacudía la cabeza:

- ¿No podría usted conseguir algún trabajo que le permitiese irse de esta ciudad? Su esposa necesita mejores alimentos y mucho aire puro y sol. Este departamento no es lugar adecuado para ella, si queremos realmente que sane.

María había notado que su papá se pasó una mano por la cara y parecía que estaba a punto de llorar. Luego el médico se fué.

Esto había sucedido hacía varios días.

El pobre papá no hablaba mucho estos tiempos, y María casi se había olvidado de su alegre risa. Esa noche, cuando regresó de la casa de la Sra. Vasari, estaba muy agitada. Pidió que la dejaran ir a la noche siguiente, a ver los negocios preparados para la Navidad, pues la Sra. Vasari la había convidado a que la acompañase a ella y a Elena. La única respuesta que dió el papá fue ésta:

- Puedes ir si mamá está conforme.

María se fué apresuradamente al dormitorio de la madre y le dijo:

- ¿Me dejas ir mamá, por favor?

- Claro que sí María – dijo la señora. – Pero recuerda que el papá Noel no es más que un hombre bueno vestido a propósito, y no debes pensar que vas a recibir los regalos que le pidas, querida. ¿Que piensas pedirle, querida?.

- No estoy segura todavía, mamá. He pensado en tantas cosas, que no he podido decidir qué le voy a pedir.

Después de dar las buenas noches, María se retiró conformándose con una caricia de su mamá, quien no podía besarla para no comunicarle los gérmenes de la enfermedad.

- ¡Oh, si tan solo mamá pudiese levantarse, y estar sana como antes – pensaba la niña, y, recordando lo que había dicho el médico, casi estallaba en sollozos.

Se quedó despierta mucho tiempo después que el papá la hubo acomodado en su cama. Pensaba en su aventura del día siguiente y en la muñeca que deseaba para Navidad. Pero siempre volvía a pensar en su papá que parecía tan triste y en la mamá que tenía que quedar en cama. No podía olvidarse tampoco de lo que el médico había dicho. Soñó, sin embargo, esa noche con una hermosa muñeca de cara pálida y enfermiza, muy parecida a su pobre mamá.

María no parecía muy agitada al día siguiente cuando fué a la casa de Elena. Su amiga estaba lista para ir a la ciudad. Mientras Elena charlaba acerca del cochecito de

muñecas y los patines de ruedas que esperaba recibir para Navidad, María se conformaba con escuchar.

El tranvía se detuvo casi frente a una gran casa de negocio. Un grupo de cantores alegraba el aire con cantos de Navidad. Entraron inmediatamente en el negocio, y allí María vió al papá Noel, con su traje colorado, su barba blanca y un gorro forrado de piel blanca. María se quedó impresionada.

Elena y María se colocaron en la fila de niños que iban a presentar sus peticiones al papá Noel. Cuando llegó el turno de María, le preguntó:

- ¿Cómo te llamas, niñita?
- María Grant.
- ¿Esas personas que veo allí son tu mamá y tu hermana?
- No, esa señora es la Sra. Vasari, amiga de mis padres. Vive cerca de casa.
- ¡Ah! Ahora dime, ¿qué quieres para Navidad?
- Bueno papá Noel, me gustaría mucho aire puro y sol.

El papá Noel se quedó extrañado. Si había oído bien, se trataba de una petición muy rara. De manera que dijo:

- No te oí bien, querida. ¿Qué pediste?
- Me gustaría mucho aire puro y sol, por favor – repitió la niña.
- ¿Y nada más? – dijo el buen papá Noel.
- Creo que sería todo – contestó la niña, y dejó el lugar a Elena que aguardaba ansiosamente su turno.

Después que Elena hubo presentado su petición, María vió que papá Noel decía algo a su ayudante, quien a su vez habló unas palabras con la Sra. Vasari; luego las niñas se fueron al departamento de juguetes, para ver lo que había.

Aquella noche cuando las dos cansadas niñitas estaban durmiendo profundamente después de la agitación del día, alguien llamó a la puerta del departamento donde vivía María.

El “papá Noel” estaba en la puerta. María no lo habría reconocido, porque no tenía ya barba ni traje colorado. Era un hombre de edad mediana vestido con traje común. Pero sus ojos reflejaban bondad mientras aceptaba la invitación a entrar en el departamento.

El caballero explicó que como quería mucho a los niños actuaba en la tienda durante algunas horas como papá Noel. Lo hacía por puro placer, puesto que su familia se hallaba en otra ciudad. Explicó también la insólita petición que le había hecho María por aire puro y sol. Él y el papá de la niña conversaron durante largo rato.

- Así que si usted quiere encargarse de los animales que hay en la propiedad – dijo finalmente- será para mí un placer hacer arreglos para que su familia pueda trasladarse allí inmediatamente. Una pareja de ancianos, los esposos Kerr son actualmente los encargados del lugar, y no dudo que el Sr. Kerr estará contento de recibir su ayuda. Con gusto la Sra. Kerr cuidará de su esposa para que recupere la salud. Es una anciana muy bondadosa y estoy seguro de que todos ustedes estarán contentos.

La mamá de María sintió mucha alegría cuando su esposo aceptó el generoso ofrecimiento de ir a trabajar en el “rancho”, pues allí si que estarían en el campo y tendrían aire puro y sol. Al arrodillarse para orar antes de acostarse, las lágrimas le corrían por la cara mientras daba gracias al Señor por su hija cuyo corazón no era egoísta, y por las personas bondadosas que él podía usar para contestar las oraciones de sus fieles.